

Retrato de un consumidor inusual de basuco.

Investigación desde adentro de la espiral

José Daniel Serna Arbeláez

Trabajo de grado para optar por el título de Magister en Culturas y drogas

Asesor

Mg. Albert Murcia Velásquez

Universidad de Caldas

Departamento de Desarrollo Humano

Manizales

2021

Tabla de Contenido

| | |
|---|-----------|
| Introducción | 8 |
| Capítulo 1..... | 20 |
| Horizonte de investigación | 20 |
| 1.1. Pregunta de investigación | 20 |
| 1.2. Objetivos | 20 |
| 1.2.1. General..... | 20 |
| 1.2.2. Específicos..... | 20 |
| 1.3. Planteamiento del problema (Justificación) | 20 |
| 1.4. Metodología | 26 |
| Capítulo 2..... | 33 |
| Marco Teórico | 33 |
| 2.1. Concepto de droga..... | 33 |
| 2.2. El estigma social del consumo de drogas..... | 39 |
| 2.3. Política contra las drogas..... | 42 |
| 2.4. Consumidor de drogas..... | 44 |
| 2.5. Rituales y fases de consumo..... | 49 |
| 2.5.1. Las “ollas” | 51 |
| Capítulo 3..... | 60 |
| Historia del basuco como sustancia, el demonio que viví..... | 60 |
| Capítulo 4..... | 69 |
| Consumo, rehabilitación, reincidencia y familia (salida)..... | 69 |
| 4.1. La experiencia de un consumidor de basuco entre 1985 y 2013..... | 69 |
| 4.2. La autobiografía: el relato del trasegar en el consumo..... | 72 |
| 4.3. Mis orígenes: los comienzos con el basuco | 74 |
| 4.4. Soy un consumidor social | 80 |
| 4.5. Mi primer gran <i>embale</i> | 81 |
| 4.6. Inicia la represión | 82 |
| 4.7. Abandonando el consumo social..... | 84 |
| 4.8. Basuco y represión | 87 |
| 4.9. Contradicciones de una sociedad consumidora..... | 90 |
| 4.10. Despertar entre barrotos | 90 |
| 4.11. Rompiendo el cordón umbilical | 92 |

| | |
|---|------------|
| 4.12. Consumo, leyes y represión | 93 |
| 4.13. Las “ollas y su entorno” | 98 |
| 4.14. Anotaciones acerca del ritual de consumir basuco y las formas para hacerlo | 102 |
| 4.14.1. Mi adicción sale de Armenia. | 103 |
| 4.14.2. Los pistolos..... | 104 |
| 4.14.3. Otras formas de consumir basuco..... | 106 |
| Capítulo 5..... | 111 |
| Pipas y demonios..... | 111 |
| 5.1. Las pioneras..... | 111 |
| 5.2. Las prefabricadas..... | 112 |
| 5.3. Prácticas únicas relacionadas con el basuco | 113 |
| 5.4. La espiral en todo su esplendor: la selva y su gente, los amigos y el increíble viaje a Medellín | 114 |
| 5.5. Conozco el “Cartucho”..... | 116 |
| 5.6. De caminata por media Colombia..... | 117 |
| Capítulo 6..... | 120 |
| Clínicas de reposo, comunidades terapéuticas y centros de rehabilitación..... | 120 |
| 6.1. De lo mejor a lo peor en tratamientos | 124 |
| 7. Conclusiones | 141 |
| 8. Bibliografía | 143 |
| Anexos | 152 |
| Datos acerca del investigador..... | 152 |
| Glosario | 154 |

Lista de tablas

| | |
|--|----|
| Tabla 1. <i>Consumo reciente (prevalencia último año) de basuco según grupos de edad.....</i> | 10 |
| Tabla 2. <i>Indicadores de consumo de basuco según sexo</i> | 10 |
| Tabla 3. <i>Edad de inicio de consumo de basuco según sexo.....</i> | 11 |
| Tabla 4. <i>Número de porcentaje de personas con abuso o dependencia de basuco, según sexo</i> | 11 |
| Tabla 5. <i>Número de porcentaje de personas con abuso o dependencia de basuco, según grupos de edad (años).....</i> | 12 |
| Tabla 6. <i>Número y porcentaje de personas con abuso y dependencia de basuco, según estrato socioeconómico</i> | 13 |

Agradecimientos

Volver a la academia después de tanto tiempo, muchos años en medio de un consumo desenfrenado y frenético por medio país, muchos de ellos casi en condición de indigente o habitante de calle son causa de orgullo y de gran felicidad, pero es necesario, antes de empezar a narrar esta historia de vida, agradecer muy especialmente a mi madre, quien ya no está, pero sí pudo compartir este logro conmigo, además a mis hermanos y hermanas, principalmente, a esas que estuvieron a mi lado y cumplieron su rol. Agradecer esta oportunidad de volver a estudiar y ser persona, como un premio por haber asumido y terminado un proceso de rehabilitación, porque creyeron en mí, me dignificaron como persona nuevamente al punto de brindarme su apoyo para realizar este estudio de maestría.

Resumen

El presente trabajo es una propuesta de investigación que parte de la reflexión de una historia de vida de un consumidor de sulfato de coca (pasta base o basuco). Pretende establecer relaciones analíticas entre estas experiencias personales micro, surgidas durante más de treinta años de trasegar en el inframundo del consumo callejero, y las macroestructuras sociales, culturales, políticas y económicas que regulan con diferentes criterios y en distintos momentos históricos la vida de las personas. En este caso específico, se realizará un esfuerzo por materializar la posibilidad de una propuesta de resocialización de los adictos al basuco, a partir de un proceso de autorreflexión (autorreconocimiento).

No soy un hombre que sabe. He sido un hombre que busca y lo soy aún, pero no busco ya en las estrellas ni en los libros: comienzo a escuchar las enseñanzas que mi sangre murmura en mí. No soy un hombre que sabe. Mi historia no es agradable, no es suave ni armoniosa, como las historias inventadas; sabe a insensatez, y a locura, y a ensueño, como la vida de todos los hombres que no quieren mentirse más a sí mismos (Herman Hesse).

Introducción

El consumo de basuco en Colombia es algo complejo y problemático. Ya que, pese a que existe una gran oferta de basuco en las calles y que, además, tiene un enorme poder adictivo, no aparece el fenómeno de consumo en las políticas públicas. Como se evidencia en las estadísticas nacionales de consumo, que no lo nombran desde el 2015.

Resaltando también, que a pesar de que la mayoría de adictos que ingresan a los centros de rehabilitación son consumidores de basuco, no existen lugares especializados en esta problemática o con tratamientos enfocados en este.

Las estadísticas tratan de invisibilizar esta realidad, las políticas públicas no “mutan” para ajustarse a las exigencias de cada momento histórico, esto se debe a que el cambio de la visión del consumidor pasó de la penalización y persecución judicial a verse, hace algunos años, como un problema de salud pública.

Pero el propósito de esta tesis no es abordar este problema estatal, sino dar a conocer otra visión, la personal, desde el propio relato de vida, como investigador, consumidor y protagonista de este trabajo de investigación cualitativo, el cual abarca un amplio recorrido temporal y espacial, que parte desde finales de la década de los 70 del siglo pasado por gran parte del territorio nacional, inmerso en todas las dinámicas y hábitos de su consumo, hasta su abandono total y exitoso (del apego por la sustancia a mediados del año 2013).

Es llamativo que el basuco haya pasado de ser “la droga de los ejecutivos colombianos de la década de los 80”, como lo precisa un artículo de prensa del diario *El País* de España de abril de 1986, escrito por Ramón Gorriarán, a ser la droga de los mal llamados “desechables” (habitantes de calle) unos quince años más tarde. Ambas situaciones experimentadas de manera real y dramática por el investigador, para las cuales tiene no solo su propia explicación, sino que por la interacción directa tiene la percepción de sus pares consumidores en distintos momentos temporales.

En el ámbito de las políticas públicas de drogas es evidente que el consumo de basuco no es relevante estadísticamente y, por ende, los recursos direccionados para su investigación e intervención son marginales en las instancias institucionales. Esto no significa que el número de consumidores haya disminuido, por el contrario, si bien es cierto que hay estigmatización y temor a nivel social hacia esta sustancia, esto no quiere decir que las personas que ya están “poseídas” abandonen ese estado o que la sustancia, las condiciones y la gran oferta no cautiven nuevos adeptos.

Como ya se planteó, en el ámbito investigativo de las drogas, el consumo de basuco no es relevante estadísticamente en la población colombiana general. Pero cuando se concentra el “foco” de las investigaciones en la población habitante de calle toma relevancia como una de las sustancias más recurrentes en la cotidianidad de este segmento de la población. A pesar de que las referencias bibliográficas (principalmente las de carácter periodístico) indican que a finales de la década de los 70 y principios de los 80 el consumo de basuco fue relevante en las clases sociales medias y altas, durante los últimos treinta años se ha concentrado en los fragmentos sociales que se encuentran al límite de la supervivencia como los habitantes de calle.

El Observatorio de Drogas de Colombia (ODC) (s.f.) indica que

Es importante reconocer que mientras muchas personas usan drogas en algún momento del ciclo vital y las abandonan de forma natural, en otras el consumo de sustancias se vuelve persistente y logra afectar la salud, las relaciones sociales, familiares, laborales y/o académicas. La diferencia entre unas y otras historias de vida depende de varios aspectos en el ámbito de la sustancia, la persona y su contexto social. El consumo de drogas ilícitas está creciendo en el país, no solo porque más personas las consumen sino porque el mercado de sustancias es cada vez más amplio y diverso. (párr. 2)

El Estudio Nacional de Consumo de Sustancias Psicoactivas del 2013, en relación con el basuco, señala que:

Las tasas por grupos de edad indican un mayor consumo entre los jóvenes de 18 a 24 años, pero en un contexto de bajas prevalencias en general y sin significación estadística. Los adultos de 45 a 65 años se ubican en segundo lugar según la prevalencia y representan unas 15 mil personas. (ODC, 2013, p. 95)

Esta tabla, tomada de dicho estudio, refleja el consumo de basuco por rangos de edad, donde el más alto se encuentra entre los 18 y 24 años y entre los 45 y 65 años de edad respectivamente.

Tabla 1. Consumo reciente (prevalencia último año) de basuco según grupos de edad

| Grupos de edad | % | Intervalo de confianza | | Número de consumidores |
|----------------|-------------|------------------------|-------------|------------------------|
| 12-17 | 0.17 | 0.04 | 0.31 | 5.828 |
| 18-24 | 0.36 | 0.08 | 0.63 | 14.245 |
| 25-34 | 0.15 | 0.06 | 0.23 | 7.382 |
| 35-44 | 0.15 | 0.04 | 0.27 | 6.527 |
| 45-65 | 0.24 | 0.10 | 0.37 | 15.774 |
| Total | 0.21 | 0.14 | 0.28 | 49.756 |

Fuente: Tomada de ODC (2013, p. 95)

Frente al consumo de basuco según sexo, en el estudio se observa que el 1.2 % de las personas encuestadas reportó haber consumido basuco alguna vez en su vida, con clara incidencia entre los hombres, de 2,1 % en relación con las mujeres (0,29 %).

Tabla 2. Indicadores de consumo de basuco según sexo

| Sexo | Prevalencia | | | Incidencia | |
|--------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| | Vida | Año | Mes | Año | Mes |
| Hombres | 2.12 | 0.40 | 0.31 | 0.07 | 0.03 |
| Mujeres | 0.29 | 0.03 | 0.03 | 0.01 | 0.00 |
| Total | 1.18 | 0.21 | 0.17 | 0.04 | 0.01 |

Fuente: Tomada de ODC (2013, p. 94)

El informe presenta un indicador de interés para la presente investigación, referido a la edad de inicio del consumo de basuco, describiendo así la información encontrada:

En la siguiente tabla se muestran las estadísticas sobre la edad de inicio del uso de basuco. El promedio es de casi 19 años. Al tomar como indicador la mediana, se puede ver que el 50 % de las personas que han consumido esta sustancia, lo hicieron por primera vez a los 18 años o menos, y 25 % lo hicieron a los 15 años o menos. Las diferencias según sexo se muestran en un grupo de consumidores, marcando un inicio más precoz en las mujeres. (ODC, 2013, p. 96)

Tabla 3. *Edad de inicio de consumo de basuco según sexo*

| Sexo | Promedio | Mediana | Percentil 25 | Percentil 75 |
|--------------|--------------|-----------|--------------|--------------|
| Hombres | 19.05 | 18 | 15 | 21 |
| Mujeres | 18.26 | 17 | 15 | 19 |
| Total | 18.95 | 18 | 15 | 21 |

Fuente: Tomada de ODC (2013, p. 96)

El estudio maneja un ítem relevante para los intereses investigativos titulado: “Abuso y dependencia”, en donde se presentan una serie de datos y análisis específicos sobre el consumo del basuco. Aunque para dicho informe es irrelevante, toda vez que a lo largo del mismo se insiste en que no tienen relevancia estadística. Ni si quiera lo fue el hecho de que, al momento del corte del estudio, 38.807 personas fueron consideradas con signos de abuso o dependencia de basuco, siendo los varones casi la totalidad de las personas de este grupo (ODC, 2013, p. 96).

Tabla 4. *Número de porcentaje de personas con abuso o dependencia de basuco, según sexo*

| Sexo | No. de personas dependientes | No. de personas con abuso | Abuso y dependencia | % respecto total de población | % respecto consumidores últimos 30 días |
|--------------|------------------------------|---------------------------|---------------------|-------------------------------|---|
| Hombres | 27.249 | 9.469 | 36.719 | 0.32 | 80.13 |
| Mujeres | 1.693 | 395 | 2.088 | 0.02 | 53.14 |
| Total | 28.943 | 9.864 | 38.807 | 0.17 | 77.99 |

Fuente: Tomada de ODC (2013, p. 96)

El informe continúa profundizando, en cuanto al consumo de basuco y los grupos de edad:

Los consumidores de 25 a 34 años son quienes presentan un patrón de consumo más problemático, debido a que casi la totalidad de los mismos son abusadores o dependientes. En los otros grupos de edades, con excepción de los adolescentes, más del 70% de los consumidores tienen problemas con este consumo. (ODC, 2013, p. 17)

Y advierte con precisión: “De todas maneras, se estiman más de 3 mil adolescentes con consumo problemático de basuco y de cada 10 que consumen, 6 manifiestan problemas por su uso” (ODC, 2013, pp. 96-97).

Tabla 5. *Número de porcentaje de personas con abuso o dependencia de basuco, según grupos de edad (años)*

| Grupos de edad | No. de personas con abuso o dependencia | % respecto total de población | % respecto de consumidores últimos 30 días |
|----------------|---|-------------------------------|--|
| 12-17 | 3.535 | 0.11 | 60.65 |
| 18-24 | 11.344 | 0.28 | 79.63 |
| 25-34 | 7.176 | 0.14 | 97.22 |
| 35-44 | 5.055 | 0.12 | 77.46 |
| 45-65 | 11.697 | 0.17 | 74.15 |
| Total | 38.807 | 0.17 | 77.99 |

Fuente: Tomada de ODC (2013, p. 97)

Para finalizar este apartado, se expone que los mayores porcentajes de abuso o dependencia al basuco se presentan en los estratos socioeconómicos más bajos, 1 y 2, indicando que “los patrones de consumo más problemáticos involucran aproximadamente al 90 % de los estratos 1 y 2” (p. 97). El mayor porcentaje de consumo reciente (último año) de basuco, según el estrato socioeconómico se ubica en los estratos 2 y 3 de la población, representa a más de 35.000 personas, aunque sin relevancia estadística según el informe.

Tabla 6. *Número y porcentaje de personas con abuso y dependencia de basuco, según estrato socioeconómico*

| Estrato socioeconómico | No. de personas con abuso o dependencia | % respecto total de población | % respecto de consumidores últimos 30 días |
|-------------------------------|--|--------------------------------------|---|
| 1 | 12.733 | 0.21 | 92.20 |
| 2 | 21.282 | 0.24 | 86.04 |
| 3 | 4.357 | 0.08 | 68.21 |
| 4-5-6 | 436 | 0.02 | 9.03 |
| Total | 38.807 | 0.17 | 77.99 |

Fuente: Tomada de ODC (2013, p. 97)

La interpretación que realiza el informe del observatorio de drogas plantea que el consumo de basuco en el país es marginal en relación con el uso de otras sustancias ilegales y legales; pero cuando la mirada de la investigación particulariza sobre los segmentos sociales más pobres y la población habitante de calle, las cifras toman relevancia desde una perspectiva micro, lo cual es un llamado implícito a investigaciones de carácter cualitativo que desplieguen sus interpretaciones y construcciones simbólicas de la realidad social de un grupo poblacional excluido, estigmatizado y poco prioritario en la política pública.

La percepción de riesgo del uso de basuco es alta, el 80.7 % frente al uso experimental y 85.4 % respecto del uso frecuente. La menor percepción de gran riesgo, frente a cualquier intensidad de consumo, se encuentra en los adolescentes de 12 a 17 años y jóvenes de 18 a 24 años. Un tercio de la población encuestada cree que conseguir basuco es fácil.

La narrativa del informe evidencia la concepción negativa del basuco de las mismas personas que son consumidoras de este, quienes lo consideran una droga riesgosa, y obviamente desde su concepción cuantitativa no le da crédito a otras interpretaciones de estos espacios.

En cuanto al ámbito regional, se encuentra el estudio del Observatorio de Drogas del Eje Cafetero, realizado en el 2012, un año antes del nacional, aplicando el SUI SPA (Sistema

Único de Indicadores). Con una muestra de 2.709 personas, distribuidas en la región con 895 en Risaralda, 720 en Quindío y 1.094 en Caldas (Observatorio de Drogas del Eje Cafetero, 2012, p. 8), señala al basuco como una sustancia de consumo considerable en la región, reflejando un porcentaje más alto en comparación con el nacional (1,09 % Nacional, 2,03 % Eje Cafetero) (Observatorio de Drogas del Eje Cafetero, 2012, p. 9). En la prevalencia del año se encuentra al basuco como una de las más consumidas, principalmente en el departamento de Caldas, y señala el 0,25 % del Eje Cafetero, frente al 0.17 % nacional (p. 11).

El basuco ocupa el tercer lugar entre las sustancias ilícitas que se consumen en Caldas, Quindío y Risaralda. El 2,03 % de los encuestados dicen haber consumido esta sustancia al menos una vez en la vida, cifra que se reduce a 0,25 % cuando se evalúa el uso reciente, siendo la mayoría hombres. De estos consumidores 63,3 % se clasifican en las categorías de “abuso” y “dependencia”.

La incidencia o nuevos casos de consumo de basuco es de los más altos en el último año (2012), incluso estando por encima de la media nacional, con un 0.09 % en el Eje Cafetero comparado con el 0.05 % a nivel nacional (Observatorio de Drogas del Eje Cafetero, 2012, p. 13).

Frente a las edades de inicio en el consumo de esta sustancia, el estudio registra la media nacional y únicamente las edades en Risaralda y Caldas. Respectivamente estas son de 19,9 y 17,7 (Observatorio de Drogas del Eje Cafetero, 2012, p. 14).

A partir del año 2013, es difícil encontrar estudios con cifras de consumo, tanto del Eje Cafetero como de todo el territorio nacional, y no solamente relacionados con el basuco. Esto debido en parte al cambio de las políticas públicas, que a partir de ese año tuvieron otro enfoque; el informe del 2015 del ODC en su presentación indica que:

El debate internacional sobre la política de drogas alcanza ya un consenso acerca de la necesidad de adoptar la perspectiva de salud pública y de DDHH. La acción basada en la evidencia, la formulación de políticas que impacten las causas y no los síntomas, la flexibilización de los tratados internacionales, las acciones centradas en las personas y no en las drogas, y el desarrollo de un nuevo enfoque de indicadores diferentes a los tradicionales. (ODS, 2015, p. 13)

Así que, en este estudio y en el siguiente del 2017, casi no se nombra al basuco, como si de un momento a otro a partir del año 2013 los consumidores de pasta base o basuco desaparecieran en las estadísticas.

Para la presente investigación es inquietante (llamativo) que esta población consumidora casi que desaparezca de las estadísticas y por ende de las políticas públicas de un país que en esas mismas políticas se vanagloria de promover y liderar los debates internacionales. Esa doble moral caracteriza a casi todo lo referente al tema de las drogas, en donde se habla, por ejemplo, de darle prioridad a la salud y en ningún momento se crea un centro para consumidores exclusivos de basuco. Tal como se evidencia en este apartado: “Colombia hace parte de los países que vienen promoviendo el debate internacional sobre las políticas de drogas y propone la adopción de estrategias más eficientes, centradas en las personas, derechos humanos y enfoque en salud pública” (ODC, 2015, p. 18).

A pesar de los estudios que indican que los consumidores de esta sustancia son los que más problemas sociales presentan junto a los adictos a la heroína, es insólito decir que estadísticamente no existen y seguir ignorando y despreciando a estas personas. Solo basta concentrar la atención en las zonas deprimidas de cualquier ciudad para ver la gran cantidad de ciudadanos habitantes de calle, la mayoría consumidores exclusivos de basuco.

Más allá del insumo estadístico y los indicadores de consumo de esta sustancia, hay pocos estudios que referencien o profundicen sobre sus prácticas culturales, sociales y

económicas. Por ello, el tema central del texto es exhibir las vivencias del investigador relacionadas con el consumo de basuco. Realizado, a través de una metodología cualitativa y de un enfoque crítico social, utilizando la técnica de la historia de vida, en donde las experiencias subjetivas e imaginarios que se dan en un contexto de consumo de “pasta de coca” o “basuco”, permitan un acercamiento a la realidad de un consumidor de esta sustancia.

A finales de los 1970 se detectó que había quienes querían fumar cocaína en vez de inhalarla. Aparecieron dos caminos para hacerlo: el crack, que es la cocaína misma, pero "patraseada", es decir, convertida en un polvo que se puede quemar, y el basuco, un estadio previo a la cocaína. El primero pegó en los laboratorios de Chocó, y de ahí llegó a Panamá y luego a Miami, desde donde se regó por todo Estados Unidos. El segundo se quedó para abastecer el mercado interno y empezó a llegar a Bogotá desde las cocinas escondidas en el Llano. (Semana, 2017).

Pero podría decirse que desconocen o no evidencian el universo simbólico de la droga para el adicto, siendo este uno de los tantos aspectos que hace que hablar de drogas evoque la complejidad humana, la adicción y el trasegar en la calle que se manifiesta como un estilo de vida, que se sale del sistema pero que a su vez construye uno propio. Se convierten ciertos escenarios en una serie de Estados pequeños, lugares con leyes propias, lenguajes, creencias, símbolos y dinámicas que forjan la cultura de ciertos consumos y chocan de manera frontal con la normalidad moral de la sociedad.

Por otra parte, el enfoque crítico social se ocupa de indagar y transformar las estructuras forjadas en las relaciones sociales. Este es el encuentro entre la teoría como interpretación y la práctica, reflexión no solo a partir del conocimiento sino también de la experiencia. Es un salto de la filosofía pura a la epistemología en el campo de las acciones humanas, esto no significa que una sea más relevante que la otra, sino que se correlacionan para hallar, más allá del conocimiento del mundo, las ideas que lo organizan.

Es muy importante mostrar aspectos de la ética, pero también observar más de cerca aspectos particulares como el agravio moral, específicamente evidenciado en las personas que usan el basuco y que son aisladas por tal motivo. Una vez expresado el punto anterior, se podrá mostrar a través de la sistematización de experiencias, cómo algunos consumidores de basuco se reintegran a su vida normal y recuperan su dignidad. Esto implica una reflexión constante y crítica frente a la reconstrucción de las historias de vida (en este caso la del investigador), que permiten indagar los factores sociales y personales que inciden en el consumo de la sustancia, así como aquellos aspectos que hacen posible la permanencia en la adicción o la posterior salida del consumo.

La intención de reconstruir memoria es mostrar la sustancia desde otro enfoque, su historia y las identidades que han sido borradas o distorsionadas en el imaginario social, al igual que las dinámicas del contexto de quienes se encuentran en lo que ha sido llamado por el investigador como una “espiral”, esto es, un proceso cíclico con características paradójicas del cual presuntamente no se puede salir, en tanto se le compara con un “demonio de la perversidad”¹, según el cual, el sujeto insiste en acciones negativas para sí en las cuales no debería incurrir. Podría llamarse la espiral del inframundo.

Ahora bien, ¿a qué hace alusión la expresión “espiral del inframundo”? Por un lado, espiral se refiere a la repetición continua del acto de consumir, un movimiento que no conduce a otro lado que no sea centro de la adicción. Y por el otro, inframundo representa aquello que no está en la cotidianidad, un lugar que no se percibe a simple vista, en pocas palabras, lo que se encuentra por debajo de la realidad. Su sentido en general corresponde a la idea de algo que no tiene un fin, un precipicio sin salida en el que se cae una y otra vez, quizá con intentos de salir que son fallidos y que se transforman en la escena trágica. Esta espiral

¹ Concepto desarrollado en la literatura de Edgar Allan Poe, según el cual, se trata de una incitación directa del demonio, por llevar a cabo acciones que no debería realizar, pues son totalmente autodestructivas. Véase el cuento *El demonio de la perversidad*.

contiene todo aquello que ata al consumidor a las drogas, todo lo que puede atraerlo para que se mantenga supeditado a los efectos y sensaciones que trae consigo seguir allí.

Una de las teorías más aceptadas en la actualidad explica el proceso de inicio y mantenimiento de la adicción de drogas de abuso, esta es la teoría de la espiral de desregulación del sistema de recompensa cerebral, propuesta por los autores Koob y Le Moal (citados en Soria-Rodríguez, 2006). Esta teoría propone el desarrollo de una habilidad dinámica del cerebro para conseguir estabilidad a través del cambio (alostasis); basada en otra teoría neurobiológica, esta es, la teoría de los procesos oponentes que parte de la base de que el cerebro contiene diferentes mecanismos de control capaces de equilibrar cualquier estado afectivo que se aleje de la estabilidad o el equilibrio, ya sea este placentero o aversivo, de acuerdo a Salomon y Corbit 1974 (citados en Soria-Rodríguez, 2006).

Por otra parte, para cuando se avanza en ese inevitable e incomprensible torbellino que representa el caer o ser víctima de la poderosa capacidad adictiva de esta cocaína fumable, no hay explicación para saber por qué siempre se tiene y se encuentra un motivo para consumir, y que este, no es producto de una debilidad en la voluntad o inconciencia por parte del consumidor, que a pesar de todas las adversidades imaginables y los escenarios más nefastos que auguran los más allegados (casi siempre familia, amigos no consumidores o pareja), de antemano este sabía que iban a ser inútiles todas las contenciones propuestas, terminaría consumiendo, perpetuando esa espiral.

¿Qué puede terminar con la espiral del inframundo?, la respuesta es sencilla: la voluntad es una fuerza muy poderosa, ella permite al ser humano decidir libremente según sus criterios. Está claro que el deseo de consumir no es algo de lo cual se deshaga fácilmente, pero sí es posible que paulatinamente se logren implementar otros hábitos y terapias que contribuyan al objetivo central que es cortar de raíz, “el vicio”. No es solo decir “yo quiero”, es poner en marcha métodos que agilicen el proceso de superación y que sirvan como

ejemplo para personas que también se encuentren bajo la misma condición. Se materializa una voz de aliento que dice: sí es posible mientras sea un propósito fuerte y salga del corazón.

Por ello, debido a que se han observado casos exitosos en los que el adicto deja de consumir basuco, como en la experiencia del investigador, quien fue motivado, por ejemplo, por el deseo de estar con su familia, tener una pareja, amigos diferentes a los de consumo, disfrutar alimentos “dignos” y acceder a las cosas cotidianas que disfrutaban los demás, es necesario para esta investigación comenzar a indagar la memoria de los adictos al basuco, creyendo que está aquí la posibilidad de encontrar rasgos identitarios de quienes consumen esta sustancia, para hallar un común denominador que pueda proponer formas nuevas e integrales para salir de esta adicción.

Capítulo 1

Horizonte de investigación

1.1. Pregunta de investigación

¿Se puede comprender la estigmatización social del basuquero conociendo la historia de vida de un exconsumidor (investigador), acercándose así al inframundo del adicto para buscar con ello dignificar al basuquero?

1.2. Objetivos

1.2.1. General

- Analizar la estigmatización social en relación con el consumo de basuco conociendo la historia de vida de un exconsumidor (investigador), para acercarse al inframundo del adicto, buscando dignificar al basuquero.

1.2.2. Específicos

1. Identificar los factores socioculturales que construyen el estigma social del fenómeno del consumo de basuco por medio de una historia de vida de un consumidor.
2. Describir las dinámicas sociales del usuario consumidor de basuco para dignificar y reconocer al ser humano detrás del consumidor.
3. Discutir críticamente la participación de los agentes sociales en las legitimaciones del estigma social en relación con el consumo de basuco.

1.3. Planteamiento del problema (Justificación)

Como se lo pregunta Salazar-Medina (2009) en su artículo: “Historia de vida de ‘Luis Carlos’. drogas –una visión socioeducativa”: “¿Cuántas biografías son necesarias para conseguir una “verdad” sociológica, y cuál material biográfico será el más representativo y nos dará de primero verdades generales?” (p. 17). Encontrar una historia de vida o autobiografía que represente el sentir de una época y el vivir de una sociedad es un camino complejo, más aún si se busca una verdad sociológica, ese es el camino que recorre y

problematiza la presente investigación, una historia de vida, mi historia de vida² del consumo y adicción al basuco, que es al mismo tiempo una radiografía del “basuquero” desde los años 80 hasta bien entrada la segunda década del siglo XXI.

Consumir basuco fue el placer más desagradable que conocí y disfruté por poco más de tres décadas. Se pasa del paraíso al infierno en cuestión de segundos, cuando se está bajo sus efectos en la *olla* consumiendo, ninguno de los consumidores quiere que ese momento terminé, se daría cualquier cosa por perpetuarlo, hacerlo eterno.

Dentro de la sociedad y en la forma como se comportan y muestran los seres humanos unos a otros, prima el miedo, temor y rechazo a reconocer las propias actitudes negativas. Es muy difícil aceptar las obsesiones propias y ni qué decir de aceptar las adicciones, por esa razón aceptar o reconocer el vivir siendo basuquero es aún peor, mucho peor que todas las otras formas de excesos; recuerdo las lágrimas derramadas por mis hermanas cuando en los centros de rehabilitación me sinceraba y les confesaba mi apego por esta sustancia, incrédulas me decían: “Pero, ¿por qué Dani?”.

Rápidamente todo lo relacionado con el basuco se vuelve una contradicción difícil de aceptar. Y es que cuando uno consume basuco de forma regular, es este el que lo consume a uno, lo atrapa de forma tal que mientras más razones se tienen para dejarlo, más disculpas, mentiras y manipulaciones construimos y creamos los consumidores, es un ciclo abismal, recorrer el mismo camino una y otra vez como dentro de una cárcel. Es vivir dentro de una adicción sin reconocerla ni aceptarla, en buena medida por la presión social y los juicios de los que no son consumidores, una estigmatización social muy marcada y dura. Aunque no reconocemos la adicción, también nosotros mismos nos juzgamos y tenemos prejuicios ante

² De aquí en adelante, el tiempo verbal en los apartados referentes a mi experiencia personal será la primera persona, con el fin de retratar de forma más real lo vivido durante tres décadas. Así mismo, debo aclarar que, aunque sé que las citas textuales de acuerdo a las Normas APA deben ir sin cursiva, a partir del segundo capítulo, las citas textuales correspondientes a las narraciones escritas en mi diario de campo, al ser vivencias propias, se diferenciarán con la escritura en cursiva, esto con el fin de que el lector pueda discernir entre la voz del investigador y mi narración personal.

el basuco. Casi ningún consumidor de esta sustancia habla bien de ella, nos autoestigmatizamos en razón de lo que se piensa y se cree que es ser basuquero.

Los consumidores pagan un alto costo, no solo material o económico; ser adicto es pasar por una catarata de emociones, desde la euforia, pasando por la depresión y cayendo en el abismo que significa el pánico que se siente durante el consumo; es una compleja sensación la que uno siente, no se quiere consumir más y uno se considera el peor ser humano, pero no se es capaz de dejarlo, se está dispuesto a dar hasta lo imposible por una nueva dosis. Lo comparo con ver a un hámster en su jaula dando vueltas en la rueda que está dentro de esta prisión (jaula), sin avanzar, donde se repite el ciclo de manera interminable: ansiedad, consumo, euforia, depresión; ansiedad, consumo, euforia, depresión, así pasé más de treinta años de mi existencia.

“Basuquero”, esa sola palabra en nuestro país asusta, e inmediatamente la sociedad la conecta con otra aún más aterradora, “desechable”, es decir, un basuquero es algo que se puede botar y reemplazar con facilidad. Es desafortunado serlo, es un infortunio, no solo por la ya conocida dependencia de esta droga, sino también por la forma como esta sociedad violenta desconoce al ser humano consumidor, ese adicto puede ser usted o yo, como en efecto lo fui; un familiar o un amigo, un ciudadano, un colombiano.

¿Qué sería de mí y de los miles de consumidores que recorren las calles de este país, sino tuviéramos unos dolientes y/o acompañantes? (Casi siempre las familias); los basuqueros seríamos seres aún más insignificantes en esta sociedad, los más despreciables y miserables y sobre todo perjudiciales; esto último se entiende parcialmente, pues en nuestra desesperación por consumir más, difícilmente conocemos los límites, siendo esta ruptura con lo establecido y permitido, el motivo y la razón principal para ese rechazo social, cultural e institucional. Es ese deseo de estar bajo su efecto, lo que nos lleva a hacer lo inimaginable, lo más bajo y ruin, todo está permitido con tal de volver a consumir.

Pero también es necesario decir que, sin pretender justificar los hechos y comportamientos propios del consumidor, sí es importante problematizar, comprender y reinterpretar al basuquero. Su adicción no debe ni puede ser la justificación para la estigmatización tanto de su entorno familiar como social, institucional y cultural. De hecho, esa es la pretensión de esta investigación, abrir un debate sobre la visión de la sociedad, comunidades, instituciones, organizaciones y ciudadanos con respecto al consumidor de basuco, rechazando la utilización del concepto “desechable”, implementada constantemente para referirse a los consumidores de esta droga.

Esta sociedad occidental se construyó con los valores propios de la Revolución francesa y dos de ellos son fraternidad e igualdad, pero estos no se aplican para el basuquero, ya que son pocos los ciudadanos no consumidores que brindan fraternidad al consumidor. Considerando además, que, debido a nuestra apariencia o consumo, no se nos trata igual a los demás y más bien, la sociedad lo hace con desprecio, miedo y hasta cierto punto rencor.

Por otro lado, también es necesario reconsiderar el significado y valor que se le da un ser humano cuando se le llama “basuquero”, porque si bien no hay otra palabra en nuestro idioma que se acomode mejor para definir a aquella persona que consume de manera esporádica o habitual basuco, lo que debate esta investigación es el valor que se da a la persona, al individuo que carga con esta adicción.

Entre los adictos a las drogas en nuestro medio puede haber marihuaneros, cocainómanos, alcohólicos o fumadores de tabaco, todos estos con cierto grado de aceptación social, dependiendo de la legalidad o ilegalidad de su consumo. Caso contrario sucede al nombrar a alguien basuquero, pues pareciera que inmediatamente surge el rechazo de la sociedad, situación similar que solo ocurre con los heroinómanos y *sacoleros* (consumidores de pegante o *sacol*).

Por ello es fundamental analizar qué representa o significa usar esta etiqueta social tan despectiva y ofensiva para muchos de los que fuimos o son todavía adictos, por eso es fundamental humanizar al consumidor de basuco y desechar los prejuicios que solo generan odio y violencia.

La mejor manera de reconocer al consumidor de esa sustancia es conociendo su mundo y su historia, en consecuencia, esta investigación se centrará en mi historia de vida de consumo de basuco, a partir de mi experiencia como basuquero, la realidad de la *olla*, los cuartos y la calle donde se consume esta sustancia habitualmente. Pretendo revelar lo angustioso que es sentirse incomprendido y rechazado por la sociedad y el Estado, incluso por la familia y seres queridos, solo por consumir basuco. Es esta condición de consumidor de esta sustancia lo que hace de uno, llevando a los otros al prejuicio, incomprensión, cuestionamiento y miedo; motivo que conllevó a que muchas veces me preguntara y juzgara moralmente pensando: ¿Por qué yo?

A lo largo de más de treinta años de adicción, la mayoría como consumidor de basuco, tuve que cargar con el estigma de ser un basuquero.

Dado que las intervenciones e investigaciones realizadas por el Estado asociadas al consumo de drogas ilícitas como el basuco han demostrado ser laxas y taxativas, ya que tienden a desconocer las experiencias vitales, se hace necesario, en las dinámicas actuales, profundizar desde un enfoque crítico-social en la adicción al basuco, en congruencia con las actuales discusiones nacionales, con el fin de llegar a comprensiones sobre cómo se abordan: las formas de darse la experiencia en el consumo de basuco, sus efectos y, a manera global, explorar los factores estructurales como las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales que inciden en la narco-dependencia, pues según la ODC (2015):

El liderazgo de Colombia en el escenario internacional no se queda en el discurso, sino que gradualmente se está transitando a un enfoque social y humano que pone a las personas –no a las drogas– en el centro de las políticas. (p. 13)

Por lo anterior, se propone observar la realidad del consumo de basuco, los efectos y las afectaciones en las personas inmersas en esta dinámica a partir de la reconstrucción de la experiencia del investigador, quien consumió por más de treinta años y en diferentes ciudades y municipios de Colombia la sustancia en mención. Para tal objetivo se llevará a cabo el método de investigación cualitativa historia de vida, a fin de contar la historia desde la vivencia expuesta en los relatos recabados y así, visibilizar el contexto del consumo de drogas ilícitas desde una perspectiva cargada de reflexiones, es decir, la endógena.

Es fundamental expresar que para el investigador-consumidor nunca representó un acto ilícito el consumo de basuco, más bien siempre tuvo presente que si este era adquirido de forma lícita y con dineros bien habidos, podía consumirse. Según la ley colombiana se tiene el derecho de consumir, en un sitio discreto, “sin dar mal ejemplo” y fuera de la presencia de menores de edad, así mismo se puede consumir o hacer posesión hasta de un gramo de basuco de forma despenalizada. Lo cual solo era cierto en teoría pues la autoridad nunca respetó estos lineamientos constitucionales.

Así pues, el objetivo de indagar sobre la experiencia misma permitió teorizar la realidad en la cual está inmerso un consumidor de SPA (sustancia psicoactiva), así como sus percepciones frente al mundo para el entendimiento y comprensión sobre sí y su contexto. Por lo tanto, se hace necesario encontrar otros sentidos sobre las drogas, diferentes a los que históricamente se han posicionado como verdades absolutas, producto de miradas fragmentadas de la realidad social. Ejemplo de ello, es que para la gran mayoría de personas consumir cualquier tipo de sustancia que altere los sentidos o la percepción es sinónimo de delito, y respecto al basuco es casi una verdad no cuestionada, tanto que en más de una

ocasión, este investigador tuvo que vivir los rigores de dicha realidad e incluso ser privado de su libertad cuando la Ley 30 penalizaba la posesión de drogas para el consumo; el investigador como muchos otros consumidores enfrentaron de cerca los intentos de “desaparición” a cargo de sectores de limpieza social que ven al consumidor de basuco como una escoria, un objetivo militar, una persona que no merece vivir en esta sociedad.

1.4. Metodología

Esta investigación es de corte cualitativo, realizada a partir del enfoque de constructivismo social (Cubero-Pérez, 2005), en el que se desarrolla una epistemología relativista, usando la historia de vida como método de investigación, para hacer claridad al respecto, Veras (2010) ilustra:

Comprender la historia de vida como método de investigación requiere la aceptación de la premisa de la imaginación sociológica como la capacidad de mediación entre el individuo, la biografía y la historia, es decir, las estructuras sociales. Implica también en admitir el papel activo del individuo en la historia. (p. 150)

Es ver un Daniel como agente activo con una concepción ideológica explícita sobre su consumo y una autorreflexión crítica de esta realidad, lo que permite conocer el proceso social y cultural que se construyó dentro de esta historia de consumo; usando la técnica autobiográfica, es decir, el relato de un investigador, exconsumidor, donde el objeto de estudio es el consumo de basuco de Daniel, enmarcado en un contexto histórico y con una estructura social, que por medio del uso de un diario de campo, utilizado como instrumento de recolección de la información, narra su experiencia en torno al consumo de basuco durante medía vida, emergiendo sus recuerdos e imaginarios subjetivos, siendo este un acercamiento que muestra la realidad de un consumidor entre los años ochenta, noventa y principios del siglo XXI; una historia de consumo del basuco desde los 19 años en la ciudad de Armenia, donde nació y vivió parte de su vida, pasando por otras ciudades debido a la larga y

prolongada historia de consumo de más de treinta años, esta narrativa de vida llega hasta el punto final de su consumo a una edad ya madura.

Como toda historia de vida, esta es una historia de época, es un relato de consumo de esta sustancia y de una vida familiar conflictiva que justifica, en parte, su apego a la pasta base, aunque también existen otras razones profundas que potenciaron el vínculo fuerte con la droga, las cuales son narradas en este escrito.

Daniel representa una historia de consumidor que recorre las etapas del proceso adictivo, viviendo entre las *ollas*, la calle, su casa familiar, los hoteles y las piezas cercanas a las mismas *ollas*, enfrentando, como todo “basuquero”, la reducción de su núcleo social, hasta quedar solo, siendo su única compañía la papeleta. Es un caminar por la atmósfera de la Armenia de los años 80 y 90 del siglo pasado, pero es también un desprenderse completamente de esa ciudad, de su familia y amigos, de la cultura e historia para deambular por una “antropología del no lugar”, representada en un “turismo del basuco” que lo condujo a transitar por Bogotá, Medellín, Pereira, Puerto Leguizamo, Mocoa y Manizales, siendo estas, zonas efímeras para él, creándose como espacios de consumo, sin ser espacios identitarias para Daniel, fumando basuco de manera frenética e interactuando con la materialización de las políticas públicas sobre drogas de la época. Tal como nos recuerda el relato y las narrativas de sus vivencias: una vida para el consumo, donde este daba sentido a su existencia y al mismo tiempo era la fuente de su mayor frustración y desdicha. Sobre lo qué es una historia de vida, y para sustentar mejor esta narración, Pereira de Queiroz (1991), sostiene que este es:

El relato de un narrador sobre su existencia a través del tiempo, intentando reconstruir los acontecimientos que vivió y transmitir la experiencia que adquirió. Narrativa lineal e individual de los acontecimientos que él considera significativos, a través de la cual se delinear las relaciones con los miembros de su grupo, de su profesión, de su

clase social, de su sociedad global, que cabe al investigador mostrar. De esa forma, el interés de este último está en captar algo que trasciende el carácter individual de lo que es transmitido y que se inserta en las colectividades a que el narrador pertenece.

(p. 6)

En este relato autobiográfico cobra importancia: la *olla*, la calle, el cuarto y el encuentro con los otros consumidores, bien diferentes a la historia de Daniel. Con ello se muestra cómo fue su cosmovisión y el mundo del basuco, donde, si bien se comparten unas normas, valores y conductas, también se vive el consumo desde los contrastes propios del ser humano, su origen social y creencias culturales. Tal como lo menciona Salazar-Medina (2009):

En el mundo de las drogas, son diferentes los estilos de vida propios de cada historia social. Los estilos de vida representan los modos particulares de vivir la vida cotidiana. Después de haberse apropiado de los usos de este mundo más inmediato, el hombre puede escoger un pequeño mundo que hace suyo y relativamente nuevo. (p. 22)

Existe una doble lectura en las historias de vida, esto se explica al momento de recoger sus vivencias, ya que su vida, es también la forma de acercarse y entender la sociedad.

En palabras de Salazar-Medina (2009), (parafraseando a Ferrarotti, 1991), una historia de vida ofrece una doble lectura:

Corresponde a las relaciones entre “Biografía y Sociedad”, es donde se explica el hecho de entender lo vivido como una experiencia que da lugar a una doble lectura. Por un lado, la lectura de la sociedad que el informante hace a través de su propia experiencia, de su propia praxis y, por el otro lado, la lectura que su historia vivida y narrada hace al cruzar la sociedad para el momento histórico. (p. 16)

La historia de vida recoge mucho más que la vida del informante, es una lectura en contexto, habla de la sociedad y sistema social, político, económico y cultural, en ese sentido, la misma autora menciona:

La importancia del contexto económico, social y cultural, en los que las autobiografías están insertas. Una teoría de la personalidad para describir y comprender, en sentido propiamente hermenéutico, el complejo conjunto de relaciones intercomunicantes entre la biografía de un individuo, las características de base de su personalidad y el grupo primario. Finalmente, la sociedad como un todo con su mundo normativo y sus estructuras institucionales. (Salazar-Medina, 2009, p. 17)

Pese a lo explicado, todavía existen dudas desde la investigación social sobre la validez de una historia de vida autobiográfica y se puede cuestionar por qué esta es una aproximación a la verdad sociológica y una comprensión de la realidad más allá del individuo, en este caso, pasa de ser una narración del consumidor de pasta base de cocaína y se vuelve una historia de la sociedad y las drogas, como lo menciona la citada autora:

Se afirma que nuestro sistema social está todo entero en cada uno de nuestros actos, en cada uno de nuestros sueños, delirios, obras, comportamientos y la historia de este sistema está toda entera en la historia de nuestra vida individual. (Salazar-Medina, 2009, p. 17)

El relato de esta historia de consumo afronta su humanidad pasando por encontrar los factores de riesgo que permitieron su consumo y factores de protección que no le permitieron tocar fondo o vivir en la calle definitivamente, pero como consumidor de pasta base, su historia de apego fue una época de exclusión y estigma por parte de un sistema social, económico y familiar. Abordando en su relato sus emociones, sentimientos, carácter y personalidad, características que le permitieron sobrevivir ante una droga muy adictiva y a

una sociedad prejuiciosa y violenta; pero de la misma forma aproximándose a los rasgos y conductas que lo llevaron a permanecer en ese inframundo por media vida.

Dentro de la historia de vida la alteridad juega un papel fundamental, como lo menciona Sola-Morales (2017):

La alteridad está siempre presente en el relato biográfico. Esta premisa parte del conocido «dialogismo» propuesto por el teórico ruso, Mijail Bajtín, que es fundamental. La concepción bajtiniana del sujeto habitado por la otredad explicaría bien la presencia inmanente del *otro* en el propio discurso, y la intuición de su posible respuesta aun cuando el enunciado no haya sido pronunciado. (p. 499)

La escritura de esta historia de vida, necesitó tomar otras herramientas de análisis y reflexión y autorreflexión, y para ello se usó la fenomenología hermenéutica, ya que esta busca un nivel de comprensión profundo, que permitió reflexionar y humanizar al consumidor de basuco, ubicándolo dentro de una realidad social y un mundo, que, a pesar de su estigmatización, permitió entender que este comparte ciertas similitudes con la sociedad que lo excluye³.

Es decir que, en este estudio, la realidad y el fenómeno no solo importan por su objetividad y objetivación, sino porque son parte de una unidad que está narrada y contada desde la historia de vida de este investigador, investigado. Fenómeno analizado desde la experiencia de Daniel y su conciencia, durante un largo consumo de pasta base de cocaína; donde las normas, la cultura, la estigmatización, la represión y el rechazo son experiencias y rasgos que generan este tipo de consumo. Un todo que se analiza desde una conciencia de un consumidor de una procedencia familiar de clase media y formación profesional.

³ Al respecto, véase Fuster-Guillen (2019), quien sintetiza de manera apropiada a Husserl sobre la importancia de la fenomenología y le da sentido al conocimiento de esta historia de vida de consumo.

Los capítulos, las narraciones y experiencias descritas en la historia de vida, son la muestra misma de la reducción fenomenológica. El objetivo de la hermenéutica, según Fuster-Guillen (2019) es: “reconstruir los ejes articuladores de la vida de la conciencia, pero esto únicamente se puede ejecutar profundizando en su experiencia” (p. 204).

Con lo cual la narración de la historia de consumo de Daniel, es escrita y narrada en primera persona; su experiencia y su lógica es organizada por su conciencia y memorias de consumo. La fenomenología hermenéutica es un método que aporta a esta historia de vida porque:

Este enfoque está orientado a la descripción e interpretación de las estructuras fundamentales de la experiencia vivida, al reconocimiento del significado del valor pedagógico de esta experiencia. Este método compone un acercamiento coherente y estricto al análisis de las dimensiones éticas, relacionales y prácticas propias de la pedagogía cotidiana, dificultosamente accesible, a través de los habituales enfoques de investigación. (Fuster-Guillen,, 2019, p. 207)

Así mismo, la realización de esta historia de vida significó:

Tomar la historia de vida como uno de los métodos capaces de guiar el buceo en las aguas, sean ellas profundas o no –o de sentir el vértigo del desbuzarse en la balastrada para ver mejor aquello que los focos de luz nos permiten aprender de los movimientos de la bailarina (la vida)– es un acto de coraje a ser emprendido por el investigador. (Veras, 2010, p. 150)

Por otra parte, se pretende que la visibilización de las polifonías permita que sean leídas por la población en general, para llegar a la dignificación de las personas adictas al basuco, en mérito de sus derechos humanos y así, puedan ser reconocidos como tal, mas no desde concepciones peyorativas como “indigentes”, en tanto esta palabra tiene cargas semánticas que les refiere como “peligrosos” o “desechables”, deslegitimando su humanidad

al clasificarlos como algo que se puede descartar. A partir de lo anterior, se puede decir que el contexto mismo contiene múltiples voces que requieren ser escuchadas para generar cambios en la cotidianidad.

Este método de historia de vida invita al investigador a ser su propio objeto de estudio desde la intersubjetividad, él y su experiencia. Por tanto, será él quien comprenda su realidad y haga reflexión para interpretarla.

La relación entre enfoque crítico social y la historia de vida como método permite la comprensión y reflexión exhaustiva de las vivencias personales para después lograr comprenderlas en contextos más amplios. En ese sentido, los saberes acumulados se convierten poco a poco en conceptos elaborados que tienen un valor intrínseco, así mismo, este proceso deja observar los hechos desde un punto de vista más objetivo y permite apreciar detalladamente aspectos que vistos desde otro foco no se podrían plantear.

Capítulo 2

Marco Teórico

*No hay diferencia entre un fármaco, una medicina y una droga.
Cualquier sustancia psicoactiva puede servir como remedio o
como veneno dependiendo de las circunstancias en las que sea utilizada.*

Karina Malpica (2003, p. 4)

2.1. Concepto de droga

El acercamiento conceptual a la categoría de droga lo obtuve de la revista *Cultura y Droga* y también de algunas obras clásicas relacionadas con el tema. Por la naturaleza compleja de esta categoría, es necesario entender que hablar de drogas requiere un abordaje interdisciplinario que incluye lo biológico, neurocientífico, químico, farmacológico, psicológico, antropológico, sociológico, económico, los estudios políticos, la historia y las etnociencias.

Este ejercicio facilitó comprender porqué referirse a las drogas, necesariamente abre el debate en espacios morales, políticos y culturales sobre las dinámicas sociales, además de la salud pública, generando la confrontación de valores entre grupos y personas que comparten diferentes visiones de esta realidad, en la que predomina la inclinación por encasillar el tema en el “problema de las drogas”.

Para comenzar este abordaje conceptual, inicialmente definiré cuál es el concepto que tengo de droga. Ignorando mis otros conceptos y saberes solo podría atinar a definirlo con una sola palabra: “basuco”, ya que este representó para mí: “mi alimento, mi medicina, mi relax, mi estrés, mi pasión y también mi perdición”, la mercancía, la sustancia, obvio que acepto que es aquella sustancia producida por el hombre a partir de extractos de la planta llamada *Erythroxylum coca* y que al ser introducida en mi organismo me genera estados alterados de conciencia, que la palabra pareciera viene del francés *drogue vate* (barriles secos o hierbas secas) y que es muy difícil definir el término en forma rigurosa., luego me centraré

en la definición dada por otros autores sobre qué es la droga y cómo actúa. Al respecto Malpica (2003), sostiene que:

Desde el punto de vista de la ciencia, fármaco o droga es toda sustancia química de origen natural o sintético que afecta las funciones de los organismos vivos. Los fármacos que afectan específicamente las funciones del Sistema Nervioso Central (SNC), compuesto por el cerebro y la médula espinal, se denominan psicoactivos. Estas sustancias son capaces de inhibir el dolor, modificar el estado anímico o alterar las percepciones, por ejemplo. (Malpica, 2003, p. 283)

Al propósito de lo anterior, Ronderos-Valderrama y Segundo-Tercero (2002), aportan otra definición histórica que da cuenta del trasegar y la evolución del concepto:

Las drogas, históricamente, han sido utilizadas en la vida humana, han estado asociados desde su origen milenario y hasta el momento actual de la humanidad, a las creencias religiosas y mágicas, a la salud y la medicina, pero también a fortalezas y fuerzas físicas y psicológicas para resistir y obtener beneficios en el trabajo, para posibilitar expresiones sensitivas relacionadas con el arte y en general con el intelecto, en las actividades recreativas como juegos y danzas, en deportes y eventos de sociabilidad y celebraciones, pero también a la búsqueda de estados emocionales que los humanos desean sentir en determinadas circunstancias, asociados al placer sexual, a estados extáticos y sedantes, a manifestaciones de alegría o también en eventos de fiestas y carnavales. (p. 245)

Malpica (2003), aclara por qué a partir de la Modernidad los términos fármaco y droga terminan siendo antónimos, cuando en determinados estadios de la historia sus concepciones eran asociadas:

El término *pharmakon* era utilizado en la antigüedad para describir tanto a los medicamentos como a los venenos, y no había distinción terminológica entre aquellos

con utilidad terapéutica sobre el cuerpo físico o sobre el cuerpo mental, como es el caso de las sustancias capaces de alterar la conciencia. Desgraciadamente, lo que antes era sinónimo hoy se encuentra dissociado. Aun cuando los términos fármaco y droga continúan aplicándose de manera indistinta dentro de la literatura especializada, en la percepción popular se consideran cosas por completo diferentes. Ahora se habla de medicinas y de drogas. Se dice que las medicinas alivian el sufrimiento, luchan contra la muerte, son buenas y se venden en farmacias. Se cree que las drogas originan trastornos severos, provocan la muerte, son malas y por eso están prohibidas. (Malpica, 2003, p. 284)

Por otra parte, las drogas psicoactivas tienen unos efectos o formas de actuar en el organismo humano, tanto a nivel físico como en el plano psíquico, la investigadora Karina Malpica (2003) en este sentido menciona:

Imagínate que las células son como habitaciones del gran templo que es tu organismo, los receptores de dichas células-habitaciones son sus cerraduras, y las hormonas o neurotransmisores son las llaves que abren o bloquean esas cerraduras. Un neurotransmisor u hormona que abra la cerradura, recibe el nombre de agonista, mientras que uno que atasque la cerradura e impida que se abra la puerta, es un antagonista. (Malpica, 2003, pp. 285-286)

Esto quiere decir que los psicoactivos pueden abrir puertas de nuestro cerebro o cerrarlas, haciéndonos sentir sensaciones que estimulan nuestra conciencia y las percepciones físicas. Los efectos psicológicos de las drogas según la misma autora, son:

El conjunto de sensaciones mentales que se producen en una persona bajo el efecto de cualquier sustancia psicoactiva. Hay dos aspectos que influyen profundamente en una experiencia con cualquier droga. Estos aspectos se conocen como el *set* y el *setting*. El *set* se refiere a lo que el consumidor aporta personalmente a la experiencia: su

fortaleza psíquica y física, las huellas mentales de su infancia, su aprendizaje vital, sus tendencias emocionales e intelectuales, sus motivaciones e intenciones, su preparación para la sesión. Es decir, el *set* es aquello que incumbe al individuo. El *setting* es el ambiente, tanto físico como humano, que rodea al consumidor durante la experiencia. (Malpica, 2003, p. 291)

Más adelante, en el apartado de la historia de vida, analizaré el *set* (la experiencia) y de la misma manera, el *setting* (el contexto), para poder así comprender cómo los consumos no solo pertenecen a un individuo, su historia y cultura, sino también a una sociedad y ambiente de una época.

El basuco es una droga que genera una alta dependencia y apego, en muchos casos de habitantes de calle una situación determinante de su destino; debemos entender lo qué es la dependencia física para acercarnos a la realidad del consumidor, Malpica (2003), explica la dependencia física como:

La alteración del estado fisiológico que se produce ante la exposición repetida a ciertas drogas y que provoca la necesidad de seguir consumiéndola con el fin de prevenir la aparición de un síndrome de abstinencia. Esta alteración supone el desarrollo de cambios biológicos en los que dichas drogas se integran de alguna manera al funcionamiento habitual del cerebro. Por ello se le conoce también como neuroadaptación. De acuerdo al doctor Brailowsky, un experto en neurociencias, el desarrollo de la dependencia no supone forzosamente que el individuo tenga determinados problemas psicológicos para que se vuelva adicto, puesto que se han identificado factores genéticos que hacen a ciertas personas más susceptibles a desarrollar dependencias específicas a ciertas drogas y no a otras. (Malpica, 2003, p. 293)

A partir de la lógica planteada del *set* y el *setting*, la dimensión individual (psíquico, psicológica y biológica) y su relación con la dimensión colectiva (el entorno social, cultural, económico, político y psicosocial), se puede avizorar en el horizonte del análisis la construcción occidental de la droga, elaborada desde la Modernidad y la Posmodernidad.

El sociólogo Jorge Ronderos Valderrama, en tal sentido resalta tres tendencias y perspectivas que predominan en la actualidad a la hora de abordar el fenómeno: la primera, la demonización de los productos químicos y personas, la segunda, la realista, y la tercera, la científica (Ronderos-Valderrama, 2000).

La demonización de los productos químicos y personas es una tendencia hegemónica a nivel internacional, fundamentada en argumentos y actitudes científicas, morales, legales y políticas, justificada por un sector de la ciencia institucionalizada, que obedece a criterios deontológicos y no epistemológicos, por tanto, es un discurso profesional dominante producido con un interés de poder y control social. Se basa en fuertes referentes moralistas y coercitivos, forzando el uso de esquemas que no corresponden a las necesidades y lógicas del entorno cultural.

En consecuencia, está estrechamente ligado a la estructura política de los Estados-nación y sus capacidades de reprimir para mantener el orden, siendo una concepción que asocia las drogas a la criminalidad y las adicciones, fundamentando el fenómeno del prohibicionismo y el modelo político de guerra contra las drogas. Una tendencia violenta que se reproduce en la cotidianidad de los espacios de rehabilitación cuando suelen adoptar un modelo ideológico dominante.

Al abordar el “problema de las drogas”, es fundamental hacer un recorrido histórico sobre el consumo de drogas, separando el mundo en visión premoderna de la posterior visión occidental, influenciada por la Modernidad; Romero-Miranda (2013), habla del metarrelato

del mundo premoderno y el cambio al consumo secular, esta transformación es el origen de la visión vigente:

Génesis del actual conflicto social, la destrucción de un metarrelato original que circunscribe el uso de drogas a la esfera mítico religiosa (sociedades aborígenes), y que por medio de la secularización (sociedades modernas) da paso a múltiples representaciones que luchan por validarse (sociedades postmodernas). Esta aproximación al fenómeno que puede resultar dualista o reduccionista en su génesis, no es más que una forma de plantear el análisis del fenómeno (dentro de otras posibles claro está), pues el consumo de drogas trasciende con mucho una visión lineal y totalizadora que dé cuenta de su estructura y dinámica. (p. 139)

Diversos investigadores han orientado sus esfuerzos a reflexionar alrededor de cómo se dio ese proceso de cambio del uso mítico religioso al mercantil y personal.

Una radiografía de la utilización mercantil nos la entrega Guerrero (1996: 24), quien nos recuerda cómo durante el período de la colonia, la hoja de coca sirvió como energizante para mantener a los indígenas trabajando durante largas horas en las minas y galerías subterráneas de Potosí, favoreciendo de esta forma su explotación y abuso, y cómo este consumo inducido por los españoles –en la medida en que se masificó la necesidad de explotar yacimientos y contar con mano de obra indígena–, pronto pasó a constituir un lucrativo negocio mercantil, que dio como resultado que cerca de 400 mercaderes españoles vivieran en el Cuzco exclusivamente del tráfico de coca. (Romero-Miranda, 2013, p. 142)

El aumento del consumo generó una empresa del consumo de drogas que fue creciendo hasta ser el negocio multimillonario que es hoy en día, es decir, lo anterior refleja la idea de hacer empresa y acumular capital, propia de este sistema económico que impulsó el narcotráfico.

La secularización del consumo cambia el significado, los relatos y los discursos, volviendo más amplios su uso y sentido, con esta transformación se dan dos tipos de consumidores que Romero-Miranda (2013) diferencia del siguiente modo:

Se puede hablar entonces de dos tipos de consumidores: los drogonautas y los drogadictos. Denominaremos *drogonautas* a todos aquellos sujetos cuyo uso de las drogas se circunscribe a ceremonias mítico-religiosas, donde la significación del consumo se plantea como un viaje, un encuentro con las divinidades o la espiritualidad. Como antítesis del drogonauta encontramos al drogadicto, que hace alusión a los sujetos cuyo consumo de drogas se plantea como una enfermedad, como una patología, donde el enfoque biomédico se alza como el principal lente (o el principal paradigma) para entender el fenómeno. (p. 149)

2.2. El estigma social del consumo de drogas

El estigma es una clasificación o una etiqueta que se le da a un ser humano de forma negativa, una marca y huella que se genera sobre un individuo, siendo en sí un proceso social de caracterización donde se le asigna una identidad social, identificando, además, su grupo social de pertenencia. Al respecto, es importante mencionar el informe de la Red iberoamericana de Ongo que trabajan en drogodependencias (RIOD) (2019): *Estigmas, consumos de drogas y adicciones*, este profundiza en la identidad social, la real y la virtual, y el estigma social:

La identidad virtual Goffman (1963) la define como aquella en la que se clasifica el individuo según unas expectativas previas que pueden cumplirse o no. La identidad social real es aquella en la que, al contrario de la virtual, es donde se han confirmado los atributos. Goffman (1963) describe un Estigma cuando el proceso de clasificación de una persona o un grupo implica atributos negativos que acarrear ciertas consecuencias a diferentes niveles. (RIOD, 2019, p. 7)

La estigmatización del consumo de las drogas y fármacos ilegales tienen una justificación al ser una “amenaza” al proyecto económico, cultural y político del capitalismo y su idea de progreso, Castellanos y Espinosa (2013), mencionan:

En las sociedades occidentales subyace una representación social de la droga y su consumo como obstáculo para el desarrollo normal del sujeto, se señala con frecuencia en el discurso oficial, que las drogas representan una amenaza a la salud y al bienestar de la humanidad, lo que legitima socialmente que su producción, comercialización y consumo sean prohibidos. (p. 60)

Mi historia está marcada por el estigma social, público y familiar, donde en muchas ocasiones el solo hecho de visitar a la familia en fechas especiales, ingresar a una panadería o sitio público, representaba un karma para mí, era enfrentar el rechazo, donde la identidad social estaba marcada por huellas negativas que no me permitían disfrutar o compartir en esos espacios e incluso con mi propia familia, era tan fuerte el estigma que hasta fui desterrado de mi propia familia

Por ello se hace necesario comprender que existen diferentes tipos de estigmas sociales, dependiendo del lugar o condición bajo la cual se acentúa dicho señalamiento, un ejemplo es el estigma público, el cual podemos entender a partir del informe de la RIOD (2019):

Existen diferentes tipos de estigmas según Fernández (2017) y Romaní en ASP (2018) y la OPS – OMS (2005). El estigma público es aquel que tiene lugar cuando la población aprueba los estereotipos y conlleva una discriminación directa. Se derivan conductas como la negación de los derechos de la persona estigmatizada, como por ejemplo al trabajo, la atención sanitaria o a una vivienda digna. (p. 9)

Comprender la envergadura, dimensión y alcances del estigma social del consumidor de drogas pasa por entender los afectos adversos que causa sobre el tratamiento del que decide dejar su apego a la sustancia, el mismo informe habla de ello:

El estigma no solo influye en las personas consumidoras antes de iniciar un tratamiento, sino también durante su realización y después de él. Tal como expresan Mota, Noto y Santos (2014) y Arctander en Prieto (2019), las personas que sufren un trastorno adictivo son vinculadas usualmente, y de forma estereotipada, con la violencia, el narcotráfico y la prostitución sobre todo en el caso de las mujeres consumidoras. Además, se etiquetan a estas personas como responsables de su problema, se asocia con el concepto de “vicio” y la falta de voluntad, olvidando que un trastorno adictivo es un problema de salud. (RIOD, 2019, pp. 8-9)

Sin embargo, hay una predisposición realista surgida en el enfoque de reducción de los riesgos del consumo de drogas, que asume el fenómeno como una realidad social y un problema de salud pública que es necesario intervenir para mitigar los daños asociados. Por mi parte, caractericé desde el punto de vista de la sociología este enfoque como positivista, dado el interés de controlar las variables del fenómeno y combinar elementos normativos y científicos. Esta corriente es trabajada a través de programas informativos centrados en las sustancias, por profesionales e instituciones que intervienen en la salud y educación, interesados en la prevención y tratamiento de las denominadas adicciones y farmacodependencias.

La tendencia científica es un enfoque en ascenso en el mundo académico. Se fundamenta en la investigación de corte interdisciplinaria e intercultural que intenta comprender las relaciones que giran alrededor de los procesos del consumo, distribución y producción de las drogas a partir de un enfoque sistémico que integra las relaciones contextuales entre las sustancias, los usuarios, las prácticas y las representaciones

socioculturales, donde el consumo de sustancias debe pasar de ser comprendido y asumido desde la visión penalista de persecución judicial, al consumo de una sustancia entendido a partir de una perspectiva más amplia y reflexiva que lleve a entender que los problemas de consumo radican en su apego desmedido, lo que lo lleva a convertirse en un consumidor problemático, para así pensar en que el problema debe ser contrarrestado desde un tratamiento médico y psicológico que brinde dignidad al consumidor y el reconocimiento de sus factores de riesgo y protectores.

En consecuencia, el estigma social se convierte en un autoestigma y es en ese momento cuando se pierde o desdibuja el resto del ser o individuo consumidor, su ser ya reconoce principalmente el consumo y su imagen de sí es negativa. Esto lo explica la RIOD (2019), así:

La etiqueta estigmatizante se convierte en la definición íntegra de la persona, pasando a interiorizar el estigma en su identidad e invisibilizando a la persona y el resto de esferas que conforman su identidad. Se internalizan las creencias estereotipadas y, por ende, la persona se actúa autoexcluyéndose de ciertos ámbitos. (p. 10)

La interiorización del autoestigma hace que se apropien características y prejuicios que ocasionan un efecto negativo, aislando a la persona de su núcleo social, de la atención de su salud física y psicológica, una exclusión y marginación del consumidor.

2.3. Política contra las drogas

En el apartado anterior mencioné el estigma social como una categoría fundamental que existe detrás del consumo de drogas y la visión negativa que ejerce la sociedad, la familia y las instituciones. Con el fin de comprender de dónde proviene este señalamiento negativo y sus prejuicios, es necesario revisar el cambio de postura frente a las drogas que sucedió en la década de los 80 del siglo pasado; la penalización del consumo afectó la visión del consumidor, su forma de tratarlo y manera de solucionar el abuso de la sustancia; prevaleció

la visión punitiva, esta tiene una explicación en las políticas internacionales impuestas por Estados Unidos que se explicaran a continuación.

La influencia y poder de Estados Unidos sobre las decisiones de la comunidad internacional y en especial de la Organización de Naciones Unidas (ONU), históricamente ha incidido notablemente en la política internacional antidrogas; al respecto Amador-Albadán (2019), presenta un panorama de la visión y política contra las drogas:

En la década de los ochenta, el mercado y la economía de la droga empieza a ser un motor para las guerras del mundo. El incremento de la demanda de sustancias como la cocaína, el cannabis, la heroína y opiáceos, desató también el incremento de la producción y cultivo de éstas, en países latinoamericanos en su mayoría. Generando escenarios de graves conflictos sociales, por lo cual se utilizó el contexto para implementar con mayor rigor las medidas prohibicionistas. (p. 17)

Es importante centrarse en la década de los 80 debido a que es la época en la que empecé el consumo de pasta base y al mismo tiempo inicia la penalización fuerte contra la producción y comercialización por parte de los Estados Unidos. Esta postura política influye en la visión que tiene la sociedad sobre las drogas, por ello, la misma autora menciona:

Según un informe de la Universidad de Maryland titulado: “Evaluando la Política de Drogas de los Estados Unidos”, publicado por el profesor Peter Reuter en los años ochenta, en Estados Unidos se desató una epidemia del consumo de crack -sustancia que, de hecho, nació en Colombia-, generando así un encarcelamiento masivo de jóvenes, en especial negros. Debido al panorama, Estados Unidos hizo un llamado a las Naciones Unidas y a los países del mundo para sumarse a la guerra contra las drogas. Y, en 1988 fue necesario implementar sanciones penales a quienes se involucraron con la producción, tráfico y posesión de sustancias psicoactivas incluyendo la extradición en la Convención. (Amador-Albadán, 2019, p. 18)

A pesar de que este enfoque aún predomina de manera concreta en las políticas públicas de diversos países del mundo, en variados espacios sociales se han puesto en circulación y práctica discursos que ponen en juego otros criterios para abordar el tema del consumo de sustancias, se trata de un nuevo enfoque de la política de drogas.

La Junta Nacional de Drogas de la Presidencia de la República del Uruguay (2016), presentó el documento: *Políticas de drogas y derechos humanos: Nueva perspectiva. Documentos y textos para acompañar la reflexión*. Este informe entrega una visión novedosa sobre el problema de las drogas, en la que incluye una perspectiva política diferente para su manejo: “El enfoque de las políticas de drogas debe sustentarse en los pilares de salud pública, derechos humanos, género, convivencia y calidad. Los trastornos vinculados a los usos problemáticos de drogas son prevenibles, tratables y reversibles” (p. 10).

Y se centra en 5 ejes que abren el espectro y debate de la política frente a las drogas: Se plantean cinco ejes con miras a acordar para el año 2019 un enfoque integral de las políticas de drogas, esto son: I. Derechos humanos, género y ciudadanía; II. Salud integral; III. Justicia y convivencia; IV. Mercados: control, regulación y desarrollo alternativo; y V. Cooperación internacional. (p. 11)

2.4. Consumidor de drogas

A través de las prácticas de consumo secular en la modernidad occidental, surge una razón que justifica el consumo de sustancias, la droga es un medio para evadir problemas, al respecto Romero-Miranda (2013), precisa:

En relación al uso de estupefacientes como medio de evasión de problemáticas sociales, no se puede dejar de mencionar la influencia de la Revolución Industrial en esta dinámica, donde la droga no solo actuó como mitigante de las infrahumanas condiciones de trabajo de la mano de obra proletaria, sino que además, dio pie al desarrollo de la química orgánica, base del uso científico-terapéutico de la droga en

figuras como las del médico suizo Paracelso, quien vio en el opio (láudano) un elemento eficaz para tratar enfermedades. (pp. 143-144)

Considerando además que el consumo de fármacos se vuelve en la sociedad moderna una patología, el mismo autor, lo explica así:

Es necesario considerar el cuestionamiento que se cierne sobre el enfoque biomédico que por tiempo se enarboló como el gran paradigma para abordar el fenómeno, dado que si bien, la adicción se relaciona con alteraciones en la secreción normal de dopamina (por tanto con elementos biológicos), la base de todo tratamiento sigue siendo la voluntad del sujeto, piedra angular de su rehabilitación, la que por cierto no deviene de su biología, sino justamente de lo contrario, de factores socioantropológicos que actúan a nivel individual, familiar y grupal. (Romero-Miranda, 2013, p. 153)

Otros estudios muestran cómo empieza el consumo de drogas, señalando las situaciones y circunstancias contextuales e históricas como determinantes para ello.

El hábito de consumo de sustancias empieza con frecuencia al encender un cigarrillo o destapar una cerveza, situación que da origen a una conversación en grupo (Zapata, 2010). Estas prácticas se encuentran asociadas con la música folk, popular anglosajona y el rock, el baile, el sexo, el “no hacer nada”, el “inconformismo”, malas relaciones afectivas, la creencia de que es una costumbre extendida, la presión de los amigos, la vergüenza de parecer distinto (Gallego, 1990; Navarro, 2007; Zapata, 2010). (Castellanos y Espinosa, 2013, p. 65)

Los factores que más inciden en el consumo, según Castellanos y Espinosa (2013) son:

Los factores sociales se relacionan con las variables sociodemográficas como el género, situación educativa, así como la condición social y económica. Los estudios

evidencian diferencias por género, siendo los hombres quienes más consumen, de manera que los chicos presentan un riesgo superior que las chicas (Martínez, 2006; Navarro, 2007; Fernández, 2010). La condición económica no establece diferencias frente al consumo, sino frente al tipo de sustancia que se consume, así como la frecuencia con que se da y el uso que se le da a la droga (Laespada, 2000; Vielva, 2000; La espada et al., 2004; Tirado et al., 2009; UNODC, 2012). (p. 64)

Específicamente, en cuanto al consumo de basuco, su tratamiento terapéutico y sociopolítico ha sido marginal en el espectro de las políticas públicas de Colombia; aunque existen casos de gobiernos locales que han materializado proyectos que merecen su análisis y reflexión, no se ha encontrado el camino institucional que indique la salida social y cultural al consumo de basuco, que en las últimas tres décadas ha estado relacionado con la pobreza, la marginalidad, la violencia, la criminalidad y los habitantes de calle.

La alcaldía de Bogotá en el periodo 2012-2015 adelantó una política local que pretendía dar respuesta al consumo de basuco desde una perspectiva sustentada en los derechos humanos y la regulación estatal. Un proyecto de atención a los consumidores de basuco habitantes de calle con la idea de suplir los efectos negativos de este derivado de la coca y de las situaciones surgidas de su consumo.

Los llamados en aquella política Centros Controlados de Consumo (CAMAD), pretendían debilitar las dinámicas del microtráfico, mejorar la capacidad y tipo de respuestas, y consolidar esfuerzos institucionales y civiles para su control. Se trató de una propuesta multidisciplinar basada en la atención médica y psicológica, que creaba una conexión con un tipo de rehabilitación sustentada en la libertad del consumidor y de los mismos terapeutas para asociarse en la búsqueda de salidas a consumos problemáticos. Una idea, que el promotor de esta iniciativa impulsó fue la agencia de la ansiedad derivada de la adicción, a través de, por un lado, contar con la atención médica y terapéutica, y por otro, de escalar el

alcance de la política con miras al consumo regulado. Esa regulación implica una serie de acciones que comienzan con el registro y posterior control del gobierno sobre el consumidor, con el propósito de que acceda a un tratamiento asistido con miras a la solución del problema y su resocialización.

El basuco o pasta base de cocaína es la sustancia que consumí durante tres décadas y por ello, se hace necesario identificar qué tipo de droga es, Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa (2012) la definen como una:

Droga estimulante a base de cocaína que se obtiene en el proceso de extracción – obtención de cocaína clorhidrato a partir de las hojas de coca; es de coloración crema a ligeramente café debido a la presencia de carbonato de manganeso. (p.1011)

Además de lo anterior, es importante hacer una claridad sobre si el basuco y el crack son la misma sustancia, Berbesi-Fernández *et al.* (2016), menciona:

El basuco y el crack son formas fumables de la coca, que difieren en su forma de producción, ya que el primero se obtiene a través de la extracción de alcaloides de la hoja de coca que no llegan a ser procesados hasta convertirse en el clorhidrato de cocaína; mientras el crack surge de mezclar el clorhidrato de cocaína con bicarbonato de sodio y agua o amoníaco. A su vez, el basuco predomina en los países de la región Andina de Latinoamérica, mientras que el crack está muy difundido en Norteamérica y el resto del mundo. (p. 278)

Los efectos del basuco y el crack son parecidos, tanto los impactos físicos causados, principalmente neuronales, como los de carácter sociocultural, que afectan la biografía y el trasegar de interacción social del consumidor. Berbesi-Fernández *et al.* (2016), lo explica de la siguiente manera:

El basuco y el crack poseen similares efectos neurobiológicos y de deterioro social, además de un gran potencial adictivo, por lo que el basuco se considera el

“equivalente” del crack en los países latinoamericanos de menores recursos como es el caso de Colombia. (p. 278)

En Colombia, el consumo masivo del basuco empezó hace cuatro décadas, Berbesi-Fernández *et al.* (2016), identifican temporalmente el momento en el cual el uso de la pasta base se populariza entre las fracciones sociales más pobres, tomando especial relevancia entre los llamados habitantes de calle:

En Colombia, el uso masivo de basuco se inicia desde la década de los ochenta del siglo XX y actualmente constituye un problema de tráfico de drogas en pequeña cantidad conocido en el país como microtráfico o narcomenudeo que opera en los sectores más marginados de las ciudades, donde representa una fuente de ingresos para suplir necesidades básicas, pero también incrementa las tasas de delincuencia e inseguridad. El basuco es una de las drogas más difundidas a través de esta modalidad por su bajo costo, potencial adictivo y la gran prevalencia de población vulnerable en las ciudades colombianas, lo que genera grandes implicaciones para la política y la salud pública del país. (Berbesi-Fernández *et al.*, 2016, p. 278)

Los problemas desatados por el uso del basuco van mucho más allá del prejuicio moral y la condena social que tiene entre la sociedad colombiana; el consumo es también un problema de orden público en donde el tema de las llamadas “ollas” o “plazas” ha desatado problemáticas de seguridad y dinámicas de ilegalidad; pero además incide en la salud pública, presentándose en los consumidores afectaciones físicas en muchos casos irreversibles.

Berbesi-Fernández *et al.* (2016), mencionan al respecto:

Al poder adictivo y efectos nocivos del basuco se suma que su composición química no es estandarizada y es variable debido a su fabricación ilegal y clandestina, lo que implica mayor asociación con efectos secundarios. Además, por su modalidad de comercialización (microtráfico) representa un reto para las autoridades responsables

de ejercer control sobre su fabricación, distribución y consumo. Este asunto deja en evidencia un gran problema de salud pública que afecta al país y el cual amerita una atención especial por parte del gobierno nacional y sus entes encargados. (Berbesi-Fernández *et al.*, 2016, p. 281)

Deberían existir más estudios e investigaciones sobre la composición de esta sustancia para fundamentar el accionar de las políticas públicas, la sensibilización de la sociedad civil y para pensar la posibilidad de que este tipo de información sea un insumo para adelantar procesos de rehabilitación. Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa (2012) se refieren a ello:

La composición química del basuco no es algo estandarizado y es variable, debido a su fabricación ilegal y clandestina no está sujeta a un control de calidad. La única manera de saber en qué concentración se encuentra la cocaína en muestras de basuco e identificar la presencia de otros compuestos activos no controlados, es a través de análisis de laboratorio especializados. (p. 1013)

2.5. Rituales y fases de consumo

En la fase inicial del consumo o cuando se es experimentador social, casi siempre se es invitado, así que uno solo participa del ritual cuando le ofrecen el cigarrillo, el *calillo* o la pipa. Más adelante, cuando la ansiedad aparece, uno no soporta depender de otros, así que uno se concentra en aprender la manera de poder acceder a la sustancia, práctica que se va perfeccionando y que va incorporando en su intimidad con la sustancia todo tipo de hábitos y experiencias nuevas que se convertirán en rituales por lo repetitivas y ceremoniosas.

Como he comentado a lo largo del documento, los consumidores de basuco, especialmente aquellos que se encuentran en situación de calle, se desajustan de la dinámica de las estructuras de organización sociocultural, tanto materiales como simbólicas, donde el consumidor construye una simbología propia y forma de vivir, en la que únicamente importa tener la papeleta de basuco, una caja de fósforos llena de ceniza de cigarrillo, un encendedor

y una pipa artesanal, teniendo a su disposición la calle, siendo este el momento cuando se invisibiliza. La ropa, la comida, el trabajo, la familia, la pareja y el entorno social no importan, saliéndose de los estándares de comportamiento habituales y reconocidos como el deber ser moral, legal y cultural. Por eso “caminan” al margen del hábito cotidiano, sin vincularse al ámbito laboral o educativo, con un acceso deficiente al servicio de salud.

Pero al mismo tiempo, en los límites de la marginalidad y la exclusión social, estos sujetos sociales (¿Aún ciudadanos?) construyen en lugares itinerantes de la ciudad espacios de interacción física y simbólica entre pares, dando sentido a su existencia a través de una serie de códigos culturales que los identifica.

Por ejemplo, el ritual de consumo se constituye en un momento que resalta la existencia de los mal llamados “basuqueros”, es el instante de placer y satisfacción física y psíquica que justifica el rigor a los que los somete su estilo de vida. La forma de consumir basuco es mencionada por Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa (2012):

La vía de consumo del basuco es buco-pulmonar (fumada) generalmente mezclada con marihuana y tabaco y su adicción ha sido abordada como adicción doble a cocaína-THC o cocaína-nicotina. (p. 1012)

Sus efectos físicos y psicológicos han sido ampliamente estudiados por la medicina, la psicología y la psiquiatría, identificando, entre otros efectos:

Los efectos producidos en el consumidor de basuco se han clasificado en cuatro fases así: euforia cocaínica, disforia cocaínica, alucinosis cocaínica y psicosis cocaínica (16). Se reconoce muy notable el desarrollo de tolerancia por el consumo de esta sustancia y la presentación de síndrome de abstinencia. (Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa, 2012, p. 1013)

Corroborando con la evidencia médica los efectos nocivos del consumo de basuco, el presente esfuerzo investigativo fija su mirada en los aspectos socioculturales y en la

interacción (interrelación) entre quienes coinciden temporal, espacial y simbólicamente cuando consumen. Pero, además, intenta establecer las conexiones entre estos mundos micro (muchos de ellos de habitantes de calle) y las dinámicas macro históricas del momento (incluyendo las políticas públicas).

2.5.1. Las “ollas”

Para entender los rituales, prácticas y formas de consumir es necesario ir primero a los espacios donde se realiza la compra de drogas ilegales dentro de las ciudades, esos espacios donde también en muchos casos se puede consumir. Marulanda (2013), define las *ollas* así:

Las “ollas” son asociadas a espacios dedicados a la venta y consumo de sustancias psicoactivas, ubicados generalmente en las zonas céntricas y en los barrios periféricos de las ciudades. En ellas convergen usualmente diferentes tipos de actores que realizan actividades legales e ilegales: miembros de las organizaciones delincuenciales que controlan la venta de drogas ilícitas; consumidores habituales; residentes de la zona; y, de forma frecuente, agentes de la policía que monitorean e intervienen estos espacios como parte de su función social de perseguir el crimen y la delincuencia. (p. 76)

Pero entender estos espacios de venta y consumo no es tan fácil, debido a que viven en el límite entre la legalidad y la ilegalidad, espacios difusos y no lugares de tolerancia social e institucional; Marulanda (2013), lo explica del siguiente modo:

Tanto el Estado como la sociedad conviven -en muchos casos en una relación de cooperación con aquello que se considera formalmente prohibido-; es así que ambos se trenzan con la ilegalidad en una red compleja de relaciones sin la cual el denominado crimen organizado no sería posible. Tal conjunto de relaciones implica, entonces, que las fronteras existentes entre la ilegalidad y la legalidad no son tanto

líneas divisorias como puntos de contacto entre lo establecido y lo sancionado, tanto formal como socialmente. (p. 75)

En consecuencia, vemos que las *ollas* más grandes y conocidas del país, hoy desaparecidas (El Cartucho y el Bronx), funcionaban a pocas cuadras del Congreso de la República, de la alcaldía de Bogotá, la Casa de Nariño y el mismo Palacio de Justicia. Es decir, la ilegalidad se encontraba cerca de las principales instituciones del Estado en una coexistencia territorial, práctica y simbólica. Es importante tomar el concepto de “no lugar” y la “sobremodernidad”⁴ donde la identidad y el contexto histórico se desdibujan. A lugares tan simbólicos e históricos se les sobrepone una antropología del “no lugar” y esto sucede porque los lugares tradicionales ya no son suficientes para entender el mundo, donde la realidad se confunde con la fantasía, el lugar y no el no lugar en sobremodernidad.

La cultura de la *olla* es un encuentro entre diferentes mundos, en donde se expresan unas libertades amplias pero limitadas a un lugar concreto, en donde se establecen códigos de conducta e interacción particulares; sin perder de vista que la vida de muchos de estos hombres y mujeres es “nómada”, su existir se despliega por lo urbano, pernoctando por momentos en lugares y no lugares; según el autor Marc Augé, sobre los no lugares:

En la realidad concreta del mundo de hoy, los lugares y los espacios, los lugares y los no lugares se entrelazan, se interpenetran. La posibilidad del no lugar no está nunca ausente de cualquier lugar que sea. El retorno al lugar es el recurso de aquel que frecuenta los no lugares. (Augé, 2017, p. 110)

Espacio, donde el consumidor de basuco, que puede ser el mismo habitante de calle y visitador asiduo de la *olla*, está en los no lugares por el deseo de olvidar la realidad cotidiana y vivir solo el presente, el no lugar son zonas efímeras y enigmáticas que son creadas y

⁴ Al respecto véase Pérez-Barrera (2004).

multiplicadas a lo largo del mundo moderno, al respecto Marulanda (2013), ilustra lo siguiente:

En términos de Turner podría decirse, entonces, que estos habitantes de la *olla* no pertenecen a una única estructura social. “Se ubican en un espacio sin definición. Se encuentran potencialmente, y en principio, en una región libre y experimental de la cultura, una región en la que no sólo se pueden introducir nuevos elementos, sino también nuevas reglas combinatorias” (Turner, 1987: 28). Esas nuevas reglas combinatorias son las que resultan, entonces, del encuentro entre la legalidad y la ilegalidad. (p. 92)

El consumo de drogas es condenado socialmente y al mismo tiempo criminalizado por el aparato institucional, pero este mismo tráfico ilegal permea el lugar y las instituciones y representaciones importantes de la sociedad, es decir, el no lugar y el lugar se unen y se cruzan, a la ilegalidad del tráfico condenado por la sociedad internacional se adicionan instituciones como la DEA, la cual existe para coexistir con las márgenes y la sobrenormalidad. Se persigue, supuestamente, la empresa ilegal de producción, venta, exportación y comercialización de estas drogas, lo que llamamos narcotráfico, pero las investigaciones, muchas de ellas de carácter periodístico y sociológico, indican que la llamada “Guerra contra las Drogas” se ha intensificado con el pasar de los años sobre las personas que usan esas sustancias ilegales, y que se han establecido relaciones entre instancias gubernamentales, el aparato policial-militar y el sector empresarial privado con los carteles de las drogas que controlar el micro y macro narcotráfico. Marulanda (2013) explica lo siguiente:

En el presente se define el narcotráfico como un sistema de generación de capital integrado por los subsistemas de producción, distribución (microtráfico), comercialización (narcomenudeo) y lavado de activos (pitufeo) (Harvey, 2001: 257).

El concepto de narcomenudeo, en particular, refiere la venta al detal, al menudeo, de sustancias ilícitas; pero abarca también los múltiples interventores y operaciones de una cadena que empieza en la producción de la droga y termina en el consumo de la misma. (p. 76)

El consumo de sustancias psicoactivas ha sido asociado con la segregación desde la violencia directa, además de la violencia simbólica y estructural, dadas las altas tasas de homicidios emergentes en dichos contextos, donde existen implicaciones legales y judiciales para quienes incurren en situaciones de carácter punible, bien sea por el estadio psicótico o bien, por sus precarias condiciones económicas que los llevan a delinquir para conseguir la droga.

Las ollas para los adictos al basuco, son sitios demasiado importantes, porque el consumidor de basuco no solo necesita comprar la sustancia, sino también dónde consumirla. Las ollas son el no lugar dentro del lugar, son como peldaños de una misma escalera, líneas contra puestas que se cruzan entre sí. Quien consume basuco puede consumir dependiendo de la plata que tenga, ya sea una hora, diez horas, un día, y si tiene mucho, meses o años. El sitio es importante porque tiene que ser un espacio seguro, un sitio donde no va a llegar la policía, donde sólo llega gente a consumir. A usted le llevan la droga ahí a la pieza encerrado, porque cuando se está consumiendo se llega a un estado en que no quisiera que nadie lo viera, nadie que no consume. Algunas personas se “desencajan”, otras babean y a otros les da por esconderse, cada uno tiene una actitud; yo era de los más calmados, aunque también cogí algunas mañas y estados de encierro, pero generalmente era de los más tranquilos. Ese nivel de confianza hace que se cree una relación muy profunda con la persona que maneja la olla, es decir con el jíbaro. A través de mis más de treinta

años en el consumo, si por algo fue que me caractericé fue por conocer y por frecuentar ollas, las buenas ollas. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Los autores Moreno y Zapata (2013), consideran que el microtráfico es una actividad que les implica desplazarse por sitios estratégicos que se encuentran alejados de la ciudad o en lugares de difícil acceso para la policía.

El ingreso de consumidores a las ‘ollas’ es indiscriminado y la función del ‘jíbaro’ es vender y mantener la armonía en la ‘olla’, así que para permanecer en el lugar se requiere contar con dinero o algún objeto que represente valor para comprar o intercambiar por droga. (Moreno y Zapata, 2013, p. 47)

las *olla* y los “jíbaros” son dos símbolos importantes dentro de la vida del consumidor. La *olla* representa ese lugar en el que se permite el consumo, donde se reúnen personas con una misma intención; mientras los “jíbaros” son esos sujetos que proveen las sustancias sin juzgar. Su nivel de moral es hasta cierto punto neutro.

Por alguna razón no me daban miedo de las ollas, es más, tuve como unas ciertas frases que me llamaban la atención y decían: “Entre más ‘peligrosa’, entre comillas sea una olla, más barato y mejor es el vicio”, porque no todo el mundo tiene la capacidad o las agallas de ir a una olla, así más o menos me enseñaron desde el principio a comprar. Pero no solamente es llegar a la olla a pedir y tenerla fácil. Hay jíbaros más “prósperos”, aquellos que siempre tienen “buen material”, los más apetecidos, porque lo peor que puede pasar es que el jíbaro le diga a uno que no hay y tener que buscarlo en otro lugar, pero para mí todos son mala gente, piensan que todos somos “delincuentes”, pero generalmente yo trataba de hacer buena amistad con ellos por la cuestión de mi adicción que era de quedarme días, semanas o meses aun sin llevar mucha plata. Como la plata mía me costaba la hacía rendir, porque no era de un robo o de un “brinco”, que llaman los delincuentes, ¡no!, la plata mía o era

de mi familia o de algún trabajo que me había conseguido, alguna liquidación o alguna herencia. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Moreno y Zapata (2013), describen al jíbaro como una persona generalmente ambiciosa que no establece diferencias entre el dinero y el consumo, pues su interés principal es lucrarse, cuidando el negocio con personas de carácter fuerte e imponente. Es poco probable que el que venda y consuma logre obtener buenos beneficios, se convierte en un círculo donde se vende para sostener el consumo propio.

*Yo trasegué por muchas ollas en todo el país, por Armenia, Pereira, Manizales, Medellín, Bogotá, por el Putumayo, Cúcuta, Bucaramanga. En todas las ciudades donde yo llegaba a trabajar lo primero que hacía, casi antes de buscar mi casa, era buscar un sitio donde pudiera comprar y donde me dejaran consumir. **El consumidor de basuco necesita de un sitio seguro donde pueda fumar.** Aunque la verdad, por donde yo me crie, nosotros consumíamos afuera, en la calle, donde pocas personas pueden hacerlo. Nosotros, de una clase media, nos podíamos sentar en un parque o en la calle a consumir con toda la tranquilidad, pues era el barrio nuestro y teníamos el derecho a hacerlo ahí. De todos modos, en la mayoría de ollas atendían en la casa de los jíbaros, donde tenían su familia, conviven con ellos, y una pieza o algún sitio como una terraza la utilizaban exclusivamente para el consumo. A veces es incómodo ver la familia de ellos o ver lo que pasa en la familia, las fiestas o los cumpleaños que se celebran se hacían en otra parte del lugar, pero todo mundo sabe que ahí venden y que ahí se consume y que ese consumo es el eje económico de esa familia, es un negocio como cualquier otro, como cualquier venta o cualquier establecimiento comercial en la cual siempre se tiene que atender bien. Yo siempre llegué como un cliente, nunca llegué de ninguna otra manera, yo nunca llegué a que me fiaran, a que me regalaran o a buscar otro tipo de relación. Mi relación con ellos siempre fue de*

cliente y un cliente que podía gastar lo que tenía para gastar, nunca fui de otra manera, ni que a robar ni a que a esto ni a lo otro, el que cometía delito era el que vendía. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Y aunque para mis intereses como consumidor era muy importante tener una buena relación con los jíbaros, siempre me quedó claro el distanciamiento legal y social que nos precedía, pero como yo siempre iba en calidad de cliente, nuestra relación fue siempre muy amistosa y me cuidé de no presenciar ni siquiera otros actos delictivos comunes en estos sitios. “Regularmente el jibaro lidera bandas delincuenciales o planea actividades ilícitas como atracos y homicidios en la ciudad” (Moreno y Zapata, 2013, p. 47).

Pero, a pesar de tener casi siempre mis convicciones claras y defenderlas, me era muy difícil escapar de la estigmatización y el agravio de ser basuquero, incluso en mi entorno más cercano, donde como mencioné anteriormente, los prejuicios y marcas negativas que ejercen los otros sobre uno mismo se interiorizan y se aceptan padeciendo e interiorizando el rechazo por uno mismo, un autoestigma que al momento de faltar la sustancia causa un reproche constante de uno mismo, una negación del yo, solo queda el basuquero.

Una de las consecuencias más notables de este desenfoque de la política mundial de drogas, que judicializa y condena a usuarios y pequeños productores, pero desatiende a las organizaciones criminales, es la exclusión y el agravio moral hacia quienes son usuarios, sean problemáticos o no. Esta actitud discriminatoria fue la que generaron hacia mí (como ex consumidor-investigador) a causa del consumo de una droga ilegal, lo que motivó en mis hermanos un repudio categórico. Para Meneses (2016) (citando a Adolfo Gilly, 1999), el agravio moral:

Resulta cuando alguien rompe, en perjuicio de otro, las reglas establecidas de relación, negociación y solución de diferendos dentro de una comunidad para imponer de hecho el propio parecer. A lo que se podría agregar que es una serie de actitudes

que materializan un atropello de las reglas sociales y de las valoraciones que una parte de la comunidad realiza en contra de otra acerca de lo que considera justo o injusto, legítimo o ilegítimo, posible o imposible, partiendo de reglas y principios morales, no solamente económicos o políticos, aunque éstos se encuentren íntimamente relacionados. (p. 45)

Para mi familia el consumo de pasta base era ilegítimo e iba en contra de los principios morales de una familia católica y tradicional de la clase media en la ciudad de Armenia.

Siguiendo a E. P. Thompson, esto significa que los valores vividos y sentidos son igualmente necesarios para la vida en sociedad que las ideas, los proyectos y las necesidades, ya que son aprendidos en el seno de la familia, el trabajo y la comunidad de pertenencia y, por lo mismo, son también ámbito de contradicciones, elecciones y disputas para los sujetos que los experimentan. (Meneses, 2016, p. 46)

El consumo de drogas ocurrido en una *olla*, parque, esquina o calle podría verse como acción (colectiva o personal) que genera agravio moral como reacción de los otros, para entenderse esto miremos a Meneses (2016):

En pocas palabras, una forma de dar sentido a la acción colectiva como método eficaz de confrontación y resistencia a la dominación consiste en apelar al sentimiento de agravio moral que resulta de la ruptura de las reglas sociales que mantienen a una comunidad cohesionada y más o menos integrada, y que es producto del atropello que una parte de la comunidad realiza en detrimento de otra con fines de beneficio personal, pero sobre todo, con un dejo de desprecio de parte de quienes dominan hacia los que ocupan la posición subalterna en dicha situación. (p. 46)

En palabras más, el agravio moral se siente y manifiesta de la siguiente forma:

Para cualquier ser que haya pasado por un centro de rehabilitación o comunidad terapéutica, el agravio moral está latente, físico y psicológico, y es que para una persona como yo que siempre estuvo consciente de sus derechos fue muy doloroso tener que aceptar el hecho de que la familia de uno pagara para internarlo en un sitio donde el ser y la persona deja de existir y se convierte en un dato dado a sus familiares en una llamada, dato siempre distante de la realidad. Dada la connotación de uno como “basuquero”, se encuentra en desventaja casi siempre por la estigmatización y la connotación de la palabra y el ser basuquero; asignado (condenado) en aquellos centros a limpiar, lavar, recibir “ayudas” (castigos) y oprobios porque otro adicto con más poder lo acusa a uno, son situaciones cotidianas. (Narración personal, diario de campo, 2020)

En esos sitios, los agravios estaban al orden del día, pero por la connotación de adicto, y, sobre todo, basuquero, no era escuchado y solo terminaba siendo tratado como un manipulador que quería evadir y escapar de la realidad.

Capítulo 3

Historia del basuco como sustancia, el demonio que viví

El presente capítulo narra la historia de la cocaína y el basuco en Colombia, donde se le brinda a la tesis un contexto histórico cultural que comprende la evolución histórica de la visión de esta droga, entendiendo los cambios vividos dentro del mundo de estas sustancias, es decir, otorga un acercamiento desde la sociedad no consumidora, a partir de lo social, lo cultural y lo político, entre las instituciones y el consumidor, para luego complementarse con la experiencia de vida, subjetividad y diario vivir, de un Daniel consumidor por más de tres décadas. Se mezcla lo empírico, teórico y la reflexión con el objeto de generar una discusión que enriquezca el propósito del presente trabajo y le dé más cuerpo argumentativo.

Comenzaremos con un aspecto a destacar en el basuco, la planta “espiritual” de la cual se extrae: la hoja de coca. Esta al ser una planta enteógena, según los conocimientos ancestrales amerindios, contiene espíritus. Para expertos académicos del Semillero de Investigación Visionarios Cultura y Droga (2019), en su combinación de componentes nocivos para el ser humano, que se combinan con el fin de obtener el basuco, su espíritu se deshace y se vuelve demoníaco, pues se considera que esta planta sagrada es pura y no debe mezclarse con agentes que impidan la conexión con la madre tierra y lleven al ser humano a la perversión o impureza. La hoja de coca, “Ayu” en lengua *arhuaca*, para los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, “representa *SÈ* para los *mamus* (sabios) y *sagas* (sabias). *SÈ* es la visión que une armónicamente a todas las naciones indígenas del mundo con la madre naturaleza o *Ati Seynekun* (Consejo Interamericano Sobre Espiritualidad Indígena [CISEI], 2016).

Estas plantas se detectan por el estado alterado de conciencia que producen, es decir, tienen propiedades psicotrópicas y son propias de poblaciones amerindias donde existe un amplio conocimiento sobre ellas, los *mamos* las utilizaban en sus rituales de sanación y de

conexión con el todo. Las plantas enteógenas, según sus principales exponentes, los indígenas o indios americanos, tienen una razón de ser, bien sea para curar enfermedades o para que el sujeto se halle consigo mismo y así, pueda resolver sus conflictos internos.

La interacción y progresiva domesticación de la coca por parte de las comunidades indígenas ancestrales de los Andes de América del Sur, hizo que con el paso del tiempo lograran dominar diferentes maneras de extraer los principios activos de la planta, en inicio con fines rituales y culturales, y con el paso el tiempo con intenciones mercantiles y de manipulación de la adicción. En el libro de Jorge Child y Mario Arango, *Narcotráfico: Imperio de la Cocaína*, en el capítulo III titulado: “Coca y tabaco”, los autores indican frente a la historia del basuco que:

Nuestro país ocupa un sitio de honor en la narcohistoria. Los indígenas de la Guajira descubrieron muchos siglos antes que la química moderna, el principio fundamental del aislamiento del alcaloide, pues alcanzaron a producir lo que hoy se denomina pasta de coca. Igualmente, la mayoría de nuestras culturas aborígenes mixturaron la coca y el tabaco, obteniendo un producto muy atractivo, por ser los dos poderosos narcóticos y estupefacientes ricos en alcaloides. Con la mezcla se equilibraba el efecto estimulante de la coca con el tranquilizante del tabaco. Una especie de basuco indígena. (Child y Arango, 1987, p. 28)

Más adelante, los mismos autores continúan diciendo que:

Los indígenas guajiros en su avidez por los narcóticos no se contentaron con la producción de la pasta. Auscultando los poderes estupefacientes de la coca y el tabaco, los mezclan, produciendo un extracto de tabaco llamado **ambira** que se adiciona a las hojas de coca. En esta mixtura fueron maestros los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta. En la actualidad los kogi obtienen así el extracto del tabaco:

cocinan el agua hojas verdes de tabaco, a la cual le agregan varias harinas. El extracto se guarda en un pequeño calabazo, llamado **noai**. (Child y Arango, 1987, pp. 29-30)

Específicamente en este caso, sobre el término “basuco”, que es lo que interesa a este trabajo, algunos autores dicen lo siguiente: “Etimológicamente la palabra proviene de la modificación de la palabra ‘base’ (base de coca) y el sufijo uco utilizado con frecuencia en el habla popular con el significado de diminutivo o despectivo” (Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa, 2012, p. 1011). El basuco, al ser una sustancia ilegal no tiene ningún estándar o control de calidad, por lo que en su composición se pueden encontrar sustancias químicas y altamente tóxicas como: residuos del clorhidrato de coca, ladrillo molido, gasolina, ácido sulfúrico, queroseno, entre otros. En un estudio realizado sobre las incautaciones de basuco en Colombia en el año 2012, se encontraron también residuos de cafeína y fenacetina:

La cafeína utilizada como adulterante por su efecto estimulante del sistema nervioso central, ha demostrado ser relativamente segura. Sin embargo, su consumo y posterior interrupción se ha asociado con síndromes de retirada. Esto podría agravar aún más el síndrome de abstinencia dado por la cocaína y podría soportar que la dependencia a basuco no solo es una dependencia doble como lo propone Llosa, si no tal vez una dependencia múltiple, ya que se incluiría además de la cocaína, el tabaco y la marihuana, a la cafeína. (Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa, 2012, p. 1019)

Según algunos investigadores, las actuaciones de la cafeína con la cocaína, tienden a disminuir la intensidad del efecto excitatorio, probablemente por esta razón su uso es bajo en la fabricación. Por otra parte, la fenacetina, es un fármaco analgésico, cuyo abuso puede ser carcinógeno en humanos.

Se describen también efectos hematológicos como metahemoglobinemia, sulfahemoglobinemia y anemia hemolítica (29). La fenacetina por su toxicidad comprobada se recomienda que en los exámenes clínicos de consumidores de basuco

se monitoreen los efectos hematológicos y de función renal. (Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa, 2012, p. 1019)

Con toda esta realidad biológica y química del consumo de basuco, en el país los estudios más recientes sobre consumo de sustancias psicoactivas, han llevado al gobierno nacional a adelantar una política de drogas que intente combatir las crecientes olas de violencia y microtráfico. Desde la formulación de la política en mención, se contemplan los siguientes ejes:

1. Reducir el consumo de drogas a través de la implementación del “Plan Nacional de Promoción de la Salud, Prevención y Atención del Consumo de SPA 2014-2021”.
2. Disminuir las vulnerabilidades territoriales mediante una perspectiva de desarrollo
3. Desarticular las estructuras de criminalidad organizada dirigida a los eslabones intermedios y superiores de la cadena. (ODC, 2015, p. 14)

El Plan Nacional de Promoción de la Salud, Prevención y Atención al consumo de SPA, proyectado hasta el año 2021, “adopta los enfoques de salud pública y derechos humanos en sus acciones” (ODC, 2015, p. 14), en razón de tener una “respuesta a la crítica situación de incremento del consumo interno, lo cual representa un reto para el país por los múltiples factores relacionados con las poblaciones afectadas” (ODC, 2015, p. 14). Es claro que este enfoque puede aportar cifras significativas sobre el consumo de drogas ilícitas en el país, y posiblemente sobre sus consecuencias en el marco de la justicia.

En este tipo de políticas regulatorias se desestiman factores estructurantes que parecieran ser netamente personales, pero que a grandes rasgos reúnen aspectos similares, como los motivos por los cuales se llega al consumo, la permanencia y la reincidencia en el mismo.

Así, pareciera que el ente estatal abocara sus esfuerzos únicamente a la “utilidad” para reducir situaciones de carácter punible que afecten a la sociedad, como el microtráfico y el

narcomenudeo o la enfermedad, pero sin tener en cuenta factores personales, ilegitimando el mundo simbólico que hace del consumidor un sujeto en constante construcción social.

Se podría evidenciar que hay algo que se deja de lado de principio a fin en la política, y es entender que a veces existe cierta muestra de debilidad ante la sociedad por parte de quien consume, pues cuando se pierde el autorrespeto, un efecto muy común en la adicción, es válido cualquier acto que afecte la integridad del sujeto, entonces si es capaz de hacerse daño a sí mismo no tendrá argumentos para defenderse de otros, quienes además lo ubican en un imaginario inmoral que afecta la normalidad de lo cotidiano. Esto quiere decir que el contexto de una política social que logre reconstruir vidas, implica que exista una preocupación social consciente que deje los prejuicios morales en segundo plano.

A esta ausencia de acompañamiento profundo, sumémosle que los sujetos adictos bajo los efectos del basuco suelen convertirse en objetos, no hay voluntad ni deseo, entran en un estado de automatismo, se pierde la conciencia y, por lo tanto, la capacidad de reflexión. Desde la experiencia de los adictos, lo que significa vivir con la sustancia, lo que implica conseguirla con riesgos sociales y físicos, y el combatir con la abstinencia y el señalamiento social, son demonios constantes y los más fuertes de transformar en un proceso de rehabilitación integral.

Las experiencias, tanto propias, como de otros sujetos, son un entramado de significantes que me han llevado a tomar la decisión de no consumir más, posiblemente tenga que ver con el control sobre el cuerpo como medio de emancipación de lo que se ha denominado como “el demonio del basuco”, llamado así por el carácter dominador que este posee sobre la mente del adicto, en la que se observa la “perversidad” como el elemento principal que lleva al límite. Poe expone que este término se acuña a falta de uno característico por parte de la frenología. Así, la perversidad,

(...) es en realidad, un móvil sin motivo, un motivo no motivado. Bajo sus incitaciones actuamos sin objeto comprensible, o, si esto se considera una contradicción en los términos, podemos llegar a modificar la proposición y decir que bajo sus incitaciones actuamos por la razón de que no deberíamos actuar. (Poe, 2018, p. 403)

Para Poe (2018), dicho impulso primitivo es comparado con un demonio al que se le relega la responsabilidad de ejecutar acciones para el sujeto, en tanto este, de alguna manera deja de pertenecerse a sí mismo y pasa a dejarse dominar por este instinto de autodestrucción que le brinda placer. Considero, que el basuco contiene un demonio, sea este comparado o no con el de la perversidad, este tipo de “espíritu” es propio de las plantas maestras que se manipulan por el hombre bajo una intención contraproducente, poco benéfica.

Los datos anteriores, sugieren que es necesario comenzar a focalizar la población con mayor incidencia en el consumo de basuco, siendo esta: hombres entre los 18 y 24 años de edad. Sin perder de vista las experiencias que se pueden encontrar en las calles y teniendo en cuenta que esta comunidad ha sido marginada por el ente estatal a través de las políticas de salud pública. Es pertinente señalar que el sujeto investigado, yo, habité la calle como muchos otros adictos al basuco

Tal como argumentan Sabogal-Carmona y Urrego-Novoa (2012):

Debe reconocerse que una gran cantidad de consumidores de basuco son habitantes de calle, deben tomarse acciones que permitan recuperar a esta población vulnerable y marginalizada con el fin de reintegrarla a la vida social. Un primer paso se puede dar desde la investigación para entender el problema desde todos sus aspectos para poder posteriormente plantear una posible rehabilitación de los consumidores. (p. 1019)

Para el caso del consumo de basuco hubo una expresión acuñada a principios de la década de los 80, es decir, cuando cualquier persona estaba realizando alguna actividad y

empezaba a consumir, los demás decían: “Se montó en el caballo del diablo”, en alusión a que ya de ahí no se podía salir. O sea, que quedaba como poseído por una fuerza poderosa y demoníaca, que no era otra cosa que la respuesta de nuestro cerebro a no querer sentir el displacer de dejar de consumir, así que se abandona uno en la contradicción de saber que está haciendo algo malo pero que sería más angustiante el no hacerlo. Esta expresión la empecé a escuchar en boca de mis amigos de barrio, en Armenia, Néstor (El Águila), Fercho Benjumea y otros, tan impactante como real y me pareció que perduró durante muchos años.

A diferencia de otros adictos al basuco, yo, muy a pesar de lo que dijera la literatura sobre adicciones de esa época en cuanto al hecho de que todos los adictos se consideran diferentes y únicos, siendo esto cierto para la mayoría; reconocí que mi adicción era tal que rápidamente admití que era imposible e inútil tratar de dejar de consumir luego de “montarme en el caballito del diablo”, así que mis preocupaciones fueron otras, que terminaron imponiéndose por lo reales y ciertas en ese distorsionado escenario. Otras decisiones que tomé por lo obvias fueron: aceptar que se está *embalado* si se está consumiendo y que lo único que me preocupaba era que no se acabara la sustancia, y que si se acababa y había dinero se iba a adquirir así todos dijeran lo contrario. Estas y otras decisiones hicieron del mí, investigador-consumidor, algo así como ir un paso adelante en cuanto al consumo de basuco.

Por ejemplo, para un adicto después de empezar a consumir, solo acabará o podrá bajarse de ese caballito, cuando no haya más droga, no sea posible conseguirla o porque su cuerpo por el cansancio se rinda, así que a diferencia de otros, que pasaban los mismos dos o tres días “soplando” (consumiendo basuco), diciendo cada media hora que se iban a fumar el último, yo, que solo contaba con mi dinero o con algo de valor que llevara encima, sabía de acuerdo a eso cuánto iba a durar mi fiesta (tiempo de consumo), es más, también comprendí rápidamente que era mejor adquirir la mayor cantidad de droga si no era posible obtenerla en donde fumaba, evitando así exponerme a ser interceptado por la autoridad u otros adictos

amigos de lo ajeno, la experiencia me mostró que mientras uno tuviera con qué, iba a comprar más y sino lo tenía, ahí, iba a tener que salir nuevamente.

En fin, hubo muchos comportamientos que aprendí y cambié por el solo hecho de hacer más eficiente mi consumo, tal era mi grado de adicción, algo de lo que no me sentía orgulloso y más bien me causaba temor, que me sorprendía reconocirme increíblemente igual o más adicto a ese con el que estaba y compartía mi tiempo de consumo. Mi adicción era tal que solo hacía lo que a mí me gustaba y era capaz de procurarme yo mismo. Llegué a ufanarme por considerarme perfecto para soplar.

Como ya dije anteriormente, el consumo de sustancias psicoactivas ha sido asociado con la segregación desde la violencia directa, además de la violencia simbólica y estructural, dadas las altas tasas de homicidios emergentes en dichos contextos, donde existen implicaciones legales y judiciales para quienes incurren en situaciones de carácter punible, bien sea por el estadio psicótico o bien, por sus precarias condiciones económicas que los llevan a delinquir para conseguir la droga.

La primera vez que consumí basuco noté que era todo un ritual hacerlo y que para mí iba a ser muy difícil hacerlo solo, ya que era, sobre todo en la parte final, muy similar a la armada de un bareto o cigarrillo de marihuana y yo a pesar de haberla probado, nunca había armado uno y no tenía la práctica suficiente. Y es que todo empieza con la frase clave: “Vamos a soplar”, ya desde ese momento se desencadenan hasta cambios en el sistema digestivo de nosotros los adictos, pareciera que el tiempo transcurre diferente, se dispara la ansiedad, se quisiera empezar de inmediato a consumir y nada es comparable al primer cigarrillo, así después se consuman muchos, y de ese primero va a depender el resto de la rumba, pues dependiendo de la ansiedad y la euforia que se maneje así va a ser el embale o el susto.

Pero sí me llamó mucho la atención lo del ritual, ya que en este había roles diferentes y generalmente varias personas ayudaban a un líder “arquitecto”, “ingeniero” o “armador” como los conocí más adelante al realizar todo el proceso. De todas las formas que conocí para consumir basuco me quede con el pistolo en Pielroja y si eso de la armada es todo un ritual, debo reconocer que el mío iba desde que adquiría la sustancia, lo armaba y me lo fumaba.

Capítulo 4

Consumo, rehabilitación, reincidencia y familia (salida)

4.1. La experiencia de un consumidor de basuco entre 1985 y 2013

En este capítulo se recordarán las experiencias vividas por el investigador, desde su inicio en la Armenia de principios de la década de los 80 del siglo pasado, en este describe su ser y su entorno de esa época, sus recuerdos dolorosos de infancia y sus inicios y largo devenir por el inframundo del basuco.

Nunca pensé en escribir algo diferente a una anécdota para ser leída por mí en diferentes momentos y, tal vez, por un círculo cerrado de amigos y familiares. Cuando estaba en medio de este proceso investigativo (creativo), recordaba que a veces cuando contaba historias con mis amigos, casi todas estaban relacionadas con mi consumo de basuco y como la mayoría eran agradables y cómicas pensábamos que las debería escribir, pero este ejercicio me resulta de veras muy dificultoso y lo considero una actividad extraordinaria que solo unas mentes particulares pueden realizar. Pero puedo intentarlo en aras de aportar otra visión, la mía, la de una persona inusual culturalmente pero igual a los demás desde su esencia biológica.

Lo hago ahora que llevo varios años sobrio, algo más de seis, con cero consumos de alcohol, cannabis o basuco, algo impensable en mí, años atrás; lo hago por la necesidad de realizar y escribir una tesis de maestría como un paso más en mi proceso de reinserción sociocultural y familiar, ¿y qué mejor que hacerlo con este tema impactante?, el consumo de basuco, siendo esta la actividad que más y que mejor hice durante décadas, ojalá pueda servir de referencia, soporte de ayuda y paliativo para otros adictos que deseen reivindicarse, o de referencia para los estudiosos, en fin, dar mi versión, la de un licenciado en biología y química de la Armenia de los años 80, proveniente de una familia de clase media, religiosa y

conservadora en donde aún los estragos del narcotráfico y la droga no habían hecho metástasis.

Narraré esas experiencias tal y como las memoricé, consciente que para cuando pasaron pudieron ser negadas o transformadas, para beneficio o por temor. Y hablar acerca de todas esas maravillosas personas que conocí y que compartieron conmigo ese apego por la sustancia aquella que adoré y a la cual le rendía tributo en esas largas jornadas, “el basuco”. Personas que si vuelvo a encontrar no dudaría en abrazar y contarles de la alegría que me produce volver a verlos, alegría de seguro recíproca, pues a pesar de haber compartido estados alterados de conciencia, la realidad de lo que pasó perdura en nuestras memorias.

Por eso ahora, sin temor y sin censura me gustaría plasmar lo que recuerdo de esa época y analizarlo desde una perspectiva (científica) más amplia de la que puede brindar la mirada de un lego. Un juego de conocimiento que va de la experiencia “cruda” (concreta en los recuerdos, las ideas, los hábitos, las acciones del consumidor) al punto de vista del investigador que autorreflexiona sobre su propia vivencia existencial. Dejar que mis recuerdos vaguen por todos esos increíbles sitios que tuve la fortuna de conocer, recordar un sinnúmero de personas llenas de sueños entre el humo que brotaba de sus bocas casi siempre desdentadas; y yo, ahí en esos espacios, en esos no lugares de las ciudades, atento y respetuoso escuchaba, no era yo quien se los iba a cuestionar y más bien los disfrutaba con la convicción interior de que en algún momento valdría la pena contarlos y, ¿por qué no?, comprenderlos desde el punto de vista del pensamiento social.

En ocasiones cuando la oportunidad de consumir nos empujaba y reunía en un sucio salón o cuarto, comparaba el basuco con una máquina de quemar sueños, era como el motor que nos hacía hablar, casi siempre de lo que no teníamos, de lo que nos faltaba, lo que se añoraba; casi siempre doloroso, de acuerdo con el ya citado informe de la RIOD (2019): “Estigma, Consumo de Drogas y Adicciones” en España, el autoestigma “ocurre cuando las

personas consumidoras interiorizan los estereotipos y existe una discriminación hacia sí misma” (p. 9). Recuerdo que en más de una ocasión, en mis círculos de consumo, aproveché para cambiar ese rumbo de miseria y tristeza que se sentía, muy común en esos ambientes, diciéndoles a mis “pares” que no importaba, que lo olvidaran mientras hubiera material, (basuco), pero mi intención real era no aguar la fiesta, mi fiesta, esa que vivía sin amargura, sin remordimiento ni recuerdos tristes, lo que me importaba realmente era vivir ese momento, pues cuando el basuco faltara ahí sí habría motivo de desdicha, pero teníamos esa opción, la de soñar. La de olvidar esa desgracia que todos y cada uno creíamos hacía ya parte de nuestro ser y que seguramente se iba a acrecentar con la falta de la sustancia. Porque si había un común denominador era esa sensación de no sentirse ni querido ni aceptado en sus círculos más íntimos.

Estos conocimientos vivenciales tuvieron lugar en diferentes espacios sociales, el principal, las calles, pero unos de los más llamativos para el análisis, fueron los centros de rehabilitación. La iniciativa de narrar acerca de esos sitios que tuve la oportunidad de conocer e incluso hacer parte de ellos luego de terminar mis procesos, limpio o no, es motivada por el desconocimiento total y la falta de estudios serios y exclusivos para este tipo de organizaciones, una constante en nuestro medio, que deja en manos de la religión y la caridad (comunidades terapéuticas) y más adelante, en la psicología, los tratamientos de unos pocos que podían o buscaban algún tipo de ayuda, sin que se consolidarán procesos de organización y estudios serios sobre su funcionamiento.

La experiencia traída en el recuerdo para ser analizada denota que el objetivo central no era curar a los afectados, percibía a dichas instituciones más bien como organizaciones que se asociaron con avivatos mercantilistas para sacar provecho económico, no solo de nuestras familias sino a través de la explotación física de los internos para su provecho. En este punto debo resaltar el profesionalismo y las buenas intenciones de algunos profesionales

que conocí a lo largo de mis largas estadías en estos centros, lástima que hubieran sido solo parte del entramado.

4.2. La autobiografía: el relato del trasegar en el consumo

Este trabajo se inscribe en el ámbito cualitativo, se utilizaron elementos propios del método autobiográfico y los relatos de vida, los cuales permitieron describir y narrar de manera libre la realidad fenomenológica del trasegar de vida de quien investiga y sus experiencias relacionadas con el consumo de basuco.

La presente historia de vida tiene como objetivo contar desde el análisis crítico la vivencia, las razones y factores por las cuales se incurre en el consumo de basuco, para posteriormente llegar a reflexiones sobre esta población y lograr comenzar procesos de autorreconocimiento de los consumidores a partir de sus propias comprensiones.

La historia de vida me permite reconocer que lo que viví, corresponde a las vivencias de los demás, de la época, de mi ciudad, mi familia y mi entorno y que en medio de esas narraciones puedo reconocer que fue tan arraigado el apego por el basuco de parte mía, que en todos esos otros sitios donde viví solo me importó el buscar y tener un no sitio donde consumir, que en esas ciudades no busqué otra cosa diferente a eso, ni amigos, ni familia, ni un trabajo, ni una pareja, que miro hacia atrás y de pronto no hay diferencia entre Medellín, Bogotá o Pereira, pues lo que más recuerdo son sus *ollas*.

Contar mi historia me permite reconocer que lo que no aceptaba en mi existencia y lo veía y oía en la historia de los demás, realmente sí me había pasado y sí me pasaba, ¿cuántas veces comente con otros de esas atrocidades y abusos que se oían en los centros de rehabilitación y ufano dije que mi familia y yo estábamos lejos de esas situaciones?, pero no, a mí, igual que a muchos, también me tocó que padecer de varios tipos de abusos cuando era un niño, incluido el abuso sexual por parte de familiares cercanos. Exteriorizar y aceptar este

abuso a nivel familiar tuvo que ver con mi cambio de apego por la sustancia y fue fundamental para mi desapego.

El autorreconocimiento se retoma desde los postulados de Honneth (1997), expuesto como el elemento fundamental para la constitución de la subjetividad humana, cuya concepción se sostiene en tres esferas: la esfera del amor, la esfera del derecho y la esfera del reconocimiento social o solidaridad. La idea principal de estos postulados es argumentar que “el ser humano sólo se constituye como tal en relación con otros seres humanos en un medio intersubjetivo de interacción” (Honneth, retomado por Tello, 2011 p. 46).

Siendo así, se puede decir que la autorrealización es el motor del autoconocimiento, por lo que el reconocimiento fallido, el cual se da cuando ocurre una vulneración sobre las esferas de la solidaridad social, en situaciones como la injuria y la estigmatización, conlleva a una alteración en la consolidación de la biografía de la persona, según los parámetros y el deber ser de la sociedad en la que vivimos.

Lo cual también se refleja en la esfera del derecho, con acciones de discriminación o de desposesión de derechos, lo cual causa daños que “quebrantan alguna forma de auto-relación del individuo consigo mismo: la autoconfianza en la primera de las esferas, el autorrespeto en la segunda y la autoestima en la última” (Tello, 2006, p. 47). Por lo anterior, el autorreconocimiento depende en parte de la identificación de los sujetos con las estructuras (condiciones materiales y simbólicas de existencia), el ajuste fallido a estas puede condicionar a los sujetos a permanecer en ciertos estadios, en este caso, la adicción al basuco.

La esfera del derecho incide notablemente en el actuar de los sujetos sociales, aquellas biografías que no logran ajustarse a los principios reguladores son excluidos, a pesar de que formalmente el ámbito legal los contemple. Esta esfera se puede entender como “la que procura la libertad individual de los sujetos, regulando el libre ejercicio de sus capacidades” (Tello, 2006, p. 48), esta es la que permite, dentro de un marco regulatorio, la toma de

decisiones conscientes sobre sí, y de todas aquellas que implican la acción y la interacción con los otros. Se argumenta que las interrupciones en esta esfera son el equivalente al no reconocimiento, o reconocimiento fallido sobre “la capacidad moral del sujeto de hacerse cargo de sus actos como sujeto autónomo, digno de derechos y deberes” (Tello, 2006, p. 48).

En el contexto de la presente investigación es inherente la reflexión sobre estos procesos de condicionamiento a los andamiajes formales (como el legal) y a los armazones socioculturales experimentados por el sujeto de estudio-investigador; y es prioritario fijar la atención en las consecuencias del fracaso de este proceso.

Comenzando con la narración del contexto del investigador, es importante precisar que el consumo para la década de los 80 se había intensificado en el país y su costo era bajo, no era difícil acceder a él; esta fue una de las razones por las que los expendios de drogas llamados “ollas” o “plazas” ampliaron la venta de SPA a los lugares más marginales de diversas ciudades, donde los blancos más fáciles para cualquier tipo de droga eran los jóvenes, razón por la que el investigador comenzó a experimentar el consumo.

4.3. Mis orígenes: los comienzos con el basuco

Mi experiencia por el mundo del basuco se dio entre los años 1979 y 2013, en ciudades como Manizales, Pereira, Medellín, Cali, Bogotá, Cúcuta, Armenia, Putumayo y parte de la selva amazónica de Colombia. Transcurso espacio-temporal en el que experimenté una adicción crónica por el basuco, “incurable” presuntamente, y un sinnúmero de sensaciones ante los efectos del mismo.

Cabe mencionar que, antes de producir un acercamiento con la sustancia en mención, hubo consumo de marihuana y alcohol; sin embargo, el basuco recibe la connotación de “amor a primera vista” por la sensación de placer y el estado psicótico que produce, o “vuelo”, del que “no se quisiera salir”, como expresan algunos sujetos de la experiencia, y que dura unos pocos minutos, pero dado que la sustancia es sumamente adictiva, no solo se

experimenta con la euforia, fruto del vuelo, sino con la ansiedad y depresión en los momentos de no consumo, y posteriormente, culpabilidad por sentirse atrapado en la droga. Pero, esta no solo tiene efectos sobre sí mismo, sino en entornos como la familia, este último, aspecto importante de analizar en la vida de un adicto al basuco.

A lo largo de esta historia de consumo y sin sospechar su significado, desde mi infancia y adolescencia hubo situaciones que me afectaron, como a la mayoría de mi entorno y de mi época, tanto que hoy debo reconocer que si no hubiera conocido el basuco hubiera podido ser por ejemplo alcohólico. Ya Goffman, definió en 1963, el estigma como:

Un descrédito Significativo atribuido a una persona con una diferencia indeseable e indicó que el estigma es un poderoso signo de control social utilizado para marginalizar y deshumanizar a los individuos que presentan ciertas marcas que los desvalorizan, en consecuencia, los portadores de esas marcas pueden ser desacreditados inmediatamente cuando en la vida cotidiana esas marcas se hacen visibles, o cuando pueden ser descubiertas o reveladas. (Abeldaño et al., 2016, p. 2405)

Esta baja autoestima y otras situaciones fueron aprovechadas para manipular desde mi condición de adicto a una familia inexperta en estos temas, por eso, muchas veces opté por decir que solo conté con el apoyo de mi familia, principalmente de mi madre, y este se limitaba casi exclusivamente al pago de un centro de rehabilitación, creyendo de buena fe que allí uno se iba a curar. Algo difícil, ya que de acuerdo a la RIOD (2019), el autoestigma “conlleva un seguido de consecuencias negativas para la persona consumidora que se dividen en sociales, de salud y psicológicas” (p. 16).

Y es que la ignorancia y la poca información que hay acerca de esta sustancia y de sus consumidores hace que se cometan abusos (pero no tanto como los que uno se infringe), no solo con los afectados sino también con sus dolientes y círculo más cercano.

Durante estos treinta años de consumo puedo decir que no muchas veces me sentí la peor persona y que fui un gran enamorado y consumidor de esta sustancia, que tuve la fortuna de hacerlo en diferentes ciudades, por lo tanto, podría decirse que soy un veterano del basuco en Colombia y que a pesar de la estigmatización y desprecio que despertamos en nuestras familias y en la sociedad, incluso, ese desprecio que sentimos a veces por nosotros mismos, no se necesita de un tratamiento especializado o cura milagrosa para ver esa luz al final del túnel.

Por eso una de las convicciones que encierra esta experiencia investigativa es transmitirle a los demás, consumidores o no, la sensación de que sí se puede y que no debemos flagelarnos y castigarnos pensando o creyendo que somos casos incurables y que realmente somos lo peor de la sociedad, sobre todo, cuando no somos capaces de cumplir las promesas de no volver a consumir, caso recurrente en aquellos estados depresivos después de un consumo.

Es imposible, y al mismo tiempo imprescindible, explicar a otros (y principalmente a uno mismo), que esta sustancia, el basuco, rápida y sutilmente nos puede poner en situación de calle y que a uno no le duele ni le importa, sino que se involucra y se comienza a difuminar en un espacio físico y simbólico, alterno a la realidad cotidiana de la mayoría de los ciudadanos, que puede traer hasta ventajas, pues el segmento social de consumidores se invisibiliza y pasa desapercibido (protegido o acorazado culturalmente) ante la exclusión y el estigma. Pero eso solo lo comprendemos los que hemos estado allá. Esa era mi visión, era lo que sentía sin ningún remordimiento y lo veía como una astuta salida a ese temor de ser señalado. Invisible para la familia, para esos amigos que no saben o no conocen, para la autoridad, para la economía, para todos. Inclusive uno quisiera ser invisible para uno mismo, por eso ahora que lo rememoro y escribo, noto y comprendo la explicación a la ausencia de

espejos en muchas *ollas* y al hábito de ponerlos volteados, en otras, para evitar mirarse (física y espiritualmente).

Por ello, una de las intenciones investigativas es contar en retrospectiva partiendo de mi estado de existencia actual, un sujeto-ciudadano adaptado a las estructuras de organización de las relaciones sociales reconocidas como legítimas, asumiendo el rol de científico social, narrar cómo me fui adentrando en este submundo irreal para la mayoría, llegando incluso a estar y disfrutar en las peores *ollas* de Colombia, contar cómo se pasa del paraíso al infierno o del infierno al paraíso en estos sitios, en ese lapso de tiempo que dura un “*pistolo*” o un “*pipazo*”.

En esta trayectoria ambivalente se experimentan prácticas de consumo como la búsqueda por la calidad de la droga, donde se van tejiendo relaciones con quienes habitan las *ollas*. Personas como el jíbaro, los amigos de este personaje que asumen otro tipo de rol, como el de “campanero” (centinela improvisado que alerta sobre la presencia de la policía) y otros consumidores se tornan en el único círculo. Con el tiempo, las personas no consumidoras más allegadas comienzan a alejarse, posiblemente por el temor que puede producir estar cerca de un “*trabado*” o un “*vicioso*”, como se le dice comúnmente a alguien que se encuentra bajo los efectos de la droga, y que se rodea de cierto tipo de población.

La relación con la familia se llega a convertir en una paradoja que se deviene entre el consumir, tal vez a causa del quiebre de vínculos familiares, o el no consumir, por el desasosiego por el que pasan las personas más cercanas cuando encuentran a su ser querido en esta situación, considerada como una condición de abandono e insuficiencia de valerse por sí mismo.

Antes de avanzar en este relato reflexivo, es importante plantear que soy una persona que entiende la vida como la entendemos los biólogos, no debo dar las gracias a nada ni a nadie por existir, simplemente soy una de muchas especies vivas en este planeta y en el

universo y me acepto tal cual soy, me considero afortunado y mucho, solo por existir y entiendo de muchas cosas, también hay muchas otras que no entiendo, pero no me preocupa, aunque siempre he tenido curiosidad por aprender y buscar los significados y las explicaciones de las cosas, le aprendo a casi todo el mundo, al que sabe más que yo y al que no, mejor si trata de enseñarme y si no, al menos sé eso. Sé lo que no sé. Y en los libros y ahora Internet encuentro muchas explicaciones, cuando las busco, a veces las entiendo y comprendo y me regocijo, otras no y me confundo y me siento impotente, pero no tanto como para desesperarme, muy rápido en mi vida aprendí a aceptarme y a no envidiar ni mirar las cosas de uno en los demás como la mayoría, aprendí a ver mi vida desde mi interior, de adentro. Así que voy por la vida compartiendo con muchos y disfrutando de este breve espacio que se llama existencia o vida.

Realmente debo de reconocer que no me siento orgulloso de haber estado tanto tiempo inmerso en ese alucinante inframundo del basuco, donde hice carrera y me gradué con honores, pero tampoco voy a renegar y despotricar de esa larga y, a veces, azarosa experiencia que marcó mi vida e incluso la de mi entorno más íntimo; pero fue ese mismo consumo de basuco el que me permitió conocer otra realidad, otras experiencias, esas que mi entorno social y familiar ignoraban o creían que existía para “otra gente”, como decía mi madre, a quienes ponía siempre a nivel de malandros y delincuentes, pero no, el basuco estaba ahí, en las calles de mi barrio, en *las ollas* y en las fiestas de mi municipio, pero sobre todo, estaba en el acontecer de mi país. Fui el primero en ser señalado en mi familia como “vicioso”, así esta hubiera sido rica en borrachos, jugadores o alcohólicos, lo que demuestra el desconocimiento y la doble moral de las familias y de la sociedad en general frente a este tema de la droga. Mi madre se fue creyendo que mis amigos de barrio o universidad fueron los responsables de haber conocido las drogas e inclusive algunas hermanas aún lo creen, al punto de escapar y eludir ese entorno supuestamente dañino.

Tuve la oportunidad de analizar bien a aquellos que consumen licor, y en muchos casos no se podrían ubicar mejor que nosotros los basuqueros. En ese sentido, pienso que hay conductas reprochables e incluso más peligrosas en los borrachos.

Entonces, el hecho de haberla superado exitosamente me da cierto aire de seguridad y orgullo. Ahora que no estoy bajo la poderosa influencia del basuco y de todo lo concerniente a su adicción y apego, me gustaría poder responder y explicar un sinnúmero de preguntas, además de querer narrar y examinar muchas de esas experiencias y que todo esto sirva para generar y profundizar más el conocimiento que la sociedad posee sobre este tema tan controversial, como es el uso de sulfato de cocaína. Y, si de pronto otro consumidor o adicto tiene la posibilidad de leerlo sería maravilloso y muy beneficioso escuchar su concepto, además, de poder intercambiar comentarios o de cualquiera que esté interesado en el tema.

¿Cómo una persona proveniente de una arraigada y conservadora familia de clase media y poderosas creencias religiosas, católicas en mi caso, termina siendo el adicto del barrio, el vicioso de la familia y la oveja negra?

Creo que lo que me pasó a mí, le pudo pasarle a cualquiera, con mayor o menor intensidad, pues tuve a lo largo de ese recorrido, muchos conocidos que pudieron salir, dejar la adicción antes que yo, hubo otros que no lo han logrado o no quieren y aún están allí; también hubo muchos que ya no están. Y es que la sustancia no elige un estrato social, determinada familia o persona, es democrática, lo único que se necesita es tener algún contacto con ella y enamorarse, como me pasó a mí. Para esa época, en Armenia la fiesta empezaba a relacionarse con el consumo de sustancias psicoactivas, se buscaban sensaciones diferentes. Ya había tenido algunos contactos con el alcohol y el tabaco, luego con cannabis hasta que apareció el basuco por todo lo alto, en la universidad y en el entorno del rico del salón de clases, el de buena familia y el más inteligente. Obvio que uno no se enamora así porque sí, hubo muchos factores que incidieron en mi adicción, factores genéticos, familiares,

ambientales, sociales e incluso algunos relacionados con el tipo de sustancia a la cual me acerqué. No se hace adicto de la noche a la mañana, es todo un proceso. Pero no todos los que tienen ese acercamiento se van a convertir en adictos y muchos menos en adictos crónicos. Yo sí. Fue amor a primera vista, estaba ebrio y recuerdo muy bien que me hizo volver a la realidad, a tener conciencia y con una agradable sensación de bienestar, además me dejó con unos deseos enormes de volver a hacerlo. Con casi veinte años, y la sensación libertaria de la universidad, quería experimentar más, sentir nuevas sensaciones. Casi siempre que ingería licor me embriagaba y algunas veces “borraba película”, perdía la conciencia y con el basuco esto casi no ocurría, debía ingerir mucho licor, el basuco siempre fue como una contra frente al efecto del alcohol. Incluso, empezamos a invocarlo así cuando estábamos en la fiesta y se nos volvía recurrente la pregunta de si alguien había llevado “la contra”, refiriéndonos al basuco. Simplemente lo probé y me gustó.

4.4. Soy un consumidor social

Los primeros años lo hice exclusivamente con gente de la Universidad del Quindío, compañeros de clase. Algo que influyó para esto, fue aquella persona que me presentó el basuco por primera vez, alguien de una gran familia, de buena posición económica y social, curiosamente, a la vez, amigo personal y de infancia del reconocido narcotraficante quindiano Carlos Lehder Rivas, ambos fumadores crónicos de cannabis. Realmente esta persona me influyó mucho en la interacción con el sulfato de coca, era un libertario y gran pensador. Su entorno social me parecía que lo aceptaba sin juzgarlo y su familia no tanto, pero no lo excluían. No había nada para ocultar en esas largas noches bohemias que pasamos.

Esos primeros años fueron toda una luna de miel, entre mi fascinación por el basuco, la universidad y todo lo que se movía a su alrededor; además, Armenia era una ciudad tranquila y a pesar de que mi entorno era muy tradicionalista y conservador, en general, la joven ciudad era muy abierta y tolerante en lo relacionado con el consumo de sustancias

psicoactivas. Cuando llevé mi consumo a mi barriada lo empecé a hacer con un exclusivo grupo de mi barrio en la calle, afuera de nuestras casas, pero en el barrio, discretos más no escondidos. Lo curioso es que nuestro barrio lindaba con el batallón del ejército de Armenia, el Cisneros n.º 8 y entre ellos y nosotros nunca hubo problemas con el tema de consumo, pues sabían quienes éramos y nos reconocían como vecinos. El hijo de “tal”, así era que nos identificaban. Solo les preocupaba nuestros posibles proveedores de la droga.

Eran los tiempos del desconocimiento por parte de la sociedad en general de esa sustancia y del encantamiento para los que ya la conocíamos. Era lo “*in*” poder estar en una fiesta y terminar fumando en un parque o en una esquina de barrio, cuando no, en los jardines de nuestros hogares. Ya se empezaban a oír nombres de personas relacionadas con el narcotráfico y esta palabra y su significado se incrustaba de lleno de alguna manera en nuestras vidas. Carlos Lehder en Armenia, los hermanos Ochoa y Pablo Escobar en Medellín, Rodríguez Gacha en Pacho, Cundinamarca, y muchos otros no tan conocidos pero que hacían parte de ese negocio tan riesgoso como lucrativo. También se veía la presión internacional y la guerra frontal de las grandes potencias en cabeza de los Estados Unidos contra las drogas, que siempre se diseñó mal, básicamente en contra de los productores y pequeños cultivadores. ¿Y por qué no decirlo?, pues así lo sentí y lo viví en mi país, en contra de nosotros los consumidores. Mal diseñada porque esa nunca va a ser la manera de extirpar este lucrativo negocio, mientras haya una gran demanda, que la hay en todos los niveles, pueden poner los más severos controles y, aun así, no impedirán que sea adquirida, podrán subir su costo o hacerlo más difícil de adquirir, pero nunca acabarlo.

4.5. Mi primer gran *embale*

Recuerdo bien la primera crisis para conseguir la sustancia, fue a mediados de 1981. Bajo el gobierno de Turbay Ayala y su famoso estatuto de seguridad, habíamos empezado a consumir licor temprano en la universidad y como siempre, ya entrada la noche, salimos en el

Jeep de mi amigo aquel a conseguir la sustancia, sorpresivamente en los dos primeros expendios que fuimos no nos dieron “*fuego*”, como se designa en ese medio al hecho de poder conseguir la sustancia, a pesar de lo alicorados mi amigo notó algo raro, pues casi ni lo atendieron, a él que era tan buen cliente, al que siempre le daban “*fuego*”, tanto que entre sus enseñanzas estuvo esa, “*Dany si el jíbaro no tiene material, debe conseguirlo y debe atenderlo siempre, usted es un cliente, por eso siempre debe llegar a comprar, a consumir, con dinero en efectivo*” (Narración personal, diario de campo, 2017). Pero no, esa noche no nos atendieron en ninguna parte, pero sí había unos movimientos sospechosos de carros y motos cerca a los expendios y en la ciudad en general. Ya muy entrada la noche nos dirigimos en dirección a mi barrio de aquel entonces para dejarme en mi casa, yo estaba ansioso por consumir, e incluso le dije que me llevara a otra parte que yo tenía dinero, que fuéramos a Calarcá, en fin, donde fuera, me desesperé, tenía unos deseos imperiosos y enormes de consumir. Él muy tranquilo me llevó hasta mi casa y me dijo: “*vaya Danielito entre y acuéstese que mañana me lo va a agradecer, cuando no se puede no se puede*” (Narración personal, diario de campo, 2017). Y con dos o tres palmadas en la espalda arrancó su Jeep y se fue. Yo no lo podía creer, lleno de furia y frustración me prometí no solo desquitarme de mi amigo, sino que también debía tener mis propios proveedores para no depender de nadie.

El motivo del hermetismo de ese día en las *ollas* se debía a que el M-19 había secuestrado al poderoso empresario, líder y narco local, Carlos Lehder Rivas y la retaliación por este hecho se reflejó hasta en esos sitios, los expendios.

4.6. Inicia la represión

Las fuerzas de seguridad del estado empezaron a ser más agresivas frente al consumo recreativo de SPA, e incluso, consumidores sociales como yo, íbamos a ser su objetivo, pero

aun así no me sentía delincuente como lo querían hacer ver las autoridades y la gran prensa nacional. Por lo tanto, empezamos a ser más discretos.

A raíz del incidente con mi amigo y dado que solo consumía en el entorno de la universidad me “caí” con gente de mi barrio, como se conocía al hecho de dejar que otros conocieran sus vicios o sus secretos, por lo tanto, me hice amigo de otro gran consumidor de basuco, el hijo del sastre de mi padre, de buena presencia, trabajador independiente y propietario de una gran moto. Este empezó a ser mi compañero de farra los fines de semana y de verdad agradecí todas las enseñanzas de mi gran amigo de la universidad, pues para nada me sentía inseguro o novato, el hijo del sastre conocía ollas de basuco nuevas y seguras, algunas cerca de nuestros barrios, pero sobre todo con buen material y en cantidades suficientes; él también tenía amigos consumidores de buena clase social, pero le exigí discreción, pues ya empezaba a oír comentarios indeseados relacionados con ser consumidor o adicto en mi círculo más íntimo, comentarios que negaba de plano. Solo con uno muy especial empezamos a enfiestarnos, era un sargento activo del Ejército, quien también tenía una gran moto de alto cilindraje y fue normal para mí ir con él a consumir basuco en más de una ocasión con el uniforme de esa institución.

Generalmente nos encontrábamos los sábados por la tarde, como mi madre había adquirido un carro particular, yo lo utilizaba muchas veces sin su permiso, así que los tres llegábamos motorizados a una tiendita cercana, ubicada por las afueras de Armenia en lo que hoy es la Ciudadela la Patria y que para esa fecha solo era una vereda. Allí nos vendían y nos dejaban consumir, era “la olla de Gustavo”. Éramos tan buenos clientes que apenas llegábamos, “Tavo” cerraba las puertas, pues ahí funcionaba una tienda, y nos decía: “*Es para que no nos molesten, ya saben que el trago y los cigarrillos son de cuenta mía, ustedes solo pagan el basuco*” (Narración personal, diario de campo, 2017). Y ahí, en la sala de su casa pasábamos días enteros, casi siempre en veladas maravillosas. Llegar donde “Tavo” era

algo parecido a cuando en mi familia llegaba el tío rico, todos se alegraban y sobraban las atenciones y uno respondía con generosidad, por ejemplo, más de una vez le pagamos una gallina a su esposa para que hiciera el sancocho para todos o llevamos dulces para los niños, aunque desde esa época a mí cuando soplaba no me daban ganas de comer, casi siempre que llegue a un sitio a soplar, iba satisfecho de comida. “Tavo” tenía un cuaderno donde nos anotaba los fiados de consumo, deuda que no pude pagar cuando lo detuvieron y condenaron por narcotráfico.

Para ese momento, el apego por la sustancia era mucho, y aunque tuve toda la intención de pagarle, la ley se me adelantó. Sin embargo, también hay que reconocer que le dejé buen dinero, casi todo proveniente de mi familia, me refiero a los días enteros que estuve allá consumiendo, ya que por ese entonces no trabajaba y apenas terminaba mi licenciatura en biología y química, pero me las arreglaba para casi siempre tener dinero disponible. Y no es que mi familia fuera muy adinerada, pero ya mis hermanos mayores no vivían en la casa y se habían casado o laboraban como profesionales, otros habían emigrado al exterior en busca del “sueño americano” y a todos los manipulaba para obtener ese dinero que me permitía consumir de manera tal, como cualquier hijo de rico. Lo único que me pedían era que rindiera en la universidad y eso hacía. Tuve uno de los mejores promedios, tanto que la universidad me dio trabajo como catedrático apenas me gradué.

4.7. Abandonando el consumo social

Para esos años de inicio de la década de los 80, a medida que se incrementaba la violencia por culpa del narcotráfico y el famoso tema de la extradición de los connacionales hacia Estados Unidos, también aumentaba mi apego por la sustancia, y ya no era solamente un consumidor social de fines de semana, lo estaba haciendo hasta dos y tres veces entre semana, incluso “a palo seco”, es decir, solamente consumiendo basuco, sin licor o cualquier otra sustancia. Por sus efectos y según el portal Échele cabeza (2018), el basuco al

consumirlo enfoca sus efectos en el sistema nervioso central y luego el cardiovascular, ocasionando ansiedad, pánico, paranoia, deshidratación y problemas digestivos y cambios en la conducta.

Personalmente, y por experiencia, sé que lo mantiene a uno vigilante, despierto, estimulado, sin deseos de comer ni de dormir, incluso me afectaba poderosamente mi libido, inhibiéndola, así pues, que el solo hecho de verse y sentirse uno más flaco y acabado termina por minar la poca estima que se tiene, además, el hecho de no cumplir las promesas de dejar o limitar su consumo no ayuda y más bien aumenta el estigma social. Por eso, consideré como un buen consejo cuando mi amigo más veterano de la universidad, más experto en todo esto relacionado con las drogas y el basuco, me recomendó que cuando me acostara bajo los efectos de la sustancia no me preocupara ni me desorientara por no sentir sueño y no poder dormir, que eso era normal, que mejor adoptara hábitos de lectura, por ejemplo, que el cansancio llegaría a su debido tiempo, “*lea libros de biología y química Danielito*”, me decía. ¡Y qué buen consejo!, me permitió subir mi nivel académico.

Cada día la represión hacia nosotros era más intensa, aun así, el consumo no disminuía, lo podía ver en mi barrio y en mi ciudad, amigos que “eran caballos” (frase con la que se conoce a aquellos que no consumen ninguna sustancia), ya los veía consumiendo basuco e incluso invitándome, pero, yo por las apariencias sociales, me negaba; otros en la universidad, viendo la vida festiva y los buenos registros académicos que mi amigo Oscar y yo nos dábamos, nos pedían que los invitáramos a nuestra fiesta con licor y basuco; por eso, debo reconocer, que fueron muchas las personas por los lados de la universidad, por el barrio, por el batallón y el estadio San José de Armenia, a las que prácticamente yo les enseñé “a soplar”.

Más adelante y casi siempre durante toda mi vida de basuquero, oí decir a más de uno, que le gustaría ser como yo, fumar basuco o soplar como “el Daniel”. Pues supuestamente no

había nadie más “elegante” que yo para hacerlo. Yo en cambio, me cuestionaba el hecho de “ser buen ejemplo del mal ejemplo”. En ciertos estratos, sobre todo los más bajos, podría verse como bien visto que alguien con determinado poder económico, bien vestido y bien hablado pudiera darse ciertas libertades. Por lo tanto, nunca me detuve a pensar la cantidad de personas que quizás siguiendo esto sucumbieron antes, por el apego. Era como un buen comercial de algo indebido. Muy fácil impactar a un adolescente o alguien que ya se siente con algún estigma y solo basta recordar mi experiencia, cuando probé el basuco me sentía más fuerte, más seguro.

Y si bien mi generación, la que conoció y fue prácticamente pionera del basuco en Armenia, los nacidos alrededor de los años 60, fue duramente golpeada por el apego a esta sustancia, la mayoría salieron solos, por voluntad propia, pero sobre todo por temor, temor a cambiarlo todo por ese polvo, temor a lo bueno que era, temor a lo que lo llevaba a uno, temor a hacer las cosas más insospechadas por adquirirlo, caer en lo ilegal, temor a dejar la novia, la familia y el trabajo por estar soplando, temor a ser como yo. Yo era el referente. A mí solo me dio temor la ilegalidad, pero de resto, no me importó dejarlo todo por el basuco.

Temor a lo ilegal, pues claro, ¿cómo no iba a tenerlo?, si en mi familia y en mi entorno casi siempre lo viví, nunca vi a alguien cercano con líos con la justicia, una cosa es usted mirar a su familia como adicto, enfermo o vicioso y otra como ladrón, asesino o traficante, por tradición y educación conocía el respeto hacia la ley. Además, y debo confesarlo, ya que fue una de mis mejores decisiones, “el tener mucho es malo y sobre todo en relación con el basuco, ya que a lo largo de mi experiencia vi ‘matarse’ literalmente, a más de un conocido por soplar”. Yo que me conocía, sabía que de tenerlo no hubiera sido capaz de parar, de dejar de consumir. Recuerdo que llegué a meterme a una *olla* con varios millones de pesos en efectivo y le decía al “jíbaro” que lo mejor para mí sería canalizar las venas para alimentarme y así no tener que parar, es decir, dejar de consumir; y era verdad, hasta ese

punto llegaba mi adicción, ¿qué tal yo con harto dinero?, no estaría escribiendo esto, estoy seguro.

Creo que, de mi generación, de cien personas que empezamos a soplar, unas noventa salieron de esta droga solos, pero debo aclarar que la mayoría, por no decir que todos, son adictos a otras sustancias no tan problemáticas, cannabis y alcohol. En las que sí hubo mucho problema fue en las generaciones posteriores, en los hijos de mis amigos adictos, por ejemplo. Yo soy de la vieja guardia.

4.8. Basuco y represión

Como he argumentado, una de las pretensiones de esta investigación-narración es identificar en el relato las conexiones de sentido entre la experiencia de vida en el consumo de basuco y las macroestructuras, en las que se presentan las relaciones sociales y culturales (intersubjetividad). Profundizando en la relación entre drogadicción y las relaciones socioculturales, Mazzotti (2010), en su ponencia titulada: “Las drogas, sus implicaciones culturales, políticas y económicas”, indica que:

La toxicodependencia puede interpretarse antropológicamente como un intento de resolución de las tensiones y de las paradojas ligadas al ejercicio de la libertad moderna, como fuente a la vez de creación y de alienación para el individuo.

Cualesquiera sean sus configuraciones, constituye un acto de sujeción voluntaria de un individuo no tanto a un producto, sino a un modo de vida en tomo de la búsqueda frenética de productos. Más que productos químicos, el sujeto consume productos imaginarios. (p. 5)

De esta manera y como un acto de rebeldía, me fui atando a la sustancia en mención.

Contar que al tiempo que me iba adentrando en ese inframundo todas mis relaciones empezaron a girar en torno al basuco. Tenía una vida laboral ajena a él, pero no frecuentaba a esos amigos, por ejemplo, a pesar de su insistencia e invitaciones no sentía satisfacción al

compartir con ellos lo cotidiano, empezaba a sentirme distinto, con estigmas de toda clase, reales o imaginarios y de verdad, ahora que lo recuerdo, fue difícil de manejar, pero sí acepto que se impuso mi apego por la sustancia. Lo mismo ocurrió con mi relación familiar, esta se fue direccionando hacia otra parte, al punto de pasar, por ejemplo, fechas muy familiares (navidad y año nuevo) en compañía de adictos consumiendo. Las relaciones sociales y culturales iban a estar condicionadas por la sustancia y recuerdo que para la época me empecé a cuestionar que eso no estaba bien, que las personas se relacionaban con personas y que yo lo hacía con una sustancia.

Cuando empecé a consumir basuco por allá a finales de la década de los 70, era casi que legal por lo desconocido, no solo para la policía que representaba la autoridad, sino también para el DAS y el F2, que eran organismos de inteligencia y que más adelante se involucraron de lleno en algo tan personal y particular como es el consumo y que no representaba una amenaza para sus intereses. Eso al menos era lo que yo creía, como consumidor habitual de clase media que no delinquía para consumir. También por esa época las fuerzas militares poco se interesaban en los temas de consumo y una muestra de ello era la libertad con la que nosotros lo hacíamos, los habitantes de ese sector de Armenia pasamos muchas noches consumiendo delante de los soldados de guardia del batallón aquel, colindante con nuestras viviendas y sitios de esparcimiento de mi comunidad.

Frente a la legislación existente para esa época y según el Portal de la Plaza Pública, en su breve historia de la criminalización de las drogas dice:

Para la década de los 70 en Colombia se discutía sobre la legalización de la marihuana, como droga preponderante de la época y país número uno en producirla a nivel mundial. Sin embargo, el gobierno se oponía. Asimismo, para esta época se expide el decreto 1188 de 1974 que tipifica como delito la producción y tráfico de marihuana, cocaína o morfina. Mientras esto ocurría, en Europa se discutía la

posibilidad de legalizar, sin embargo, la postura de EE. UU seguía siendo prohibicionista. (La Silla Vacía, 2012, párr. 6)

El basuco ni se nombra y lo mismo ocurría a nivel social y familiar, por eso nosotros, los que empezamos a consumir basuco a finales de esta década, lo hacíamos con plena libertad, tanto que nunca pensé que fuera delito o algo ilegal. Solo era así para mi entorno familiar y las matronas amigas rezanderas de mi madre, quienes satanizaban todo lo que no estaba bajo el rigor de sus creencias. Era como una moda, algo “*in*”, lo hacíamos en cualquier parte, delante de la gente, en mi caso, debo reconocer que lo hice a escondidas de mi familia y mi entorno más cercano, como la gente del barrio y mi novia, durante unos cinco años aproximadamente. Por temor, ya que en el fondo sabía que no iba a ser aceptado. Ser consumidor de una sustancia ilegal como la marihuana o el basuco, que aún no estaba estigmatizado, no encajaba con las normas establecidas por esa sociedad tradicionalista y conservadora a la que pertenecía mi familia, así que nunca iba a ser aceptado y nunca lo fui, como consumidor. Siempre me excluyeron. Inclusive, al día de hoy, la mayoría de mis hermanos preferiría no hablarme si estuviera de nuevo inmerso en ese mundo de las drogas.

Pero la violencia de los capos colombianos frente a la sumisión de nuestro país ante la prepotencia y exigencias de los Estados Unidos no daba tregua y se veían venir medidas más prohibicionistas y represivas para complacer a la potencia, pero sobre todo injustas y peligrosas para personas como yo, que solo éramos unos simples consumidores.

Asesinatos y crímenes atroces eran el pan de cada día en esa guerra sinsentido en la cual se había involucrado nuestro país y en la que solo nosotros ponemos los muertos y la pérdida de las libertades individuales. Realmente el tráfico, la producción y el consumo nunca se vieron afectados.

4.9. Contradicciones de una sociedad consumidora

Otro episodio que recuerdo fue la noche del 30 de abril de 1984, cuando asesinos de Pablo Escobar acribillaron a balazos en Bogotá al ministro de justicia de Belisario Betancur, Rodrigo Lara Bonilla, Llovía en Armenia e iba con un amigo para una *olla* a mercar, es decir a comprar basuco, también sabía que cuando llovía mucho era mucho más fácil adquirir la sustancia, los del DAS que eran los que más acechaban generalmente no se mojaban, entonces le dije al *compa* que era mejor surtirnos bien, ya que la situación se iba a poner bien difícil por el episodio ese. Y así fue, esa noche hubo allanamientos y detenciones por doquier. Recuerdo muy bien que esa noche, un amigo del barrio fue detenido por tener una *pata* de cannabis, la cual guardaba en una caja de fósforos y fue condenado a 7 meses de prisión. Una *pata* es lo que queda de un cigarrillo o *calillo* armado de marihuana, que prefiere conservarse y alcanza para unas dos o tres fumadas, es una porción mínima que casi carece de peso representativo, pero se decretó el Estado de Sitio y se perdieron garantías constitucionales. Por eso mi amigo fue condenado. Era la antesala de la famosa y fatídica ley 30 de 1986.

Estas situaciones empezaron a preocuparme, ya que fácilmente a mí me podían detener con más de 10 papeletas de basuco y esa cantidad podía dar para una pena mayor y para mí era inaceptable cualquier acusación diferente a la de consumidor.

4.10. Despertar entre barrotes

Y sí, efectivamente, en agosto de 1985 desperté dolorido y ensangrentado en la Comisaría Central de Armenia, con cero recuerdos de lo que me había pasado, ya que estaba ebrio y con la “película borrada”. Afortunadamente también estaba ahí un amigo del barrio que me acogió y que fue de gran ayuda, estábamos junto a más o menos otras 20 personas en una gran celda, era un sábado por la mañana y ni idea de por qué estaba detenido. Por la tarde vi llegar varios policías, y uno señalándome, hizo abrir la celda y me sacaron a un patio; mientras dos policías me sostenían por los brazos, el tercero me mostraba un dedo de su

mano derecha hinchado y suturado quirúrgicamente, mientras que con un bolillo me daba golpes en el estómago y el costado, él estaba furioso y enardecido, cada vez me golpeaba con más fuerza, recuerdo que me hice el desmayado para evitar más golpes, los detenidos de la celda gritaban y pedían que no me pegaran más.

Volvieron a llevarme arrastrado a la celda, entonces mi amigo me preguntó qué había pasado, que por qué la “¿Ofensa de esos *tombos*?” y yo sin saber, ya que no recordaba nada. Al domingo volvieron y nuevamente me agredieron de manera tal que solo había visto en películas, tres policías contra mí, que estaba indefenso y herido. ¿Cuál era la razón para eso? Esta vez resultó que el policía más ofendido, que luego supe era un teniente, mientras me agredía clavándome el bolillo, me lastimó una de mis costillas, hubo mucha sangre, le dije que lo iba a demandar y haciéndome de nuevo el desmayado me volvieron a depositar en la celda.

Ya por la tarde me enteré que estaba detenido por porte de estupefacientes, pero no solo eso, sino también que habían sido dieciocho papeletas de basuco, que había intentado tragar o ingerir al momento de la detención y que cuando un policía quiso sacarlas de la boca, yo lo había mordido violentamente, hasta el punto que había sido necesario suturar en el dedo anular, le habían tomado cuatro puntos. Ahora sabía porque estaban tan ofendidos y, para colmo fue a un teniente. En el calabozo mi amigo hizo mucho escándalo por mi sangrado y me llevaron al hospital donde me evaluó medicina legal. Allí permanecí dos días, siempre escoltado y custodiado por la policía.

Para entonces, ya mi familia estaba al tanto de la situación y en vista del escándalo que se avecinaba decidieron que lo más importante era que no podía ser condenado y enviado a prisión, un preso en mi familia era inconcebible, empezaron a mover influencias, también lo de la demanda a los policías empezó a tomar sentido, ya que la personera de Armenia, además de estudiar derecho en una prestigiosa universidad privada con una de mis hermanas,

era de mi barrio y también amiga personal y me conocía de siempre. Además, yo consumía basuco con el único hermano de ella, siempre a escondidas. Pase a ser un detenido estrella por la cantidad y la calidad de visitas que me hacían. No fue fácil, recuerden que otra persona de sector, más humilde, había sido condenada a 7 meses de prisión por una posesión insignificante de marihuana. Pasaban los días y nada que se resolvía mi situación, a veces era inminente mi envío a prisión y en otro momento aparecía la posibilidad de solucionarlo adecuadamente, sin detención carcelaria.

En cuanto a lo social, el escándalo fue mayúsculo, lo legal se resolvió favorablemente y nunca supe bien cómo fue el arreglo de mi familia con el juez del caso, pero sí supe que este juez había sido alumno de mi padre y que, además, nos tocó quitar la demanda que le teníamos a los policías. Estuve encerrado 28 días en esos calabozos de la Comisaría Central, donde conocí la cárcel y a malandrines. Hubo una situación que me sorprendió, pues alcancé a ser como un “pequeño capo”, tuve casi siempre una celda para mí solo, jugaba ajedrez con el comisario, comía de restaurante, manejé una línea de cannabis allá adentro que me producía ganancias económicas diarias y sin riesgo para mí (vivía una de mis muchas contradicciones éticas), me dejaban salir afuera con algunas visitas e incluso fumé basuco casi a diario. Increíble descubrir esos alcances en mi y obvio que, a escondidas de mi familia, ellos de haberlo sabido, no me hubieran apoyado, eso me marcó y me sirvió toda la vida ya que no fue la única vez que estuve detenido.

4.11. Rompiendo el cordón umbilical

Los siguientes años los viví en Bogotá, Cúcuta y Bucaramanga y fueron años más bien alejado del basuco por la dificultad mía para conseguirlo, se sentía de lleno la presión de las autoridades frente al tráfico y consumo, algunos episodios aislados con la policía y un organismo de inteligencia en la capital por posesión, pero que se solucionaron amistosamente, ya había aprendido o me habían enseñado varias reglas, recomendaciones o

trucos que puse en práctica y que me brindaron seguridad y buenos frutos durante toda mi experiencia como consumidor.

La primera, era que no debía embriagarme hasta perder el sentido, si iba a una *olla* a comprar debería estar sobrio y alerta. En segundo lugar, no discutir y menos enfrentarme con la autoridad, ser humilde y no plantearles justificaciones absurdas, como que estaba visitando a una tía si me veían salir de una *olla* o me atrapaban allá, pues se ofendían, por eso era mejor “encaletar” o guardar bien la mayoría de sustancia y dejar una mínima porción a la vista, pero sobre todo no negar que se era un enfermo o adicto, fingir, quejarme y pedirles perdón.

Tercero, hacer una sola vuelta, al principio iba dos o tres veces en una noche a la *olla*, pues uno siempre “se *embalaba*”, es decir, le daban ganas de fumar más, así que lo mejor era exponerse una sola vez y “mercar” toda la sustancia de una vez.

Era tan apegado a la sustancia que por nada del mundo quería que me la quitaran y esto no solo era pensado con la autoridad sino también con otros adictos y malandrines que también se podían “enamorar”, interesar por lo que llevas. Para cuidar de lo mío fui muy sagaz.

4.12. Consumo, leyes y represión

En 1986 entró en vigor la famosa Ley 30 que restringía más nuestras libertades y penalizaba el porte y el consumo severamente.

En cuanto al consumo, la ley originalmente previó sanción como contravención el porte o conservación para uso o consumo de dosis de uso personal de cocaína, marihuana o cualquier otra droga que produzca dependencia estableciendo penas de arresto hasta por un año y multas de hasta un salario mínimo legal mensual. Para los usuarios o consumidores que de acuerdo con dictamen médico legal se encontraran en estado de drogadicción, se les impuso su internamiento en establecimiento

psiquiátrico o similar de carácter oficial o privado, por el término necesario para su recuperación. (Congreso de la República de Colombia, Ley 130 de 1986)

Todos los consumidores sentimos mucha rabia e impotencia frente a estas medidas, pero a decir verdad estas nunca limitaron nuestro deseo de consumir, lo mismo que el hecho de hacerlo. No recuerdo ocasiones que no hubiéramos podido hacerlo por estas leyes. Aunque, sí hubo más adelante una o dos ocasiones que con dinero no pude adquirir la sustancia, pero fue en municipios alejados, en Puerto Leguizamo, Putumayo, por acoso de la Armada Nacional y en Venadillo, Tolima, porque los paramilitares habían asesinado dos jibaros la noche anterior. ¡Qué desespero, uno con el dinero y no poder adquirir la sustancia!

A pesar de las bombas, los asesinatos, la violencia y la represión que se vivía en nuestro país, el consumo de basuco para mí, nunca se vio afectado. Tenía y conocía muchos proveedores. Hasta que por fin en 1994 hubo buenas noticias para nosotros los consumidores, por obra y gracia de ese gran libertario y libre pensador, el magistrado Carlos Gaviria y su famosa sentencia 221 de 1994, sobre la cual, poco después del fallo C-176 del 12 de abril de 1994 con el que la Corte Constitucional halló exequible la ley que ratifica la Convención de 1988, la misma Corte declaró inexecutable los artículos de la Ley 30 de 1986 que establece como contravención el porte, uso y consumo de dosis personales de drogas que produzcan dependencia, mediante Sentencia C-221 del 5 de mayo de 1994, por hallarlos violatorios del derecho al libre desarrollo de la personalidad.

Posteriormente, en desarrollo de estos preceptos, la Ley 745 de 2002 sancionó el consumo de drogas en presencia de menores o en establecimientos educativos o lugares aledaños, además de indicar dichas conductas como contravenciones penales y para ello estableció el procedimiento previsto para contravenciones especiales.

Nuevamente, en 2007, mediante la Ley 1153 se retomó el articulado de la Ley 745 de 2002, que establece las mencionadas conductas punibles como contravenciones penales y a la

vez estableció un procedimiento abreviado para la investigación y el juicio de las mismas. Una vez más, mediante la Sentencia C-879 del 10 de septiembre de 2008, la Corte Constitucional declaró inexecutable la Ley 1153 al considerar que tal norma no se ajusta a la Constitución en cuanto toda conducta punible, así sea de menor entidad o gravedad, debe ser investigada por la Fiscalía General de la Nación. Como resultado, el consumo de dosis personal persiste en Colombia como conducta penalizada vía contravención penal, sin que haya procedimiento aplicable para hacer efectiva esta disposición.

Fue muy bien recibida, y creo que en su momento fue una de las disposiciones más novedosas y vanguardistas en tema de drogas. Frente al consumo a nivel mundial, se despenalizó el porte y consumo, no se legalizó, como lo hacían ver las corrientes tradicionalistas y conservadoras de este país, pero en la práctica no fue acatada y más bien sí fue atacada. Era mejor seguir con mis normas y recomendaciones, ya que la autoridad siempre llevaba las de ganar y si querían le decomisaban a usted su dosis personal, es más, si uno se ponía muy exigente o los cuestionaba, “lo cargaban” con más sustancia que la permitida. Por eso continué fiel a mis normas y trucos, que tan buenos resultados me dieron.

Volví a vivir a Pereira y luego a Armenia, dos ciudades donde la sociedad es muy permisiva con respecto a las drogas y son muy consumidas a todo nivel, además, hay mucha oferta y mucha demanda, son aceptadas y utilizadas culturalmente y bajo esta normatividad aún más, no podía haber en Colombia mejores sitios para consumir.

En 1997 estaba completamente poseído por la sustancia, con todos los problemas que esto acarrea. Estaban totalmente deterioradas las relaciones A nivel familiar y de pareja por solo nombrar dos, pues uno solo quiere y efectivamente está consumiendo a diario. De pronto, tuve la oportunidad de irme a trabajar a la selva amazónica, a Puerto Leguizamo, en el Bajo Putumayo como profesor y efectivamente fui nombrado docente y luego de varios

intentos fallidos para arribar por estar consumiendo, logré llegar al sitio, donde alcancé a laborar unos tres años.

Salí de Armenia huyendo del basuco y llegué a un sitio donde su cultivo, elaboración y consumo era más intenso y más normal que allá. No lo pude controlar. La autoridad, a pesar de ser tan llamativa y vistosa, era también muy permisiva, mucha parte de la sociedad tenía que ver con la sustancia, lo de menos era el consumo, que también era más o menos aceptado, pero siempre con la doble moral y su estigmatización.

Llegué a un mar de coca, tanto que durante los casi tres años que viví allí, nunca salí a visitar ni a mi familia ni a mi pareja, es más, ocurrió el terremoto de 1999 en el Eje Cafetero y tampoco salí, solo me comunicaba vía telefónica. Y debo confesarlo, estaba muy flaco y acabado, me daba pena que me vieran así.

Tipo 2002 o 2003, en pleno auge del paramilitarismo en el Putumayo, tuve en Mocoa, su capital, la experiencia más aterradora y dramática con la policía. Llevaba como un año viviendo y trabajando allí y obvio, soplando todos los días cerca de la terminal de transporte, ya conocía algunas *ollas* y algunos expendedores y cerca a uno de los cuatro ríos que atraviesan la ciudad era donde me amañaba, por lo tranquilo y relativamente seguro, ahí merodeaban como en casi todas las *ollas* todo tipo de malandrines, pero yo fiel a mi ética y sin ser un santo completo, me cuidaba mucho de no delinquir.

Cierta noche bajaba para donde “Beltrán”, quien me prestaba su casa de invasión y me conseguía la sustancia por un costo que me parecía justo, noté que había mucho despliegue de policía, al indagar, me dijeron que esa noche habían asesinado al mayor narcotraficante de la ciudad, que no fuera hasta allá, que no estaban dando “*fuego*” en ninguna parte. De repente apareció una camioneta de la policía y sin mediar palabra las tres personas que estábamos a esa hora (7:30 p. m.) en una tienda, fuimos detenidas, nuestro documento de identidad retenido arbitrariamente y subidas a la parte de atrás. Sabía por

comentarios que a los peores policías de Colombia los trasladaban para el Putumayo como castigo, que eran lo peor de la institución. Aquellos policías cubrían sus rostros con pasamontañas negros y estaban muy bien armados, intimidaban con solo verlos, no pronunciaban palabra. La camioneta tomó rumbo por una carretera veredal y destapada, por más o menos dos horas, y yo que era tan tranquilo y que realmente no le debía nada a nadie, sentí miedo, mucho miedo, tanto que alcancé a pensar en la manera tan simple que iban a terminar mis días, que no me lo merecía, una negra y fría noche iba a ser eliminado por las fuerzas de seguridad de mi país en un departamento olvidado y lejano.

Siempre que estuve en una situación riesgosa, intentaba recurrir a mi inteligencia, mi memoria, mis conocimientos y mi astucia para que estos me sacaran del embrollo, como había pasado varias veces y tuve deseos de lanzarme del vehículo en movimiento, antes de que fueran ellos los que me bajaran, amparado en la oscuridad, pero estaba seguro que me disparaban ráfagas de fusil y quizá no tuviera suerte, me dio pánico y empecé a llorar. Imaginé realmente el fin de mis días. El silencio era tan macabro que daba temor hablar, indagar, preguntar qué nos iba a pasar. Repentinamente el vehículo se detuvo, se encendieron sus luces y se bajó un oficial que iba en la cabina, encendió una linterna y con varias cédulas en su mano, pronunció mi nombre, aterrorizado y llorando aún, le respondí con un gemido que presente, entonces muy brusco me sentenció lo siguiente: *“Mire profesorcito esta vez se salvó porque está limpio y no debe nada, pero, óigase bien, basuquero hijueputa, la próxima vez que lo vuelva a ver por allá, no respondo. Piérdase”* (Narración personal, diario de campo, 2017). Ahí fue donde en vez de alegrarme sentí más temor y estaba como paralizado, entonces me empujaron y con un puntapié en mis nalgas los sentí alejarse, se montaron en la camioneta y se alejaron. Lloré más o menos otra media hora ahí tirado en el suelo, sudoroso, tembloroso. Nunca estuve tan cerca de desaparecer, de morir y solo por ser consumidor de

basuco. Tampoco supe nunca qué pasó con las otras personas que detuvieron conmigo y que iban en la camioneta de la policía de Mocoa.

Si bien, ya sabía de la estigmatización del basuquero por parte de la sociedad y de las autoridades, siempre supuse e inclusive lo pregunté, esta se debía que muchos de nosotros se sobrepasaban y realmente se volvían super dañinos y ladrones (motivos que tampoco dan derecho a eliminar a nadie de la sociedad), llegando al punto de cometer otros delitos más fuertes. Yo lo sabía, pues lo había pensado y sentido en carne propia, ¿cuántas veces, en estos “*embales* tan fuertes”, a veces solo o a veces en compañía de otros adictos, maquinábamos todo tipo de artimañas por las ganas de seguir soplando?, esta hiper ansiedad era producto de un basuco de buena calidad, que menos mal, siempre me permití controlar, la mayoría de veces por miedo, es más, me dispuse a estudiar y analizar ese estado, llegando a la conclusión que solo duraba (*el embale*) unos veinte minutos, tiempo suficiente para tomar decisiones seguras.

4.13. Las “ollas y su entorno”

Los sitios donde se consume basuco en pocos años han evolucionado, al inicio y cuando el basuco no estaba tan estigmatizado y ni fama tenía por lo desconocido que era, nosotros lo consumíamos en la calle, en un parque, en el parqueadero de la universidad, en nuestras casas; pero esto cambió y en menos de diez años nos tocaba hacerlo en sitios cerrados por seguridad, separando lo real y lo cotidiano de lo irreal por una puerta que daba paso al inframundo. Además, porque a la mayoría no nos gustaba que nos vieran mientras lo hacíamos, así que imaginen una gran habitación donde 30 o 40 personas, clientes, están consumiendo basuco, uno tras otro, durante horas, días y noches completos, unos asustados (con frecuencia se conoce al basuco como “susto”), otros se rasguñan la piel como manía, otros se agachan para mirar por la rendija debajo de la puerta, a otros se les descuelga la mandíbula dificultando el hablar, otro se esconden; hablando en susurros, la atmósfera densa

y maloliente por el humo y el sudor de todos, días, semanas; en fin, dependiendo de la confianza y el dinero para conseguir el motor que nos hacía girar en torno a él, el basuco. En esa surrealista escena cada uno giraba a su alrededor como en una espiral. Nos aceptábamos y nos soportábamos todos mientras tuviéramos la sustancia.

Una *olla* es un sitio de determinado municipio o ciudad en donde se vende y/o se consume droga, allí se permiten unas libertades o licencias únicas para ciertas actividades socioculturales, poseen sus propios códigos y ¿Por qué no decirlo? Sus propias leyes. Pero también hay reglas y códigos que funcionan para todas y son acatadas por todos. Se asocian a estos sitios otras prácticas sociales, casi todas en el limbo de la ilegalidad, la prostitución, (incluyendo la infantil y la homosexual), el proxenetismo, comercio de artículos robados (reducidores), hurto, licor adulterado; de cualquier manera, es como un subestado, pues estas prácticas al fin y al cabo nadie las cuestiona y cualquiera las puede practicar a vista de todos, no había que esconderse para nada, incluso en muchas de ellas se podía ver a parejas tener sexo. Sitios como estos me producían temor por la cercanía del delito y porque dada la estigmatización del “basuquero”, mi estadía en esos sitios con ellos me podía perjudicar y afectar mi seguridad.

Yo claramente le preguntaba al jíbaro si el sitio era seguro y le indicaba cuáles eran mis expectativas, que no pasaban de querer consumir y de pronto estar acompañado de una chica, solo para verla pues a mí el basuco casi siempre me inhibió la libido.

La *olla* siempre es administrada por alguien capaz de imponer orden y autoridad, una persona despierta y activa, un vivo, casi un avivato. Esa era la persona con la cual yo me entendía. ¿Y para qué negarlo?, hice verdaderas buenas relaciones de amistad con varios, incluso, llegué a involucrarme afectivamente con jíbaras, hijas o hermanas de estos. Como anécdota curiosa debo decir que nunca conocí un jíbaro que no consumiera ni muchos más tranquilos que yo. Era su negocio. Yo prefería y buscaba los lugares donde al menos en la

pieza donde yo estuviera consumiendo no se cometiera delito. Luego de encontrar esto, permanecía días, meses y hasta años frecuentándolas, por ello, puedo hablar de estos sitios.

Por ejemplo, en las *ollas* cuando se nos acababa el basuco había siempre varias clases de personas, cada una con determinada actitud, estaban los que no se aguantaban y salían desesperados a conseguir algo de valor o dinero, de ellos o de personas allegadas, familiares que los quisieran, que se dejaran o al escondido; a otros no les importaba cómo, de dónde, ni de quién, estos eran los que me producían temor de encontrarlos si estuviera en la calle, pues comprendía muy bien lo que estaban sintiendo, ya que debo confesar su *embale* era similar a mi *embale*, incluso podía ser menor, y me daba mucho miedo pero era miedo de mí mismo, el *embale* mío era tan tenaz, que podía ser comparado con el del basuquero más peligroso, la única diferencia era que yo no iba a delinquir, pero tampoco iba a dejarme robar porque había aprendido de pillos, pero sobre todo había conocido muchos adictos y me comparaba con ellos. La adicción no respeta estrato social ni educación ni género. No respeta cuerpos.

Las *ollas* son frecuentadas por mujeres, en casi todas circulaban y permanecían varias, unas tres, la bonita que humillaba y se sentía superior, las otras más o menos resentidas pero que eran valiosísimas, que tenían un amante o amigo de turno que las atendía a cualquier hora, a veces por poco a veces por mucho, pero casi siempre por favores sexuales. Bien importantes, siempre traté de respetarlas, como a todo el mundo, aunque en ese medio esto es un poco difícil, siempre oí decir a los profesionales de la salud que, si un drogadicto no se respeta a sí mismo, cómo va a respetar a otra persona. Yo sí creo que me respeté y respeté la mayoría de veces, no fue una constante. Reconozco que no me respetaba por el apego a la sustancia, el sentirme esclavo y poseído por ella me hacía hacer cosas humillantes.

Otros seres presentes en las *ollas* son, por ejemplo, el que estaba dispuesto a salir a cualquier hora a hacer un mandado, el todero, la mayoría de veces alguien de confianza del jíbaro, un amigo de infancia o de barrio. Habitualmente abusaba del que le pagaba por hacer

la vuelta, unas veces por resentido y otras por ingenuo, yo lo tenía claro, otro no se va a hacer matar por plata que no es de él, lo mismo que no la va a cuidar y distribuir bien, el dinerito de uno apenas cambiaba de mano dejaba de ser de uno, esto lo aprendí allá en la calle; tanto que después de mandar a hacer la vuelta, lo más importante era que no se perdiera, que no se la robaran, como pasaba la mayoría de veces, así llegara recortada o mutilada. Yo era muy desconfiado, no confiaba casi en nadie y aprendí que la mejor vuelta es la que uno hace.

Pero en este vicio, el *embale* lo paraliza a uno ¿Y así, quién sale a las tres de la mañana a hacer una vuelta? Por eso el todero era tan importante, al punto de ser invitado con los mismos derechos del jíbaro que aportaba la casa o el sitio, la nena, su belleza y a veces dinero, y el comprador o el del dinero. Esos eran los *propios* para la fiesta.

Había casi siempre otros personajes muy folclóricos, pero no por eso menos importantes. El gracioso, que a pesar de la tensión y el *embale* hacía reír con buenos chistes, ese merecía ser invitado solo por eso, a no ser que se volviera una carga, es decir, que quisiera fumar más que uno, por ejemplo, o quisiera disponer de lo de uno. El habla duro, muy amigo del jíbaro, que no aportaba económicamente, pero le hacía dar temor y miedo a los que se *embalaban* para que gastaran y rápido. Era él quien hacía mover el negocio. Pero uno como cliente que no se embriagaba y no sentía temor lo ponía en su sitio, facilito. Hubo muchos más personajes, los gays, los que no eran capaz de moverse o salir, los que no tenían donde dormir, los que tenían hambre o frío; en fin, estas *ollas* eran todo un reflejo de la sociedad de esos municipios o ciudades que iba conociendo y en donde llegaba siempre como cliente, pero terminaba a los tres o cuatro días como uno de ellos, como un vicioso al basuco que era nuestro denominador común.

Puedo nombrar a la infinidad de personajes que conocí en estos sitios o durante este largo trasegar por las mejores *ollas* de nuestro país y puedo decir que con la mayoría mi relación fue de respeto y de amistad, de compartir un espacio y un tiempo juntos, pero, sobre

todo, de compartir algo muy nuestro, esa intimidad que no se la mostramos a los demás, es que dejar vernos en esos estados no es fácil, por eso no hay mucha documentación al respecto. Pero sí recuerdo claramente que lo sentía, sentía que compartimos algo muy nuestro, llegué a decirle a una de esas personas recién conocidas que ella me conocía más que mi hermano por verme así.

4.14. Anotaciones acerca del ritual de consumir basuco y las formas para hacerlo

Como ya lo dije en uno de los apartados anteriores, la primera vez que consumí basuco en pleno uso de mis facultades noté que era todo un ritual hacerlo y que para mí iba a ser muy difícil hacerlo solo, ya que era, sobre todo en la parte final, muy similar a la armada de un bareto o cigarrillo de marihuana y yo, a pesar de haberla probado, nunca había armado uno y no tenía la práctica suficiente. Aunque sí me llamó la atención lo del ritual, ya que en este había roles diferentes y generalmente varias personas ayudaban a un líder, arquitecto, ingeniero o armador (como los conocí más adelante) a realizar todo el proceso.

Si hago énfasis en este punto es porque todo empieza cuando alguien dice: ¿vamos a fumar?

En la universidad ya había dado algunas chupadas a *calillos* de basuco, pero estaba tan ebrio que no recuerdo muy bien cómo fue. Así que no cuenta. Fue en Buenaventura, con mi amigo Ernesto quien manejaba un camión de su padre y me había invitado a llevar unos muebles al puerto. Él, mucho menor que yo, pero con más experiencia en el mundo de las drogas, recuerdo que se encontró con un jíbaro en la playa y me preguntó que, si yo había fumado basuco, y muy orgulloso le dije que sí, entonces compramos varias papeletas de \$ 100 y empecé a fascinarme y a aprender. Lo dejaba actuar para no parecer muy torpe y bisoño. Conseguimos en un carrito de dulces dos paquetes vacíos de cigarrillos Pielroja, solo esta marca permitía despegar el papel metálico de otro blanco como pergamino, que era el

que necesitábamos para armar los *calillos* o cigarrillos delgados, más adelante supe que a este papel se le llamaba “el sangriento”, no sé por qué.

Dobló y cortó varios trocitos de unos dos o tres centímetros y me pidió que desmenuzara un poco la picadura sacada de cigarrillos de otra marca, rubios, no tan negra como la del Pielroja, la cual acomodó sobre los diminutos papelitos, cómodos y salvos del viento en la cabina del camión. Abrió la primera papeletica y entre sus dedos trató de pulverizar su contenido para después rociar con la ayuda de un fósforo apagado la picadura depositada en el papel, la cual adquiriría un tono blancuzco, por último, lo enrolló y pegó con su saliva. Terminada la labor, resguardados de la brisa y el viento seco, con un fósforo encendido cada uno de los *calillos* adquirió un tono más oscuro y grasiento, luego encendió el primero, fumó y me lo pasó.

Así, consciente y lejos de todo lo que me podía fastidiar y atemorizar tomé ese *calillito* que mi amigo me ofrecía y fumé, despacio, sintiendo, aprendiendo, noté cómo mis pulmones se llenaron de ese humo denso que olía a algo similar a caucho quemado, característico, no desagradable ni repugnante para mí, para luego explotar en mi cerebro, con fuerza, haciéndolo rebotar y expandirse por el infinito inconmensurable, podría decir que mi cerebro y todo lo que él representa voló literalmente. Quería quedarme así, ahí, no moverme, sentirlo, disfrutarlo. Y sentí algo muy bueno, a pesar de esa explosión, no dejaba de ser yo.

De esta forma fue que consumí basuco por más de tres años y poco o nada cambió en ese ritual, conseguir, identificar el sitio donde consumir, tener “el sangriento”, armarlo, dorarlo y algo que aún hoy se conserva como una tradición, “el que lo arma, lo prende”. Para esa época, solo conocía esa forma de fumar.

4.14.1. Mi adicción sale de Armenia.

A mediados de 1982, lo recuerdo bien porque se celebró en España el mundial de fútbol y rechacé una invitación familiar de viajar al exterior por ir a Medellín, concretamente

a Envigado, cuna de Pablo Escobar y también de una gran amiga que me hablaba bellezas de ese municipio, viajé allí con la expectativa de conocer experiencias nuevas relacionadas con mi adicción al basuco. Y así fue.

La primera noche que bebimos en la plaza de Envigado, pude confirmar y aclarar dos cosas importantes: que a los mafiosos como Escobar no le gustaban los basuqueros, a pesar de ser consumidor habitual de cannabis y que había mucha gente cercana a él que lo hacía a escondidas; y la otra fue que después de mucho licor esas personas se desdoblan y cuentan cosas relacionadas con lo bueno del basuco e incluso lo invitan a uno a consumir. Y que, a pesar del odio y la desconfianza de los capos frente a los consumidores de basuco, el gusto y la adicción a esta sustancia es más fuerte.

4.14.2. Los pistolos.

Mi primera gran sorpresa allá en Envigado fue observar que los cigarrillos de basuco ya venían armados y los llamaban *torcidos* y eran simplemente cigarrillos Marlboro a los cuales le habían vaciado una parte de la picadura y les habían echado basuco, y lo de *torcidos*, era porque el extremo era retorcido, más adelante se conocieron como *pistolos* y aún hoy por hoy se conocen y se fuman así. Su valor era de \$ 200 por cigarrillo. Con los *pistolos* se perdía algo de lo que para mí era un ritual, pues esas personas de Envigado tenían a alguien solamente encargado de armar las cajetillas enteras de cigarrillos y solo era tomar el cigarrillo armado y listo. Creo que el cambio se debió a factores culturales y también al grado de adicción de las personas. Para los paisas era muy degradante esperar a conseguir el papel del Pielroja, o sea el “sangriento”, cortarlo, secarlo, armarlo, dorarlo, lo que para mí era todo un ritual para ellos era una pérdida de tiempo. En cuanto al grado de adicción, creo que después de que se decide “soplar” o consumir basuco, la manera más rápida para lograrlo es imperativo.

Cuando llevé esa moda a Armenia, mis amigos consumidores lo primero que dijeron era que así se desperdiciaba mucho material (basuco). Otra razón era la desconfianza arraigada de nosotros los consumidores frente a consumir algo que no habíamos visto armar.

Por mi parte descubrí y aprendí algo que me iba a marcar toda mi vida de consumidor: armar ese mismo *pistolo*, pero en un cigarrillo Pielroja, tal y como los hacía mi amigo de la universidad, mi maestro, esta forma solo la vi en otros dos expertos y veteranos consumidores a lo largo de mi vida de consumidor. Podría hablar mucho de mis *pistolos*, si hay necesidad o el tema lo amerita lo haré, pero solo diré, que después de tenerlo listo, armado por mí, nada había mejor sobre la tierra. Desde el punto de vista del adicto consumidor.

Transcurrieron muchos años y los viciosos nos la pasábamos entre los *calillos* y los *pistolos*, estos últimos para los más nuevos y los otros para la vieja guardia. En ambos casos se podía cambiar la picadura por marihuana o revolver ambas. A esta combinación de basuco y marihuana se le conoce como “un maduro” o “un bocadillo”. Cuando había poco basuco, acostumbrábamos elaborar los *pistolos* o *calillos* solo con marihuana, en lugar de la picadura de cigarrillo, esta manera de consumir era ya de otro nivel, solo para expertos o muy viciosos, diría yo. Son dos sustancias muy diferentes, con efectos ídem. Consumir un *pistolo* en Pielroja, con cannabis en lugar de picadura y buen basuco, era para mí como ir bajando la carretera de la Línea entre Calarcá y Cajamarca en un vehículo con el acelerador y el freno pisados al mismo tiempo. A esto se le podría sumar el efecto del alcohol que casi siempre es la mejor compañía para consumir basuco.

Con estas formas de fumar pasé alrededor de diez años. Solo las parrandas o fiestas se interrumpían cuando algunas de las materias primas se acababan, a veces para cambiar una rutina uno se armaba un *madurito* o un *calillito*. Así en diminutivo como para no llamar mucho la atención o como para no tener que pedir permiso, no sé, eran cosas del vicio.

Pero lo que más recuerdo era el pasar los días alrededor de un nochero, repisa o mesita con un gran cenicero en el centro y un balde con agua debajo para echar las *cuzcas* o pedazos finales de cigarrillos, fósforos al principio y mecheras o candelas desechables después, nunca los encendedores antiguos de gasolina y algodón, ya que este olor a gasolina podría contaminar y dañar los cigarrillos armados de basuco, también recuerdo que muchas veces, se conseguía y se encendía una vela o una veladora para economizar fósforos y cuando estos se acababan fueron muchas las veces que recogimos los pedazos de fósforos usados del suelo, incluso llegamos a dar largas caminatas buscándolos o escarbando basuras para obtenerlos, eran un verdadero tesoro, más si teníamos cigarrillos y basuco. Hubo noches que vi salir cuadrillas de viciosos solo a conseguir cerillas de fósforos usadas y las traían como algo súper valioso y así era, el traerlo representaba una invitación a basuco.

4.14.3. Otras formas de consumir basuco.

Trascurrió mucho tiempo usando solo estas formas de consumir basuco y la única novedad importante que recuerdo fue en un diciembre del año 92 o 93, en la ciudad de Armenia, estábamos enrumbados a las afueras del estadio de fútbol San José, sitio frecuentado y muy conocido por nosotros, los habitantes de ese sector y no sé porque terminamos consumiendo basuco con un extranjero, *gringo*, medio hippie y medio artesano, ya veterano. Estaba encantado con nuestro basuco y en medio de la rumba me preguntó si yo ya había probado “un *latazo*”, le respondí que no, que no lo conocía y que nunca lo había probado. Me explicó que era una forma peculiar de consumir el crack de ellos y que era lo mejor que yo iba a probar, recuerdo sus palabras “*no encontrara sobre la tierra nada mejor paisita*”.

Lo del “*latazo*” se refería a una lata de cerveza o gaseosa, algo muy de moda y novedoso en esa época. Efectivamente nos encontrábamos consumiendo la única cerveza colombiana en lata que se ofrecía por esos días, era una lata pequeña que el *gringo* tomó en sus manos y con

una punta aguda de metal le hizo algo más de una treintena de roticos en forma de rejilla o malla en la parte central del cuerpo de la lata, hundiendo esa parte para que quedara más horizontal, después le hizo un roto mediano opuesto a los roticos pequeños, diciéndome que era muy importante hacerlo, advirtiéndome que si no lo hacía no iba a carburar, es decir, no iba a servir para fumar, era como un hornillo pequeño. Con anterioridad me había pedido que desmenuzara un poco de marihuana, lo más parecido al ripio, así que después de transformar la lata de cerveza en un rústico reverbero o fogón esparció el cannabis desmenuzado sobre los diminutos agujeros a modo de un verde montoncito, me pidió la papeleta de basuco y roció generosamente sobre el cannabis una buena dosis, me ofreció el extremo por donde se ingiere la cerveza que a su vez servía como de boquilla para culminar encendiendo un fósforo, el cual colocó sobre el ocre polvillo y me ordenó que fumara. ¡Y cuánta razón tenía este loco!, recorrido y fugaz compañero de farra decembrina, pocas cosas sobre la tierra se pueden comparar con este psicodélico manjar. Por eso no es de extrañar todo lo que significa para mí el ver una lata vacía de cerveza. Fue el precursor de la famosa pipa utilizada actualmente y que en el argot nuestro es considerada como lo más parecido al demonio, para los creyentes.

Hubo varios aspectos interesantes de esta experiencia, por ejemplo, la facilidad de armar ese rudimentario artefacto que nos permitiría consumir basuco de una forma diferente, lo básico y primitivo de los materiales para su construcción y uso de esta, rara y mágica transformación de una simple lata de cerveza en un objeto tan valioso para nosotros los consumidores de basuco, pues solo quienes hemos pasado varios días consumiendo sabemos lo que nos pasa cuando se nos acaban los cigarrillos y tenemos basuco, el desespero que nos causa esa falta, pero ahora sabiendo de este recurso fue un alivio, ya que el cannabis se puede reemplazar por picadura de cigarrillo o ceniza. Y, por último, la increíble experiencia de consumir el basuco directamente, uno ve el fognazo del fósforo o la mechera derretir y fundir (pirólisis) ese enigmático y endemoniado polvo colocado o esparcido sobre el

montoncito de cannabis, picadura de cigarrillo o ripio de cannabis y ceniza, uno ve la transformación en denso humo penetrar en los pulmones e inmediatamente explotar y arañar nuestro cerebro.

Me pareció tan bueno que tuve miedo. Casi que me obligue a seguir con mis *pistolas* de Pielroja, pero también sabía que había aprendido algo nuevo y sobre todo que me iba a servir más adelante cuando careciera de cigarrillos o simplemente por variar y experimentar otra vez esta increíble experiencia. Me conocía y sabía que si a mí me gustaba el basuco esta forma de consumirlo me iba a tener que encantar. Además, mis rumbas eran largas y los cigarrillos casi siempre se agotaban.

Fue el preámbulo de la pipa, solo era cuestión de tiempo y de perfeccionarla, esto incluía una manera fácil y barata de hacerla. Temía por mí y sentía poca honradez en aquellas personas de mi entorno que hablaban pestes de esta nueva forma de consumir basuco.

La cuestión era sencilla, si a mí me gusta consumir basuco, en picadura o en cannabis y si cuando lo hacía comprobaba que lo que hacía bueno al *pistolo* no era esto sino la cantidad y la calidad del basuco, en la lata lo que se consumía era basuco puro, imagínense, yo bien adicto y probar solo basuco, sin picadura o sin cannabis, me tenía que gustar. No podía negarlo.

Sobre las primeras pipas que vi armar, no recuerdo muy bien la fecha, creo que fue en 1995, y fue con un compañero de farra, Néstor, alias “el águila”. Por esa época era muy “*in*” consumir brandy, especialmente Domecq, en presentaciones de media y un cuarto de botella, ambas presentaciones traían una especie de copa o tapa dorada, pero nosotros enseñados a tomar a pico de botella y ofrecernos sin asco, esta copa no la teníamos presente para nada, pero Néstor un hombre callado y fiel, con más recorrido que yo en este mundo de consumo y testigo del desespero que nos producía el tener polvo sin cerillas o fósforos, o peor, sin picadura o cannabis, cualquier noche en una de estas crisis que no teníamos cigarrillos, lo vi

tomar una de estas copas y más o menos por el centro con mucha paciencia empezó a perforar con la punta de una navaja que él mismo portaba, buscó luego un pequeño cilindro, algo así como un pitillo, pero más fuerte, todo lo que la calle y la basura nos ofreciera, recuerdo que esa primera vez lo único que encontramos fue el palito de un Bon Bon Bum, el borde de la copa lo cubrió con un papel brillante de una cajetilla de cigarrillos vacía y lo fijó con algo parecido a ese resorte que traían los interiores nuestros, es decir algo que estirara; por último con una puntilla le hizo diminutos rotos al papel brillante y acomodó el palito del bombón para que en su articulación con la copa no hubiera fuga de aire, con plástico logró esto, la ceniza la sacó de los mismos cigarrillos consumidos por él y al fin quedó un pequeño fogoncillo u hornillo con el montículo de ceniza que pasó a ser rociado de basuco, tembloroso me lo pasó y me dijo: “*fume viejo Dany*”. Hasta ahí, todo muy bien pero cuando fumé el calibre del palito de bombón se obstruyó impidiendo el paso del humo, lo cual nos produjo más frustración, luego vinieron algunos intercambios de tubitos, nuevas frustraciones y creo que así fue hasta que amaneció y pudimos comprar cigarrillos.

Creo que estos cambios de instrumentos para o fumar basuco fueron producto de la necesidad imperativa de consumir, y es que cuando uno tiene el basuco en las manos y el sitio donde poder fumar tranquilo, uno quisiera hacerlo de inmediato, impulsado por un deseo enorme que se llama adicción, pero a costa de esa esencia que siempre me cautivó y que se llama ritual, por eso mentiría si digo que siempre fui fiel a mis deseos y convicciones y que la adicción nunca me venció. Si uno tiene la pipa armada y la ceniza recogida, obvio que es mucho más rápido esta forma que la de ponerse a armar un *pistolo*.

Otra razón para estos cambios, fue la falsa sensación de economía, pues recuerdo a muchos de mis compañeros de consumo quienes defendían el consumo en pipa y me invitaban a dejar mi famoso *pistolo* de Pielroja diciendo: “*Hágale Dany que así rinde más*” y sí, posiblemente sea mucho menos el basuco utilizado en un “pipazo” que, en un *pistolo*, pero

mientras uno se arma y fuma un *pistolo* el consumidor de pipa se ha consumido tres o cuatro “pipazos”, sino es que son más.

Era cuestión de tiempo, y como me gustaría poder explicar eso del tiempo, del tiempo que pasé consumiendo basuco. Pues me hubiera gustado que transcurriera más lento, por ejemplo, tantas noches que uno empezaba la fiesta y cuando menos pensaba había amanecido y la claridad nos hacía buscar otros sitios para continuarla, cuando no estábamos resguardados.

Lo cierto del caso es que el consumo de basuco en pipa se venía venir como una ola, como como una epidemia, dándome la razón en cuanto a mis sospechas de que si a uno le gustó el basuco en *calillo* o en *pistolo* si probaba este en pipa le tenía que gustar. Yo mismo lo viví en carne propia, terminé sacrificando mis *pistolos* por la pipa y padeciendo todo lo que esta contribuía a acentuar mi adicción por el basuco.

Capítulo 5

Pipas y demonios

“Si hay algo a lo que le tengo respeto y hasta miedo es al consumo de basuco en pipa, por lo bueno”.

5.1. Las pioneras

Las pipas actuales también llamadas “motos” o “carros” se hacen exclusivamente de un trozo de tubo de media pulgada de PVC de unos tres o cuatro centímetros (en reemplazo de aquella copa del brandy Domecq), al cual se le tapa completamente un extremo con infinidad de objetos, el cierre debe ser total pues no deben quedar fugas. Las monedas nuestras de baja denominación sirven. También se les hace una perforación hacia la parte central para por allí introducir un tubo, casi siempre unos de lapiceros baratos sirven, al principio era solo Kilométricos, a propósito, noté que nunca se volvieron a ver en las basuras, para los consumidores estos artefactos son un tesoro. Este tubo debe ser bastante largo (unos ocho centímetros), pues si es muy corto uno termina quemándose indirectamente la nariz o la cara después de dos o tres días consumiendo. Luego viene el metálico, que va al otro extremo del tubo de PVC y que va a ser perforado y a soportar el fuego directo, se han utilizado muchos, desde el brillante de las cajetillas de cigarrillos (pero que no soporta mucho trájín), el de aluminio, que es el más utilizado actualmente, hasta de yogurt, incluso, alguna vez llegué a usar uno grueso de la mantequilla Rama y hasta uno de la leche en polvo Klim.

Para apretarlo o sellarlo bien al tubo de PVC y evitar fugas de aire, vi utilizar y utilicé bandas de caucho, pero se revientan o queman; seda dental; extremos de las bombas de caucho usadas en fiestas; pero, lo que terminó siendo ideal fueron las tiras de plástico que se colocan en forma de abrazadera entre el PVC y el metálico para luego pasarle calor, es decir, quedando como termo sellado, muy efectivo y barato. Nótese que todos estos implementos

utilizados para armar una “moto” salen de las basuras cotidianas, esas que uno se puede encontrar fácilmente en cualquier lugar, sin necesidad de moverse mucho.

A todo esto, se debe agregar la paciencia y el tiempo que uno le dedica a este pequeño artefacto, cada uno le puede poner su toque personal, es decir, sus adminículos (para los que los construíamos y éramos esclavos ya); se volvió esto de la pipa todo un submundo.

5.2. Las prefabricadas

Recuerdo que muchas veces no disponía de la facilidad para armar una pipa, así que opté por comprarla hecha, una que fuera funcional y práctica, y de veras que la encontré, fue en la selva amazónica, en Puerto Leguizamo, de la mano de mi gran amigo “Chucho”, el jíbaro más famoso y legendario del pueblo, con el pasé largos ratos hablando y soplando, le decía, que era una lástima que él no hubiera estudiado, era un genio para la mecánica y la electrónica y él admiraba mi inteligencia, mi cerebro, mi saber, sobre todo de ciencia, le interesaba. En esas tertulias le enseñé a fabricar y usar “el latazo” y queríamos algo más pequeño que nos permitiera una bocanada más amplia, sin tanto esfuerzo, aún no se conocían las pipas de PVC. Como él en ocasiones me traía aparatos de mecánica y afines para construir pipas pasajeras que luego de utilizarlas y disfrutarlas en una rumba eran desechadas, un día se apareció con algo espectacular y casi perfecto para mis necesidades, un adaptador hembra de una estufa a gas, del que se desprende la manguera que va al cilindro de gas, los fabrican de dos materiales: acero y aluminio, ambos me sirvieron y los usé, además eran irrompibles, lástima que el tubo lateral sea tan corto, sino hubieran sido perfectos. Estos adaptadores me acompañaron durante varios años, con ellos y el papel aluminio de la leche Klim creo que fabriqué la super pipa irrompible y más duradera jamás conocida, funcional y práctica.

Conocí personas que conseguían financiar su vicio solo fabricando pipas, para vender o alquilar, también vi peleas horribles por ellas y pagar dineros exorbitantes por su alquiler o venta. Pero, sobre todo, vi gente perdida y poseída por esta forma de consumir, hasta yo

mismo, pues terminé haciendo, alquilando y vendiendo “carros” y” motos”. Sin tener idea de lo qué es tener un concesionario.

A partir de esta forma de consumir se derivan o aparecen dos temas importantes de los cuales hablaré más adelante: el *cochorno* y la terapia.

5.3. Prácticas únicas relacionadas con el basuco

Terapiar una pipa es hacerle mantenimiento y limpiarla, ya sea porque a uno se le acabó el basuco y ya no tiene más, y en la agonía y depresión propia de no tener, uno dedica todo su tiempo (por eso se llama terapia) en hacerlo, pero lo que realmente busca es que al limpiarla uno raspe ese hollín o pegado que se acumula en el fondo de la pipa, en el metálico y en el tubo de lapicero que queda adherido al momento de la pirólisis o el calentamiento del basuco al consumirlo y que es conocido como el famoso “*cochorno*”.

Este *cochorno* se fuma como el basuco y en algunas ocasiones es mejor que el propio basuco. Debe tener buen residuo de cocaína pues de no ser así, no se sentiría su efecto, luego de varios días de consumir la propia sustancia. Es tanto el desespero a veces, que uno terapea las pipas sin tener casi nada de *cochorno*. Muchos ven esto como más degradante y lo rechazan. Yo llegué a hacerlo muchas veces.

Incluso mi super pipa de acero o aluminio era muy práctica para estos menesteres de terapiar y sacar *cochorno*. A veces un *cochorno* bien bueno sabía mejor que el propio basuco, recuerdo algunos que me duraron varios días. Había como un halo de magia o brujería en esto del *cochorno*, sustancias y combinaciones nuevas y desconocidas se fundían con ese olor penetrante y con ese color renegrado que se transmitía incluso a mis dedos temblorosos cuando lo consumía, como era lo último, el residuo, era como prolongar la fiesta de la nada. Mágico y embriagante esto del *cochorno*, solo conocido por aquellos quienes caíamos en un estado de depresión cuando se nos acababa la sustancia, y éramos capaces de lo innumerable con tal de prolongar la fiesta.

5.4. La espiral en todo su esplendor: la selva y su gente, los amigos y el increíble viaje a Medellín

Para mí, quien consumí basuco de una manera crónica y casi compulsiva a lo largo de más de treinta años en diferentes regiones de nuestro país, conservando la mayoría de mis costumbres y principios, es muy interesante ver cómo alrededor de la forma de consumirlo, se van desarrollando unas especies de prácticas que lo hacen merecedor del término de ritual, ya que significaron siempre algo y se repetían de manera inconsciente, por lo que tuve que aceptar que tenían algún significado del cual estuve preso al momento de consumir.

Expresiones como aquellas que sostenían que el fuego estaba presente en la mayoría de rituales y que este era sinónimo de poder, resultaron ciertas, muchas veces fui testigo del hecho de que en ocasiones tenía más poder e importancia el poseedor del fuego (representado en una mechera, candela o fósforo) que aquel poseedor del basuco.

La verdad, he sido afortunado por la cantidad de buenos amigos, mi vida estaba dividida, era mitad de amigos consumidores y mitad de no consumidores, estos últimos, me aceptaban así, sin preguntas y sin prejuicios, aunque en algunos rostros, sobre todo de los que sospecho me querían, se veía cierta angustia al ver como parecía no importarme nada, amigos de barrio y universidad que nunca conocieron las drogas. Había otros que sí las habían conocido pero que no habían trascendido. Obvio decir que me mantenía y me agradaba más estar entre los adictos. Al estar casi por completo alejado de mi familia busqué refugio en unos pocos amigos y en mi pareja de esa época, su apoyo fue vital para no estar de lleno en la indigencia, situación que conocía y aprovechaba para hacer rendir lo poco que conseguía.

El deterioro físico era muy evidente, lo mismo que mi comportamiento, ya no era capaz de trabajar ni entablar vínculos con algo que no fuera basuco, o que se relacionara con él. Estaba en un punto de mi existencia que podía soportar cualquier cosa, por mala que fuera,

mientras hubiera basuco, y de veras que pasé por infinidad de situaciones de todos los calibres.

Buscando una fuga geográfica, como llaman los expertos en adicciones al hecho de que el adicto cambie de ciudad, de residencia o de trabajo, pensando que así va a dejar de consumir. Conseguí trabajo como docente en Puerto Leguizamo, en el Bajo Putumayo, era el año de 1997, nombrado. Y como dice el dicho: “De Guatemala a *Guatepeor*”. Aterricé en un mar de coca, que es como conocen al basuco por allá. Tres años frenéticos, casi una demencia total. Plena selva amazónica y razón tenían sus habitantes al denominarse “El paraíso exótico del universo”.

No pasó más de una semana para que yo ebrio amaneciera en una *olla*, con ese calor húmedo tan impresionante de la selva, pero feliz por haber encontrado un sitio óptimo para mis pasiones, basuco en mi caso. Además, la persona que la manejaba, “Chucho”, me pareció interesante y confié en él, al punto de convertirse en un verdadero amigo y confidente. Ya donde estaba, intimando con jíbaros de muy baja calaña. En su casa, atrás en dos piezas, nos reuníamos la mayoría de basuqueros del pueblo, llegué a estar hasta un mes seguido en ese sitio. Y como si él fuera un rey y yo un honrado súbdito, me sentaba a su derecha y pasábamos interminables y super agradables veladas. Yo estoy seguro que pocas personas de mi querida Armenia hubieran sido capaces de amañarse en un sitio de esos, incluso les hubiera dado pavor ingresar, era como otro mundo, un inframundo super caluroso, húmedo y oscuro, ya que allí, no había energía eléctrica. Mi círculo más íntimo incluía a un expendedor.

Luego de algo más de dos años como docente de química y de solo salir a conocer algunos parques naturales o sitios emblemáticos cercanos, tuve que abandonar el paraíso por problemas de toda índole, pero principalmente por temor, otra vez temor a que me mataran, y es que por allá, la vida no valía nada, a usted lo mataban, lo tiraban al río Putumayo y chao, no se vuelve a saber de usted.

5.5. Conozco el “Cartucho”

Había una indígena muy atractiva que frecuentaba la *olla* de “Chucho” y terminé enredado con ella sentimentalmente, ¿qué más podía pedir?, una mujer, atractiva y que compartía conmigo el apego por la sustancia, esto era una situación difícil de manejar por lo agradable, aunque ella se involucró más que yo afectivamente y de forma absorbente, tanto que llegué a pensar que ella por celos y ebria sería capaz de matarme, pero yo no me iba a dejar, le insistía que no quería nada, pero ella no recapacitaba, “Chucho” me explicaba que el hecho de haber recibido dinero y basuco le daban ciertos derechos a ella, era cierto, hubo veces que ella me ponía hasta un millón de pesos sobre una mesa y me decía “*para que sople amor*” y yo que ya había vivido esa situación en Armenia, me parecía normal. Pero no, eso no era Armenia, era otra Colombia, y me incomodaba sentir que era verdad, si esa indígena me viera con otra me mataba o la tenía que matar yo a ella, yo no soy asesino, pero me iba a defender.

Lo más tenaz, era que ella no era consciente, se embriagaba y se “*empeliculaba*”, como le decimos al que se pierde completamente y no es consciente, era real que me podía matar y muchas veces se lo comenté a “Chucho”, él me decía que era por haberle recibido obsequios, era la cultura indígena. Cierta noche, Rosita, que así se llama me agredió con un cuchillo y me infringió dos cortes en mi brazo izquierdo, no fueron más porque yo estaba sobrio y hui de ese sitio, pero tuve que ir al hospital y allá explicar a un fiscal, este me dijo que la demandara, que esa lesión era de por vida y se castigaba con unos cinco o siete años de cárcel, entonces entable la demanda, Rosita fue detenida y a Daniel le tocó huir de ese paraíso, pues la familia de ella, que vivía allá, me buscaba para hacer justicia. Recuerdo que el alcalde del pueblo llegó a mi casa con la policía y me dijo: “*Profe se tiene que ir*” (Narración personal, diario de campo, 2017), no le podemos garantizar seguridad, pues esa familia es muy grande, le indiqué que solo borracho saldría de allá, sacó una botella de Ron

Montilla y me dijo yo sabía que así iba a ser y se tomó el primero conmigo, los profesores habían hecho una colecta de dinero y en un abrir y cerrar de ojos estaba en el aeropuerto Catam de Bogotá, me embarcaron en un avión militar. Ese mismo día, ya por la tarde y como conocía la ciudad, fui a la mejor y más grande *olla* de Colombia, a la famosa Calle del Cartucho, que más tarde se convertiría en el no menos emblemático Bronx, lo recuerdo, ya que ahí fue donde fume el mejor basuco que jamás hubiera consumido. Fue muy duro ese “Cartucho”, decían que allá lo podían matar a usted por una cerilla de fósforo y era cierto, lo pude comprobar. Tuve contacto con un amigo de mi barrio de Armenia que estaba viviendo ahí. Estuve como dos o tres días con el dinero que traía de Puerto Leguizamo. Estaba entregado por completo al vicio y los amigos que busqué, no adictos, pero sí conocedores de mi adicción, se mostraron muy preocupados y me aceleraron el regreso al Putumayo, esta vez a Mocoa a reclamar mis prestaciones. Casi un año en esa espiral con el producto de las prestaciones y un trabajo de docente que me resultó en el SENA.

5.6. De caminata por media Colombia

Luego del tenebroso episodio con la policía de Mocoa, busqué nuevamente ayuda de mi familia y debo reconocer que, si bien no me aplaudieron por mi situación actual, tampoco me cerraron sus puertas. Acordamos internarme de nuevo en un centro de rehabilitación, esta vez en la ciudad de Medellín. Como mi situación era muy precaria, recuerdo que hasta dinero para el viaje me tocó pedir. Me enviaron lo justo, recuerdo bien que fueron \$ 180.000, enviados con mucha desconfianza, y aunque pensar eso a mí me dolía, ¡cuánta razón tenían!, pues apenas tuve el dinero y a pesar de la amenaza del oficial de policía, días atrás, fui a la *olla* del terminal a comprar y a fumar basuco. Esta vez había más adrenalina por el susto, por la situación de gastarme la ayuda familiar. Como todo adicto pensé en estar solo un rato, pero pasaron dos días y yo allá metido, mientras mi familia ya me esperaba en la capital de la montaña. Un amigo que me prestaba su casa fue por mí allá y recuerdo que apenas me vio me

dijo: “*No sabe lo preocupada que está su familia, lo han buscado por todo Colombia y usted acá*” (Narración personal, diario de campo, 2017).

No podría explicarlo bien, pero estaba en un estado tal de frenesí y de locura, que no me asusté cuando lo vi y más bien me alegré de verlo, lo invité a una cerveza y él, un profesional respetado, pero un libertario, la aceptó, un poco asustado por el sitio, lo tranquilicé y le di las gracias por venir, y le pedí que por favor hiciera llegar este mensaje a mi familia: “*Mire compañero no sabe lo preocupado que estaba, dígame lo que guste a mi familia, que me perdonen, pero que tranquilos que yo llego a Medellín, no sé cuánto me demore, pero allá les llegó*” (Narración personal, diario de campo, 2017). En broma y mirando cómo encendía un *pistolo* me respondió: “*Sobre todo lo preocupado viejo Dany*”.

Hasta que no me gasté el último centavo, no salí de esa *olla*. Fui a donde Beltrán por mi poco equipaje, como un zombi le pedí que me dejara descansar. Al otro día me bañé y me afeite en las frescas aguas del río Sangoyaco, uno de los cuatro que atraviesa la capital del Putumayo, aguas que no acabaron de despejarme, acondicioné un viejo maletín de visitador médico, como morral, para poder terciármelo a mi espalda, callado, taciturno y mientras Beltrán me ofrecía un tinto, una de sus compañeras, su preferida, me preguntó qué para dónde iba, que si la podía llevar, que ella solo conocía Mocoa y quería salir, conocer, ella, una aborigen menudita, de unos veinticinco años, adicta también, me pedía delante del poderoso y temido “cojo” que la sacara de allá y me pareció oportuno demostrarle a Beltrán que no le temía, en esos momentos era un hombre que poco tenía que perder y le respondí claramente que no sabía cómo iba a llegar a Medellín, que no estaba enamorado y no buscaba pareja, pero que si quería conocer podía irse conmigo, que apenas llegara me iba a internar en un centro de rehabilitación, luego ella vería que hacer, todo eso le dije delante de Beltrán. Ella, en un acto de rebeldía, me dijo que tranquilo que solo quería conocer. Vi cómo Beltrán le hizo señas a otro indígena, robusto y joven, adicto también para que se uniera a esta aventura,

su intención era más bien para cuidar y protegerla a ella, una de sus queridas. Entonces sin pensarlo, mi solitaria odisea a la capital de la eterna primavera resultó una extraordinaria seguidilla de maravillosas experiencias, anécdotas dignas de un ser afortunado como yo y en compañía de este par de singulares personas, ¡qué experiencias y qué aventuras vivimos durante los 33 días!, a veces caminando y otras en autostop por medio país, tiempo que duró mi travesía hasta Medellín.

Llegué solo a Medellín y el último tramo lo hice con un paisa que me arrastró en una camioneta Ford 150 desde Puerto Triunfo, zona plagada de paramilitares, él no podía creer mi historia, fascinado, me obsequió dinero al dejarme en el centro de la ciudad, suficiente para asearme en un hotelucho, comer, comprar y leerme el periódico *El Tiempo* en un café, relajado, hacer el crucigrama, volver a ser un poco de lo que había sido y casi había olvidado, esas costumbres, mis costumbres. Y luego, volver a lo que era, consumir basuco durante dos días, antes de llamar a mi hermano, con los últimos \$ 100 que me quedaban. Recuerdo que estaba en construcción el metro de la ciudad y que anduve por los lados de Villanueva y Prado Centro.

Capítulo 6

Clínicas de reposo, comunidades terapéuticas y centros de rehabilitación

Como la adicción a la droga se puede convertir en un motivo de vergüenza, no solo para la familia, sino para quien la consume, en ocasiones se opta por estar en centros de rehabilitación, clínicas de reposo o comunidades terapéuticas, esto, por la misma carga social, por no estar durmiendo en andenes, pidiendo comida en las calles o rebuscando en la basura, esto pues desde la experiencia vivida. Es común ver cómo son tratadas las personas que ya se encuentran viviendo en la calle por el abuso del consumo de drogas, no es un secreto que la mayoría de transeúntes los ignoran o los tratan como basura. El desprecio no es hacia la persona, sino hacia la condición de mendicidad en la que se encuentra: ropa sucia, malos olores por falta de asepsia y, en muchas ocasiones, comportamientos reprochables. Sin negar la existencia de personas que se esfuerzan por comprender lo que ellos viven e intentan brindar algún tipo de apoyo.

Sobre esas comunidades terapéuticas, hay unas diferencias entre todos estos lugares que buscan modificar la conducta del consumo, de los mencionados están, por ejemplo, la clínica de reposo. En esta, las personas solo deben pagar para ser atendidas como pacientes, es decir, un usuario de una clínica, alguien que necesita atención y que paga un honorario por esto, pero dadas las condiciones económicas en mi familia hacia 1985, la estancia en uno de estos lugares fue corta. Aquí ocurre un momento que marca mi vida, pues aprendo que la adicción es incurable, por lo cual me pregunto ¿Cuáles son las repercusiones psicológicas para una persona adicta al basuco cuando se le dice que no se puede curar de su adicción?

Después de esta experiencia trasegué por otros centros de atención, en su mayoría, de bajos costos y de dudosos procedimientos, en los que debía vender periódicos y dar charlas para llevar el dinero a esos lugares, pero no siendo suficiente, estos centros también reciben

la mensualidad que la familia paga para que el adicto se “regenera”, pues comúnmente, no se suele admitir que la drogadicción es una enfermedad incurable.

La negación de curarse, la exposición al escarnio público a través de las ventas ambulantes y la mendicidad, los maltratos físicos y emocionales, en general, tienen resultados variados, uno de ellos es la reincidencia al consumo. Como lo expresan algunos sujetos de la experiencia al hablar de los centros de rehabilitación, puede deberse en gran parte a los métodos conductistas como el claretiano, utilizado con el fin de que las personas adictas a cualquier sustancia se sientan como residuos sociales a través de la terapia de choque, que, entre otras prácticas que ya poco o nada son utilizadas, consistían en arrojar basuras o agua a los usuarios, ratificando así, la connotación despectiva de “desechables”, mencionada usualmente por la sociedad para referirse a los habitantes de calle, el panorama no cambia mucho, la violencia ejercida desde la culpa, el miedo y el señalamiento siguen estando presentes en los tratamientos para la rehabilitación.

Respecto a la rehabilitación en estos centros, la verdad, la gente puede volverse veterana y conocedora, le llaman “ratón de comunidad” o “escalón terapéutico” de clínicas de rehabilitación, es una persona con mucho recorrido por allá, yo me estaba convirtiendo en una de estas personas. Me había convertido en un vicioso, no tenía voluntad para cambiar ni menos para culminar de la mejor manera un tratamiento. En estos centros olvidan por completo que la adicción era un problema de salud, ya que así se me había etiquetado. Según el informe RIOD (2019) titulado “Estigma, Consumo de Drogas y Adicciones de 2019” de España, y mi autoestigma solo reforzaría el volver a iniciar otros procesos de recuperación.

Recuerdo que hacia 1985 por un problema que tuve en Armenia con la justicia, me cogieron con muchas papeletas de basuco, yo en ese momento era un “triunfador”, era catedrático de la Universidad del Quindío, buen deportista, tenía

buen futuro; pero iba a tener problemas con la justicia porque me habían cogido como con 20 papeletas de basuco, entonces mi familia que no tenían experiencia en esto, ni nadie allegado había sido consumidor de sustancias psicoactivas, decidí llevarme para una clínica, la mejor en ese momento que era Villa 21. No era una clínica de rehabilitación, era una clínica de reposo, ubicada en Bogotá, me llevaron con la idea de evadir la justicia. Estuve más o menos 25 días en una comisaría de Armenia, pero no tuve ningún juicio real ni fui condenado, me fui para allá ya que no tuve otra opción y recuerdo que al principio tuve muchos problemas porque la gente de allá era de un estatus más alto, ricos y yo más gamín, llamémoslo así. Para adaptarme allá fue muy difícil, al principio, no estaba enseñado a convivir con esas personas ni con nadie, fue el primer lugar donde estuve viviendo solo y lo primero que pude constatar y me lo dijo un psiquiatra, fue que la adicción como enfermedad no tenía cura. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Lo anterior, es explicado por Nanni (2014) de la siguiente manera: “Las adicciones son enfermedades crónicas de las que los pacientes no se curan por el sólo hecho de dejar de consumir drogas” (p. 78). La adicción va más allá del uso en sí mismo, se ve implicado otro factor muy importante, el psicológico: las personas crean un cuadro de ansiedad que los impulsa a crear otro tipo de adicciones que a simple vista no se pueden percibir; como cualquier otra enfermedad toma un tiempo considerable poder superarla, curar es aplicar tratamientos, arrancar radicalmente un mal del cuerpo. Lo que marca la diferencia es que la adicción puede reemplazarse y hacer más lento el proceso de curación, mientras que las demás enfermedades, puramente físicas, sanan y en la mayoría de ocasiones no causan enfermedades derivadas o, en su defecto, la muerte.

Demostre mi capacidad de adaptación y por cuestiones económicas vi que mi familia no iba a ser capaz de cancelar todo un tratamiento como lo decían ellos, el

tratamiento mínimo era de un año, entonces vi la posibilidad de quedarme allá dando conferencias, en esa clínica de reposo, en nombre de la institución y en pago ellos me daban el tratamiento de un usuario pero sin cancelar. La verdad, la clínica era muy buena, había unas pocas enfermeras, psicólogas, psiquiatras, gimnasio, sauna, jacuzzi, habitación para cada uno, era muy llamativo, no hacían evaluaciones ni nada, gente muy bien, estuve siete meses ahí; conocí personas de la costa muy influyentes, los ricos de Armenia, de Cali, gente que de pronto a los familiares uno los podía ver en los noticieros. Allá se construye como una hermandad. Conocí y comprendí lo que era consumir droga dentro de una institución, tuve sentimientos de culpa, ya que yo estaba trabajando para la institución, pero había que conocer el lado bueno y el lado malo, la verdad, creo que el lado malo lo conocí más por el ansia de consumir que por cualquier cuestión moral. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Parafraseando a Gaspard y Rivera (2016), frecuentemente, la drogadicción tiene una relación problemática con el otro, pues consiste, en que la persona encuentra satisfacción en las sensaciones de éxtasis obtenidas por el consumo de drogas. Para un drogadicto, encontrarse en un centro de rehabilitación no es impedimento para consumir, claramente siente miedo de ser descubierto y hasta cierto punto vergüenza de lo que dirá la familia, pero la ansiedad que causa no consumir es más fuerte y necesita sentir esa libertad que trae consigo el contacto con las drogas, como un método de escape de la realidad. Los seres humanos se ven atraídos de manera más fuerte por aquello que es prohibido, todo ello conlleva a que la adicción no sea simplemente el deseo de consumir una u otra droga repetidas veces, sino la búsqueda de la sensación que experimentan a la hora de drogarse, si se ha hecho una vez, el cuerpo busca tener ese mismo efecto, muchos artistas lo han mostrado

en sus obras: los humanos se sienten atraídos por el precipicio, la inmensidad o aquello que apenas pueden conocer a lo lejos.

Cuando las recaídas son constantes, se llevan a cabo estrategias que ayuden de manera más efectiva al paciente, por esto se utilizan, ya sea terapia con medicamentos o de conducta, y si es necesario ambas.

6.1. De lo mejor a lo peor en tratamientos

Villa 21 tenía muy buena asistencia psiquiátrica, psicológica, pero como bien decía y como me lo dijo el primer psiquiatra con el que hablé, que la enfermedad como tal no tenía cura, que iba a ser un adicto toda la vida. Salí de ahí “sucio”, es decir, seguía consumiendo dentro de la institución, esto implicaba que realmente no estaba rehabilitado; conseguí un trabajo en la ciudad de Cúcuta, estaba muy bien hasta que cualquier día me encontré con un muchacho (de Villa 21) más joven que yo, lo vi y supe automáticamente que iba a recaer y así fue, con esta persona fuimos el fin de semana a una olla y volví a recaer en el consumo hasta que me echaron del trabajo. ya que citando nuevamente a la RIOD (2019), mi familia para evitar el estigma público de tener un adicto o vicioso entre ellos, lo mejor era el destierro y Cúcuta está muy lejos de Armenia, además, ya el autoestigma y sus consecuencias eran evidentes.

Regresé a Armenia y hacia 1993 estando muy mal, mi familia decidió (creo que a modo de castigo o no sé qué) llevarme a la clínica más precaria, la más pobre. Sin ser como muy clasista, me llevaron a Faro o fundación familiar. La verdad Faro recibía a las personas que tenían algún problema o alguna condena, los adictos pagaban su condena en los centros de rehabilitación, era barato, creo que yo era la persona que más pagaba, aproximadamente \$ 180.000 al mes. Cuando estuve allá sentí mucho rencor hacia mi familia y hacia Faro, por el trato inhumano que les dan

a las personas, ahí no había derechos humanos, ahí no respetaban nada, se dormía en el suelo, todas las noches tenía que sacar un colchón o ir a buscar donde dormir, lo podían sacar de una pieza si usted les caía mal, usted no podía comer cuando quería, se perdían todos sus derechos y había una autoridad muy vertical. Bueno, una cantidad de cosas que supuestamente usted se ganaría con el tiempo según ellos, y demostraba buenas acciones, eran pegados a la religión, fieles al método claretiano, el cual consistía en círculos de confrontación, tiraban agua, basura, papeles del baño a la persona, le hacían sentir al adicto lo peor, o sea lo más lacra de la sociedad, tengo muchos sentimientos encontrados en relación con mi paso por estos centros.

(Narración personal, diario de campo, 2017)

De acuerdo con los testimonios de varias personas internadas en centros de rehabilitación, y a pesar de que la mayor parte de los estudios no son muy exhaustivos, existe un patrón común en muchos países en cuanto a que los sujetos son internados de manera forzada, donde se les somete a prácticas abusivas y tratamientos de baja calidad (Open Society Foundations, 2016, p. 3).

Vistos desde afuera, los centros de rehabilitación parecen ser la solución para el problema de la drogadicción, lo que muchas personas ignoran son las condiciones deplorables en las que viven quienes pagan, también deben cumplir tareas como vender algún producto en la calle, para garantizar su manutención. Los recursos que llegan a las fundaciones a veces son destinados para otras cosas diferentes a lo que realmente deberían ser, por esta razón, cuando alguna persona en rehabilitación ofrece un dulce en la calle, el cliente siente desconfianza porque no está seguro de a dónde va a parar el dinero recolectado y se cuestiona si vale la pena colaborarle al sujeto o no.

Allá aprendí que en esos centros de rehabilitación toda la plata era como ganancia, porque allá no tienen derecho a saludar a nadie en la calle, salir era restringido,

ellos cobraban la estadía y la alimentación, pero utilizan lo que se llamaba el rebusque, es decir, ir a pedir comida, lo que le regalan en las carnicerías, en las galerías, en las verdulerías, lo que se recibe es lo que se come; nos daban mucha bienestarina, carne, comida deficiente, el tratamiento era inhumano. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Pero paralelamente a la incidencia de estas instituciones en el trasegar de vida de los internos que albergan y pretenden rehabilitar, en el espacio físico de estas pseudo fundaciones o centros se generan una serie de relaciones sociales micro que dinamizan el paso de los consumidores por estos lugares. Una serie de reglas de convivencia y existir establecidas espontáneamente entre los internos que se adaptan y establecen unos principios de cómo coexistir, bien sea a través de la fuerza (uso de la violencia física) o del consenso partidario.

Allá es como una hermandad, donde usted hace muy buenas amistades, pero también hace enemigos, cuestiones de convivencia, pues uno allá duerme y pasa las 24 horas con los compañeros, eso hace que también se creen buenas relaciones; yo para eso he sido como muy bueno. Faro (Fundación Familiar para la Asistencia y Rehabilitación), me marcó completamente, les cogí odio y fastidio a los centros de rehabilitación; salí de ahí fugado, estuve en Armenia, en Filandia y en Medellín, en las tres me trasladaron por problemas internos, situaciones con compañeras, con mujeres, bueno, no por consumo interno porque ya no consumía allá adentro. Pero mientras estuve en un centro de rehabilitación yo nunca tuve la convicción de dejar de consumir, sino que pensaba “cuando salga, consumo”. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Así pues, de acuerdo con Nanni (2014), es posible que se hagan evidentes problemas de tipo sexual, familiar u otros, y los cuales se considera deben ser tratados una vez se abre la “caja de pandora”. Lo anterior, sustenta la idea de que la drogadicción trae consigo otra serie

de problemas, se ven afectadas las relaciones familiares, maritales y sociales en general. Cuando hago alusión a la “caja de pandora”, supongo una apertura a una serie de males que se liberan, creando todo tipo de estragos.

Un día fue a visitarme la que era mi pareja en Medellín y no me dejaron salir a verla. Estuvo en una reunión, las reuniones en Faro eran los jueves, ella fue a la reunión y no me dejaron ir al otro día a visitarla y me volé. El tema familiar se volvió complicado, entonces dicen: “¿Este qué quiere? Ya no quiere nada, que se defienda solo”. Pero, de todas formas, mi familia nunca me dio la espalda totalmente, porque hacía 1999 ya había estado por allá en el Putumayo trabajando como profesor. Tuve que venirme desde Mocoa hasta Medellín caminando porque la plata que me mandaron me la había gastado en una “plaza” (sinónimo coloquial de “olla”) en Mocoa. Mi familia me volvió a pagar otro centro de rehabilitación intermedio llamado La Luz, en Copacabana. Me llevó un hermano que vivía en Medellín, al principio tuve muchos problemas porque traía el consumo en un grado crónico y exacerbado, las primeras veces que me dejaron salir, recaí, pensé que me iban a echar, pero me “ajuicié”, tuve tratamiento de 23 meses, terminé el proceso “sucio”, me rehabilité supuestamente, pero sin haber tomado la decisión de dejar de consumir, pero vuelvo y recaigo, porque esa clínica, ese centro de rehabilitación yo lo describiría como una fábrica para hacer plata. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Según Open Society Foundations (2016), las experiencias revelan cómo muchas veces el uso de drogas es visto como un fracaso moral del consumidor, incapaz de integrarse a las normas sociales establecidas por los sectores hegemónicos como legítimas. Sin embargo, los relatos pueden describir una realidad de estos centros en cuanto a los abusos, y es que, paradójicamente, no contribuyen a un proceso de rehabilitación o

recuperación, sino que sus dinámicas internas propician situaciones como las recaídas y el recrudecimiento del problema físico y mental. Se basan en metodologías en desuso y rudimentarias, implementadas hace décadas en otros contextos, nunca actualizadas y ajustadas a los contextos socioculturales que se han venido presentando durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI.

Los gobiernos no previenen que esto ocurra, pues no se interesan por la necesidad de actualización de estos centros y su necesaria adaptación a elementos básicos de los entornos democráticos como los derechos humanos. La sensación que queda es que son ellos (los gobiernos y las élites), quienes necesitan una revisión de su moral.

Salir de la drogadicción no es algo fácil, y se hace aún más difícil si el medio en el que están los adictos propicia todo para que se recaiga en el consumo; estar en un centro de rehabilitación es algo parecido a estar en una cárcel, mientras en esta se pagan los crímenes, en aquella se busca curar una patología, pero las características generales son el encierro y la realización de actividades, que en teoría benefician a la sociedad y que, a su vez, mantenga ocupados a los internos.

La reincidencia en el consumo de basuco, según algunos expertos académicos de la Universidad de Caldas del semillero de Cultura y Droga (2019), obedece a patrones biológicos y psicológicos, que en los centros de rehabilitación tratan con el suministro de medicamentos (predominan los de origen psiquiátrico), para controlar la ansiedad y la frustración que provoca la privación y el encierro, causando en muchas ocasiones una drogodependencia a la medicación. En la mayoría de ocasiones, cuando el adicto sale de nuevo a las calles se encuentra con la oferta del basuco, es ahí cuando la dopamina se dispara y le hace reincidir.

Entonces, para mayor efectividad del plan para dejar el consumo, se llevan a cabo programas y proyectos que se puedan ejecutar en pro de mantener su tiempo ocupado en

actividades productivas que impliquen creatividad e innovación. En estos lugares el interno nunca está quieto, se debe levantar a las 6 a.m. para barrer, trapear, etc. Por lo que estar en la cama se convierte en un privilegio que puede pasar cada seis meses en un fin de semana libre, patrón recurrente en los centros de rehabilitación.

Definiría que la fundación La Luz aprovechaba las capacidades y las cualidades de los adictos. Yo pienso que era por demostrar que sí les importa la persona, pero les importa más lo que produce la persona. Uno allá se da cuenta que no hay ecuanimidad, el que paga más le hacen más largo el tratamiento para que pague más. Pero de todas formas ahí alcancé a llegar a ser como subdirector administrativo, después del director uno era el que rendía cuentas, entonces llegué a ese puesto más por buscar los privilegios, una buena alimentación, salir los fines de semana, tener una buena habitación, tener el mando, de pronto soy un poco como apegado a eso y dada mi facilidad para hablar y que soy profesional en la docencia, entonces no se me dificulta hablar en público y aprender cosas. Salí de ahí, y bueno, otra vez entre recaídas y “levantadas”, cada que conseguía un trabajo terminaba recayendo. Noté que las fundaciones ya no me ofrecían más y tampoco quería quedarme trabajando en ellas, hasta que en el 2013 como último recurso mi familia me ofreció una fundación muy humilde, muy pequeñita en Manizales, llamada Caminos de Libertad (CADELI). A los cuatro días de estar ahí, reflexiono y recuerdo todo el trasegar recorrido hasta ese momento, así que me pregunté ¿Vale la pena quedarme, si voy a seguir recayendo y pensando en consumir? En ese momento tomé la decisión realmente de dejar de hacerlo, yo sabía a qué me atenía. Debo reconocer que las políticas en cuanto a tratamientos de drogadictos habían cambiado, había más respeto y citando nuevamente el informe RIOD, desde el 2005 la OMS recomendaba tratamientos de calidad que visibilizaran el estigma y la creación de políticas en contra de este,

garantizando servicios de calidad. Decidí aprovechar la contención que hay cuando uno está de interno para superar las crisis de abstinencia que inevitablemente llegaban por no consumir. Preferí resistir y terminé un proceso limpio, estuve 9 meses ahí dictando conferencias, charlas, como parte de pago a la rehabilitación. Ahí sí, dejé de consumir y me mantengo hasta ahora limpio de consumo. No sé qué pasó, tal vez confluyeron algunos factores que incidieron, como la edad, la vejez y la enfermedad de mi madre. Por eso tomé la decisión de cambiar.

Hoy en día, por conversaciones o en medio de las propias reflexiones vuelve a mi cabeza la pregunta ¿Qué podría decir de estos centros de rehabilitación?, que son como una cárcel donde usted perfecciona su adicción, usted encuentra gente que es mucho mejor que usted y peor que usted, o sea, usted aprende lo que quiere aprender. Para mí fue realmente un lugar de aprendizaje donde pude conocer amigos, conocer gente de todas las ciudades de Colombia, que estoy seguro, que si me los vuelvo a encontrar los abrazaré; pero también conocí el teje maneje de estos lugares, sus manejos irregulares, me pareció horroroso tener que ver que habían ciertos centros donde tenía uno que dejarse manejar por una persona que había sido del Cartucho, sin ningún estudio. Esas personas, con todas sus pasiones y con todas sus debilidades tenían 100 o 200 personas a cargo, no era fácil. Y algo importante, aprendí a conocerme. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Durante las últimas cinco décadas en Colombia se han distribuido un sinnúmero de estos centros de atención y rehabilitación, muchos de ellos residenciales, otros ambulatorios, algunos de alta complejidad y unos pocos dedicados a servicios de toxicología, en su mayoría, son centros privados, la minoría, públicos. Estos tienen “una oferta a todas luces insuficiente para satisfacer la demanda” (Hernández, 2010, p. 161S). En los centros de rehabilitación muchas instalaciones son precarias, de mala calidad y se vive en condiciones

de hacinamiento, esto hace que el ambiente sea pesado, no apto para el aprendizaje y el mejoramiento. Además, carecen de personas capacitadas para dirigir estos centros que puedan orientar y ayudar a los internados a cambiar su estilo de vida de manera profunda y a través de la reflexión. Sin embargo, la rehabilitación no depende del lugar donde está internado el sujeto, sino de la voluntad que tenga para salir de las drogas y los métodos que utilice para alejarse de ellas.

En estas clínicas y centros, algunas historias y puntos de vista de compañeros internos me impactaron e inclusive las recordé en detalle muchos años después cuando estaba en una situación parecida; como aquellas relacionadas con el abandono de algunos residentes, que sin ningún motivo aparente abandonan el proceso y manifiestan su decisión de encaminar lo restante de su proyecto de vida a deambular y habitar las calles en pro del consumo de basuco y otras sustancias. Recuerdo fijamente uno de estos relatos de un compañero que decía “*me voy porque quiero vivir en la calle*” (Narración personal, diario de campo, 2017), quería serlo, en Bogotá, era un antioqueño de clase media alta y esa razón sonaba muy irreal o ilógica y como compartimos habitación mientras empacaba su maleta para abandonar le pregunté que porqué lo hacía:

Mire Daniel —me dijo—, uno en la calle no tiene que rendirle cuentas a nadie, todo lo que me consiga será para el basuco y lo puedo hacer en cualquier parte, además, yo soy muy bueno para el rebusque, tranquilo que no me va a pasar nada, solo quiero vivir esa experiencia, acá donde nadie me conoce, yo los vendré a visitar. (Narración personal, diario de campo, 2017)

Y sí, efectivamente días después pasó varias veces por el frente de la clínica, se acercaba arrastrando una chaza o carrito de balineras, llevando cartón y reciclaje, levantando la mano y silbando nos saludaba, aún recuerdo esa sonrisa en su rostro.

Lo volví a encontrar muchos años después, en una de las mayores *ollas* de Colombia, en lo que antes del llamado Bronx se conoció como La calle del Cartucho, muy desmejorado y desdentado ya, y conservaba algo de lucidez, nos fundimos en un fraternal abrazo. Nunca volví a saber de este amigo.

Recordaba esas explicaciones y las aceptaba, pero yo no era tan bueno para el rebusque y tampoco era ese mi rumbo. Y no solo fue él, fueron muchos los que por alrededor de 1986 tomaron ese rumbo, tantos, que solo queda me queda pensar que ese camino está definitivamente ligado al consumo de basuco.

Rápidamente y de forma empírica, diré que una clínica de reposo es aquel sitio en el cual las familias pudientes pagan por dejar a un familiar (malcriado), para que pase periodos de abstinencia más o menos largos, y dependiendo del costo se ofrecen comodidades y privilegios; allí no se tiene ninguna responsabilidad, aparte de la de no consumo, es como un muy buen hotel, y generalmente las normas no son tan severas como la de las comunidades terapéuticas y centros de rehabilitación. Pueden contar con ayudas psicológicas y psiquiátricas, para que estos periodos de abstinencia se pueden controlar con medicamentos, dependiendo del grado de compulsión de la adicción de cada usuario. Como ya lo he venido narrando, solo conocí el interior de un centro de reposo como estos y confieso que no tenía ni el perfil ni el estatus. Mi familia solo pudo pagar los primeros dos o tres meses y si estuve casi nueve meses fue por las funciones que me asignaron, y que desarrollaba a nombre de la institución en las entidades educativas de Bogotá.

Frente al tema de clínicas de reposo y centros de rehabilitación, creo que la regulación y los permisos legales requeridos para su funcionamiento en Colombia eran mínimos para esa época, pero, aun así, esta, sin exigir resultados frente al no consumo, contaba con instalaciones adecuadas y con el personal profesional requerido, contaba con psicólogos,

médico general, psiquiatra, trabajadores sociales, enfermeros, personal adecuado en la cocina y personal administrativo.

Más adelante conocí centros que no tenían ni la mitad del personal requerido, ni mucho menos, las instalaciones adecuadas. Y lo peor era que sin ningún fundamento científico, médico, psicológico o psiquiátrico, cualquier persona egresada de un centro de estos podía abrir en el garaje de su casa una fundación o centro de rehabilitación y medio copiaba o se inventaba las normas, lo mismo se hacía con el programa terapéutico, inclusive, llegué a estar en centros donde una madre lo fundaba y financiaba con el ánimo de salvar y recuperar a su hijo.

Muchos de esos centros les vendían a las familias la idea de que para uno estar y permanecer “limpio”, o sea sin consumir cualquier tipo de sustancia, debía estar cerca a uno de ellos, seguir asistiendo periódicamente a reuniones. Los encargados de la parte terapéutica muchas veces eran exadictos cuyo único mérito y logro era haber finalizado un proceso o tratamiento como usuario o residente.

Mi segunda institución fue una comunidad terapéutica, completamente diferente y opuesta a lo que es una clínica de reposo. La más traumática, severa e injusta. Aquí sí me quiero detener, ya que fue esta comunidad, porque ya no era una clínica de reposo sino una comunidad terapéutica, cosas bien distintas, desde donde se mire, las clínicas eran para gente de estrato cinco, en cambio las comunidades para personas de estrato uno o dos máximo.

Según la Federación Latinoamericana de Comunidades Terapéuticas (FLACT), el concepto nace con el Dr. Maxwell Jones, psiquiatra inglés, en las primeras décadas del siglo XX a partir de su trabajo con pacientes psiquiátricos crónicos de los hospitales ingleses de Belmont y Dingleton Tomando de Ottemberg su definición:

Una comunidad terapéutica es un ámbito libre de drogas en el que personas con problemas de adicción y otros problemas viven juntos de una manera organizada y

estructurada con el fin de promover el cambio y de hacer posible una vida libre de drogas en la sociedad real. La comunidad terapéutica forma una micro-sociedad en la cual, los residentes y el equipo, en el rol de facilitadores, asumen diferentes funciones y se asimilen a reglas claras, diseñadas para promover el proceso de transición de los residentes. (Equipo de expertos, Universidad Internacional de Valencia, 2016)

FARO, es el nombre de la comunidad terapéutica a la cual me ingresó mi familia en Armenia, no recuerdo bien en qué año, pero fue a principios o mediados de la década de los 90, realmente me encontraba en una situación dramática por el alto grado de apego al basuco y los problemas que esto acarrea, problemas en todos los sentidos.

Como castigo por no haber superado mi adicción, por desaprovechar esas magníficas ofertas laborales que irresponsablemente abandonaba después de haberlas obtenido gracias a concursos públicos de mérito, por no haber dejado ni olvidado mi pasado, por continuar con mi pareja y, sobre todo, por no querer ver a uno de sus integrantes en la calle como un indigente, mi familia de mala gana ofrece esta única salida, FARO, que no solo era humilde, era lo peor, lo más económico, yo (mi familia) era el que cancelaba la mensualidad más alta, pero que no alcanzaba a ser ni la décima parte de lo que se cancelaba en Villa 21, por lo tanto, la comida y sus instalaciones eran deplorables, casas viejas y abandonadas, sin camas, colchones en el piso. La comida, por su parte, se limitaba al famoso carne, sustituto proteico que me negué a consumir y que nos lo daban a diario en casi todas las preparaciones y las otras igual de famosas “coladas de bienestarina” que eran entregadas junto con un par de galletas por la tarde, eran cotidianas y esperadas por los usuarios como un manjar, su prohibición era usada como castigo, que podía ser individual o grupal, fuera de eso, uno no podía ingerir ningún otro alimento.

Allí, uno perdía casi todos los derechos, le retenían la cédula, se estaba completamente incomunicado y asistir a las terapias era obligatorio, como lo era el baño, la

afeitada, los quehaceres domésticos y servirles a los directivos como si fueran amos. Todos los días a algunos usuarios los dejaban salir a rebuscar alimentos en las plazas mayoristas o galerías y/o a vender algo que se fabricara en la comunidad. Ya en la calle uno estaba supervigilado y no podía hablar con nadie, ni familiares ni amigos si los encontraba y menos recibir comida o dinero. En estas comunidades hay como un derrotero que se llama “El diario vivir”, donde se describen las actividades con sus horarios a realizarse durante la jornada. Es de estricto cumplimiento y está bajo la supervisión de usuarios que están procesos más adelantados. Acá se iniciaba a las 5:00 a.m. y se terminaba a las 9:00 p.m. Es bueno aclarar que no se permitían las siestas o el recostarse, la cama era un privilegio. Válido para las fundaciones también.

Muchos de los usuarios de FARO tenían deudas con la justicia, que se permitía pagarse en comunidad, es decir ahí, con nosotros y no eran delitos menores, ya que compartí, e incluso, hice buena amistad con el hijo de la gerente de Colanta, Antioquia, quien había asesinado a un amigo de barrio. Lo recuerdo bien porque cuando decidí abandonar la comunidad, unos ocho meses después de haber ingresado, en Medellín, habiendo pasado antes por el municipio de Filandia, Quindío, este me obsequio un jean, Levis, negro, uno de los más finos que he tenido. También lo recuerdo porque cuando su mamá lo visitaba le llevaba arequipe a hurtadillas y él para compartir me lo dejaba escondido en el tanque del baño. Abandoné FARO en Medellín, donde había sido trasladado, porque mi pareja había ido desde Armenia a visitarme y no me dieron permiso para salir con ella al otro día, se involucraban hasta con su vida sexual y la restringían. Después de este abandono sí que se deterioró mi relación familiar.

Tenaz fue mi paso por FARO, amigos de Armenia se aterraban al saber que yo había soportado hasta ocho meses allá y no solo en su sede de Armenia, pase por Filandia y por Medellín y como siempre, haciendo amistades y conociendo gente. Pude encontrar en FARO

a personas de mi clase, e incluso, de clase más alta, pero que se habían desviado hasta delinquir y estar pagando una pena y otros que, como yo, estábamos completamente entregados al basuco, pero la constante sí era gente de muy baja calaña.

El tercer centro o sitio de reclusión “voluntario” fue en Antioquia, en Copacabana. Ya tenían un propósito y un nombre apropiado para ocultar sus verdaderas intenciones, se hacían llamar FUNDACIONES.

Cuando llegué a Medellín me recogió un hermano en la Terminal del Sur y casi sin pronunciar palabra, me llevó y me dejó en la fundación La Luz, de Copacabana, Antioquia. Esta fundación era como un punto intermedio entre Villa 21 y FARO. Regular. Esa sede funcionaba en unas fincas o chalets de “El arete”, un sicario de Pablo Escobar y que la dirección de estupefacientes los daba en comodato a las fundaciones. También estuve en otra sede de la misma fundación en El Poblado, por San Lucas, en la casa que utilizaba la mamá del mismo narcotraficante.

Esta fundación, muy famosa, llegó a tener sede en Miami y por ella vi pasar como usuarios a muchos personajes de la farándula, el deporte y de nuestra historia, de nuestra cotidianidad, como para no olvidar que el basuco no era solo de los estratos 1 y 2 que no podían costearse un tratamiento allí.

La Luz era para mí una fábrica de hacer dinero y si haciéndolo alguien salía del infierno de las drogas como ellos lo llamaban, bienvenido, lo sabían aprovechar y mostrar. Pasé mucho tiempo allí, la primera vez fueron 23 meses y me reeduqué, como si ya no fuera un poco educado, sin dejar de consumir. No fue difícil para mí soportar esas terapias degradantes y violentas, pues había pasado por FARO que era más degradante, violento y opresivo, además venía de vivir prácticamente en la calle.

Muy recuperado físicamente, estuve más o menos controlado unos dos o tres años, pero sin dejar de consumir totalmente. Tuve una recaída brusca, y vuelve y juega, mi

decepcionada e incrédula familia, asume los costos y demás apoyos exigidos para volver a ingresar a La Luz.

Ya se sabía de los abusos y maltratos ocurridos en estos sitios, entonces los procesos eran más suaves, sin ser totalmente transparentes y respetuosos. Digamos que eran acomodados. Seguían haciendo más dinero, más sedes y más residentes, reflejo de lo generalizado del consumo a nivel nacional, sobre todo, en la clase media, la que podía asumir los costos que también se acomodaban, había otras formas de entrar dinero, casi siempre utilizándonos.

La sede de La Luz en El Poblado era hermosa, una gran casa campestre con lago, piscina y cancha de fútbol. Y con hasta 200 residentes de ambos géneros, de toda Colombia, en este proceso ascendí hasta subdirector administrativo del hogar. Parece que tengo buenas capacidades para dirigir o administrar, pues solo buscando mejores condiciones y ¿por qué no?, poder, subí hasta el punto de solo rendirle cuentas al director. Fue duro y me exigía bastante. El hecho de ser profesional también me ayudó.

Era tan grande y poderosa La Luz, que se comentaba que el dueño-director podía, si quisiera, ser senador de la República, o en su defecto, ayudar a otro a serlo. Tal era la cantidad de personas que atendían por problemas de adicciones. Muchos de ellos eran adictos al basuco, lástima que no se manejaran estadísticas o al menos no para el público.

No creí mucho en la honestidad de estas instituciones y más bien las veía como un negocio, pero curiosamente terminaba ligado a ellas. Tampoco fui verdaderamente honesto con los procesos que hice.

Utilizando las buenas relaciones que obtenía al ser el encargado del hogar del Poblado de La Luz, en Medellín, y aprovechando que tenía medio controlada esa infernal espiral del consumo, logré conseguir un buen trabajo en la empresa de telefonía celular Claro, antes llamada COMCEL y después de seis meses tuve que trasladarme para Pereira. Pero viviendo

cerca de Armenia y eventualmente viviendo de nuevo en el Quindío, no tardé mucho en retomar mi relación con mi expareja y volver a las andanzas de antes, fue como hacerle reingeniería a mi adicción y de nuevo al inframundo. Logré mantenerme más o menos a flote durante unos tres años y nuevamente por irresponsable, solo por llegar tarde a trabajar, me declararon insubsistente en COMCEL.

Para la época que estuve en dichos procesos, la última vez hace aproximadamente 10 años, no se concebían las recaídas, o sea volver a consumir dentro o después de terminados los procesos, hoy eso está establecido como algo normal. Recuerdo las caras y escenas de las familias, incluida la mía cuando uno recaía en el proceso o peor aun, cuando ya había salido reeducado, porque cuando uno abandonaba un proceso era como una maldición, le auguraban un negro porvenir con recaída incluida.

Para cuando estuve en esos centros se empleaban distintos verbos para caracterizar a una persona consumidora de basuco, en mi caso, que deja de consumir: REEDUCAR, RESIGNIFICAR, REHABILITAR y, de pronto otros que no recuerdo bien. De acuerdo al enfoque terapéutico se utilizaba el término y era defendido a capa y espada por sus directivas, pero a su vez, era denigrado al no ser utilizado por ellos. Es decir, si uno cumplía con todo el proceso establecido se REEDUCABA y le otorgaban un certificado como en cualquier graduación, haciendo énfasis en que este era el más importante que podría existir, no solo para el ex adicto sino también para su familia.

Para uno como adicto, todos estos nombres resultan familiares, aunque la mayoría suele confundirlos y pensar que significan lo mismo, ya que hay varios puntos neurálgicos en ellos como son la abstención o no consumo de SPA y el encierro o aislamiento “voluntario”, buscando por varios caminos la rehabilitación de nosotros, los adictos, los desviados.

En mi largo trasegar con el consumo de basuco y a partir de mediados de los 80 tuve una larga y estrecha relación con estas instituciones y sí me es clara su diferencia, porque

tuve la oportunidad de conocer y pasar días, meses y hasta años en ellas, unas veces, la mayoría ingresando como usuario, paciente o residente, yo lo llamaría más bien como cliente, pues mi familia siempre debió cancelar un valor preestablecido por lo que ellos denominaban “tratamiento” y otras, eximiendo a mi familia de hacerlo pero pagando con mi trabajo desempeñado en ellas y acordado a cambio de mi estadía allí. Nunca gratis, aunque debo reconocer que, en casi todas sí hubo tratamientos obsequiados a algunos residentes.

Con el paso del tiempo, estas instituciones desaparecieron o cambiaron de nombre y/o razón social derivando la mayoría de veces en fundaciones sin ánimo de lucro.

Lo que sí recuerdo claramente fue una época, alrededor del año 2000, en el que estas instituciones proliferaron, apareciendo en cualquier garaje o casa vieja creada por ex adictos recuperados, que no contaban con control por parte del Estado y se prestaba para todo tipo de abusos.

Siempre mi experiencia en esos sitios siempre fue traumática y debo decir que las veces que ingresé fui muy hipócrita porque fingí necesitar y buscar ayuda, pero la verdad era que los usaba como un “escampadero” a la situación que realmente estaba viviendo.

El ingresar allí representaba no solo dejar de consumir sino aislarse de los amigos, pareja y peor, perder todo tipo de libertades y todo poder de decisión. Todo esto sin haber cometido un crimen. Pero había algo que me impacta más, y es el tener que pagar por eso.

Yo siempre sentí que un ser humano tiene derecho a consumir lo que quisiera si al hacerlo no le hacía daño a los demás, tal como la hice la mayoría de veces y, por supuesto, sin cometer delito alguno. ¡Qué resentimiento tan grande se desarrolla en esos sitios!

Años más tarde, mi familia nuevamente y por enésima vez me brinda la oportunidad de ingresar a una fundación, esta vez, llevaba tiempo viviendo en Manizales.

Y fue acá, en una pequeña fundación, Caminos de Libertad (CADELI), donde por primera vez tomé la decisión de dejar de consumir, cansado y viejo ya.

Y varios años después, veo tan lejos a ese Daniel que casi con un costal al hombro recorría las calles en busca de algo de valor o al encuentro con un amigo o conocido que le proporcionara dinero para adquirir la sustancia. Me veo grande, con un cúmulo de experiencias relacionadas con la calle y con el consumo; saberes aprendidos que pocos conocen o tiene la oportunidad de vivir, con la cabeza erguida a pesar de haber llevado el estigma de basuquero por más de treinta años, y tras haber cambiado un mundo digno e ideal impuesto por la sociedad por otro diferente, cercano al inframundo, conocido por pocos, y si bien me hice daño y de pronto lo hice a otros, hubo a lo largo de todos esos años cosas buenas en medio de ese consumo frenético, como el vivir ese otro mundo paralelo al común con sus protagonistas, incluyéndome. Existencia que no es fácil de llevar y, sobre todo, llevarla sin dejar de ser persona, parte de una familia y de una sociedad.

7. Conclusiones

- Esta historia de vida sobre el consumo de basuco es parte de una lucha contra los prejuicios sociales y la persecución judicial causada por imposiciones políticas, la mayoría provenientes de disposiciones internacionales, que profundiza el debate en torno a la relación de las personas (ciudadanos) con la cocaína y su derivado (el basuco), encontrando referentes históricos y culturales que permiten entender que “La lucha contra las drogas” y la estigmatización no son el enfoque adecuado, pues si bien el basuco es poderosamente adictivo, existen otras sustancias social y políticamente aceptadas que afectan de manera similar al consumidor sin ser tan perseguidas y estigmatizadas.
- En ese sentido, los gobiernos necesitan políticas y planes más prácticos y efectivos para garantizarles a los pacientes una recuperación más efectiva en el largo plazo, ajustada a cada contexto y situación poblacional. Los pacientes aún dentro del centro de rehabilitación siguen experimentando situaciones relacionadas con el uso de las drogas. Es evidente que la dinámica no debería ser así, hay que implementar proyectos que mantengan radicalmente regulado al paciente con las sustancias.
- El señalamiento negativo de la sociedad, la institucionalidad, la familia y las comunidades terapéuticas, es decir, el estigma social van haciendo mella, llevando al consumidor de basuco a autoestigmatizarse, pero recuerdo que cuando mi consumo se volvió crónico, luchaba internamente por evitarlo, e incluso le decía a mis pares consumidores que de nada servía hacerlo, sabiendo en el fondo que este rechazo social tenía razón de ser, ya que la estigmatización es una consecuencia problemática del consumo.
- Los centros de rehabilitación no diferencian las drogas a la hora de aplicar planes en el proceso, no hay un centro de rehabilitación único para basuco, pues fueron

diseñados para alcohólicos y clínicas psiquiátricas de alcohólicos que se transformaron en comunidades terapéuticas, y a partir del año 1930 en teoterapéuticas.

- Los centros de rehabilitación desde mi experiencia deben replantearse, ya que no diferencian sustancias y consumidores, deshumanizan e irrespetan al consumidor, utilizando una pedagogía conductista basada en el castigo y la recompensa a través de una clara jerarquía vertical que somete a unos frente a otros.
- La historia de vida sobre consumo de basuco de Daniel (sujeto de estudio-investigador al mismo tiempo) es inusual, ya que, como consumidor, a lo largo de 33 años, pasó por todas las etapas del proceso adictivo, cuidándose de no cometer un delito para satisfacer su necesidad de consumo y manteniendo una reflexión profunda para no sentirse culpable ni autocondpadecerse.
- A través de la historia de vida de Daniel se puede entender claramente que a pesar de la política de persecución judicial, la estigmatización social y los riesgos en seguridad y salud pública, siguen existiendo “las ollas”, sitios donde se adquiere y/o se puede consumir la sustancia. Estos son espacios que se mantienen y se adaptan para satisfacer las necesidades de oferta y demanda, que evidencian la evolución cultural del consumo desde sus inicios con el *calillo* hasta la “pipa” actual. Desde el análisis, la permanencia histórica de estos no lugares deja la sensación investigativa de que las estructuras y relaciones que allí perviven deben estar ajustadas al andamiaje social legítimo, alguna conexión debe existir entre los expendios de sustancias ilegales y las instancias relacionadas con la seguridad, la justicia y la economía. Las influencias culturales del consumo de drogas ilegales, en sus dos caras la oferta (el narcotráfico) y la demanda (el consumo), se ha constituido en insumo de innumerables investigaciones.

8. Bibliografía

- Abeldaño, R., Gallo, V., Burrone, M., & Fernández, A. (2016). Estigma internalizado en consumidores de drogas en Córdoba, Argentina. *Acta De Investigación Psicológica* 6, 2404–2411. <https://doi.org/10.1016/j.aippr.2016.06.003>
- Acevedo-Holguín, B. (2003). La política colombiana de drogas. En la nave de los locos. Un análisis desde la construcción social del problema de las drogas. *MamaCoca*.
http://www.mamacoca.org/FSMT_sept_2003/es/doc/acevedo_politica_colombiana_es.htm
- Acevedo-Holguín, B. (2005). La investigación contemporánea en política de drogas una propuesta post-estructuralista. *Revista Cultura y Droga*, (12), 61-76.
<http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/downloads/Nro%2012..pdf#page=61>
- Amador-Albadán, V. (2019). *Prácticas, consumo y política de reducción de riesgos y daños del consumo de sustancias psicoactivas: una aproximación desde personas que se inyectan drogas* [Tesis de pregrado]. Universidad Externado de Colombia, Bogotá. Colombia. https://bdigital.uexternado.edu.co/bitstream/handle/001/3361/DBA-spa-2019-Practicas_consumo_y_politica_de_reduccion_de_riesgos_y_danos_del_consumo_de_sustancias psicoactivas?sequence=1&isAllowed=y
- Antón, D. (2006). El concepto “drogas”: desinformación en sociedades consumidoras periféricas. *Revista Cultura y Droga*, (13), 121-144.
http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/downloads/Culturaydroga13_07.pdf
- Augé, M. (2017). *Los no lugares, espacios del anonimato espacios del anonimato*. Gedisa Editorial.
- Berbesi-Fernández, D. Y., Segura-Cardona, Á., Montoya-Vélez, L. y Hernández-Rendón, M. (2016). Consumo de basuco en usuarios de drogas inyectables en Colombia. *Revista*

Cubana de Salud Pública, 42(2), 276-283.

http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-34662016000200010&lng=es&tlng=es

Camacho-Guizado, A. (1988). *Droga y sociedad en Colombia: el poder y el estigma*. CIDSE, Universidad del Valle.

Calduch, R. (1991). *Relaciones Internacionales*. Ediciones Ciencias Sociales.

<https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-55159/lib1cap6.pdf>

Cassirer, E. (1987). *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica.

Castellanos, J. M. y Espinosa, G. (2013). Revisión de las tendencias de investigación sobre consumo de sustancias ilegales por los jóvenes. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 15(2), 57-71. [http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15\(2\)_3.pdf](http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15(2)_3.pdf)

Congreso de la República de Colombia, Ley 30 de 1986 (31 de enero), Por la cual se adopta el Estatuto Nacional de Estupefacientes y se dictan otras disposiciones. *Diario Oficial* n.º 44169.

<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=2774>

Congreso de la República de Colombia, Ley 745 de 2002 (19 de julio), Por la cual se tipifica como contravención el consumo y porte de dosis personal de estupefacientes o sustancias que produzcan dependencia, con peligro para los menores de edad y la familia. *Diario Oficial* n.º 44872. [http://www.suin-](http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1667717)

[juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1667717](http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1667717)

Congreso de la República de Colombia, Ley 1153 de 2007 (31 de julio). Declarada INEXEQUIBLE por la Corte Constitucional mediante Sentencia C-879 de 2008. Por medio de la cual se establece el tratamiento de las pequeñas causas en materia penal. *Diario Oficial* n.º 46706.

<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=26014>

- Consejo Interamericano Sobre Espiritualidad Indígena (CISEI). (2016). (9 de agosto de 2016). La coca es una planta espiritual de paz y no de guerra. *Ciseiweb*.
<https://ciseiweb.wordpress.com/page/155/?q=CONVITES-disque-31-3271-5612&qq=31186&p=Artesanato>
- Cubero-Pérez, R. (2005). Elementos básicos para un constructivismo social. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 23(1), 43-61.
<https://revistas.urosario.edu.co/index.php/apl/article/view/1240/1106>
- Child, J. y Arango, M. (1987). *Narcotráfico imperio de la cocaína*. Bogotá: Edivisión Compañía Editorial.
- Derrida, J. (1995). Retóricas de la droga. *Revista Colombiana de Psicología*, (4), 33-44.
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/15898>
- Díez, F. (2010). *Conceptos Generales y Glosario Sobre Religión y Religiones*.
- Duque-Parra, J. E. (2006). Una aproximación filogenética para la comprensión del uso de drogas por el homo sapiens homo sapiens. *Revista Cultura y Droga*, (13), 23-38.
<http://190.15.17.25/culturaydroga/downloads/Nro%2013..pdf>
- Échele Cabeza. (8 de enero de 2018). Bazuco (Basura sucia de coca) Carrito, Bicha, Susto. *Échele cabeza*. <https://www.echelecabeza.com/bazuco/>
- Equipo de Expertos, Universidad Internacional de Valencia. (5 de noviembre de 2016). Qué es una comunidad terapéutica y qué características tiene. *Universidad de Valencia*.
<https://www.universidadviu.com/es/actualidad/nuestros-expertos/que-es-una-comunidad-terapeutica-y-que-caracteristicas-tiene>
- Escohotado, A. (1998). *Historia General de las Drogas*. Alianza Editorial.
- Fericgla, J. M. (2000). El arduo problema de la terminología. *Revista Cultura y Droga*, (5), 3-19. http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/downloads/Culturaydroga5_02.pdf

- Fuster-Guillen, D. E. (2019). Investigación cualitativa: Método fenomenológico hermenéutico. *Propósitos y Representaciones*. 7(1), 201-229.
<http://www.scielo.org.pe/pdf/pyr/v7n1/a10v7n1.pdf>
- Gaspard, J. L. y Rivera, S. M. (2016). Drogadicción y aislamiento social. Reflexiones sobre la atención a drogadictos en Francia y Colombia. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 34(2), 315-338.
<http://www.scielo.org.co/pdf/apl/v34n2/v34n2a08.pdf>
- Gómez, E. (2007). *Introducción a La Antropología Social y Cultural*.
https://ocw.unican.es/pluginfile.php/2206/mod_resource/content/1/Tema2-antropologia.pdf
- Gómez-Pérez, A. y Mejía-Trujillo, J. (2015). La prevención del consumo de drogas y alcohol en Colombia. En A. Gómez Pérez, J. Mejía Trujillo, E. Becoña Iglesias, A. Gómez Pérez, J. Mejía Trujillo y E. Becoña Iglesias (eds.), *De la prevención y otras historias. Historia y evolución de la prevención del consumo de alcohol y drogas en América Latina y en Europa* (pp. 69-86). California Edit.
- Gorriarán, R. (28 de abril de 1986). Basuco, la droga de moda de los ejecutivos en Colombia. *El País*. https://elpais.com/diario/1986/04/29/sociedad/515109610_850215.html
- Hernández, D. (2010). Tratamiento de adicciones en Colombia. *Revista Colombia de Psiquiatría*, 39, 153S-170S. <http://www.scielo.org.co/pdf/rcp/v39s1/v39s1a11.pdf>
- Junta Nacional de Drogas de la Presidencia de la República del Uruguay. (2016). *Políticas de drogas y derechos humanos: Nueva perspectiva. Documentos y textos para acompañar la reflexión*.
<https://oei.int/downloads/blobs/eyJfcmlFpbHMlOnsibWVzc2FnZSI6IkJBaHBBb1VxIiwZlXhwIjpudWxsLCJwdXIiOiJibG9iX2lkIn19-->

[5480483ea376a748bddc45c696ad4205d3127754/Poli%CC%81ticas_de_drogas_y_Derechos_Humanos-nueva_perspectiva.pdf](https://www.semana.com/nacion/articulo/historia-del-bazuco-en-bogota/518889/)

La droga del diablo: 40 años en las calles y sigue siendo un enigma. (17 de marzo de 2017).

[Reportaje]. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/historia-del-bazuco-en-bogota/518889/>

La Silla Vacía. (5 de marzo de 2012). La Silla Vacía: Breve historia de la criminalización de

las drogas. *Plaza Pública*. <https://www.plazapublica.com.gt/content/la-silla-vacia-breve-historia-de-la-criminalizacion-de-las-drogas>

López-Restrepo, A. (2016). *Remedios nocivos. Los orígenes de la política colombiana contra las drogas*. Penguin Random House.

Malpica, K. (2003). ¿Qué es y cómo actúa una droga psicoactiva?. *Revista Cultura y Droga*,

10, 281-295. <http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/downloads/Nro.%2010.pdf>

Marulanda, L. F. (2013). La liminalidad de las ‘ollas’: relaciones entre la ilegalidad y la

legalidad en el mercado de drogas ilícitas de la ciudad de Pereira. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 15(2), 73-100.

[http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15\(2\)_4.pdf](http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15(2)_4.pdf)

Mazzotti, P. (2010). Las drogas, sus implicaciones culturales, políticas y económicas.

Jornades de Foment de la Investigació, Universitat Jaume-I.

http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/80231/forum_1999_24.pdf?sequence=1

Mejía, M. R. (2004). la sistematización como proceso investigativo o la búsqueda de la

episteme de las prácticas. *Sistematización de Experiencias -Propuestas y Debates*.

Encuentro de Sistematización de Experiencias, 12 y 13 de marzo de 2003 [Memoria de evento]. Bogotá. Dimensión Educativa.

<http://centroderecursos.alboan.org/ebooks/0000/0416/Aportes57.pdf>

- Meneses, M. (2016). El agravio moral como resorte de la acción colectiva. *Revista de Estudios Sociales*, (57), 43-51. <http://www.scielo.org.co/pdf/res/n57/n57a04.pdf>
- Ministerio de Justicia y del Derecho, Observatorio de Drogas de Colombia, Ministerio de Educación Nacional y Ministerio de Salud y Protección Social. (2016). *Estudio Nacional de consumo de sustancias psicoactivas en población escolar - Colombia 2016*.
http://www.odc.gov.co/Portals/1/publicaciones/pdf/consumo/estudios/nacionales/COO3142016_estudio_consumo_escolares_2016.pdf
- Moreno, C. y Zapata, L. (2013). Etnografía de prácticas delictivas y consumo de sustancias psicoactivas ilícitas entre jóvenes infractores de la ciudad de Manizales. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 15(2), 15-55. [http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15\(2\)_2.pdf](http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15(2)_2.pdf)
- Nanni, R. I. (2014). Tratamientos de los trastornos adictivos. *Revista Ciencia*, 65(1), 78-89
https://www.revistaciencia.amc.edu.mx/images/revista/65_1/PDF/Tratamientos.pdf
- Observatorio de drogas de Colombia (ODC). (2013). *Estudio Nacional de Consumo de Sustancias Psicoactivas en Colombia 2013*. Informe final.
https://www.unodc.org/documents/colombia/2014/Julio/Estudio_de_Consumo_UNO_DC.pdf
- Observatorio de Drogas de Colombia (ODC). (2015). *Reporte de Drogas de Colombia, 2015*. Bogotá: Minjusticia. http://www.odc.gov.co/Portals/1/publicaciones/pdf/odc-libro-blanco/OD0100311215_reporte_de_drogas_de_colombia.pdf
- Observatorio de Drogas de Colombia (ODC). (2017). *Reporte de Drogas de Colombia, 2017*. Bogotá: Minjusticia. http://www.odc.gov.co/Portals/1/publicaciones/pdf/odc-libro-blanco/reportes_drogas_colombia_2017.pdf

- Observatorio de Drogas de Colombia (ODC). (s.f.). *Situación del consumo de drogas en Colombia*. Bogotá: Minjusticia. <https://www.minjusticia.gov.co/programas-co/ODC/Paginas/Situaci%C3%B3n-consumo.aspx>
- Open Society Foundations. (2016). Ni socorro, ni salud: Abusos en vez de rehabilitación para usuarios de drogas en América latina y el Caribe. *Open Society Foundations*, <https://www.opensocietyfoundations.org/uploads/5bda2aff-6714-45d3-961d-763ad4b2a4d6/no-health-no-help-es-21060403.pdf>
- Pasos-Abadía, L. (2018). *Sembrando Conciencia*. Editorial Kolina.
- Poe, E. A. (2018). *Narraciones Extraordinarias*. Olmak Trade.
- Pereira de Queiroz, M. I.(1991). Relatos orais: do 'indizível' ao 'dizível'. En M. I. Pereira de Queiroz (ed.), *Variações sobre a técnica do gravador no registro da informação viva* (pp. 1-2). T. A. Queiroz.
- Pérez-Barrera, S. (2004). Reseña de Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad de Marc Augé. *PASOS Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 2(1), 149-153.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88120113>
- Red iberoamericana de Ongs que trabajan en drogodependencias (RIOD). (2019). *Estigma, Consumo de Drogas y Adicciones. Conceptos, implicaciones y recomendaciones*.
<https://riod.org/wp-content/uploads/2019/06/ESTIGMA-CONSUMO-DE-DROGAS-Y-ADICCIONES.pdf>
- Romero-Miranda, A. (2013). Consumo de drogas: del metarrelato a la drogomaterialidad. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 15(2),137-156.
[http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15\(2\)_6.pdf](http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes15(2)_6.pdf)

- Ronderos-Valderrama, J. (2000). Prácticas socioculturales sobre el uso de drogas en Manizales. *Cultura y Droga*, 5(5), 33-52.
http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/downloads/Culturaydroga5_04.pdf
- Ronderos-Valderrama, J. y Segundo-Tercero, I. (2002). Identidades, cultura y contracultura: Las Drogas y Lucifer. *Revista Cultura y Droga*, 7(8-9), 233-269.
http://culturaydroga.ucaldas.edu.co/downloads/Culturaydroga8-9_03.pdf
- Sabogal-Carmona, J. S. y Urrego-Novoa, J. R. (2012). Composición química de muestras de bazuco incautado en Colombia primer semestre de 2010. *Revista Salud Pública*, 14(6), 1010-1021. <http://www.scielo.org.co/pdf/rsap/v14n6/v14n6a11.pdf>
- Salazar-Medina, M. (2009). Historia de vida de “Luis Carlos” Drogas –una visión socioeducativa–. *Revista Cultura y Droga*, 14(16), 13-31.
[http://culturaydroga.ucaldas.edu.co/downloads/Culturaydroga14\(16\)_1.pdf](http://culturaydroga.ucaldas.edu.co/downloads/Culturaydroga14(16)_1.pdf)
- Samorini, G. (2003). La scienza delle droghe. *Revista Cultura y Droga*, (10), 127-130.
http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/downloads/Culturaydroga10_07.pdf
- Samorini, G. (2016). Las fechas más antiguas de la relación humana con las drogas. *Revista Cultura y Droga*, 21(23), 91-113.
<https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/culturaydroga/article/view/3228>
- Schaff, A. (1982). *Historia y verdad*. (I. Vidal Sanfeliu, Trad.). Grijalbo.
- Schnitman, L. (1987). *Crack, Droga, Adicción y Cultura*. Catálogo científico, Ltda.
- Schultes, R. E., Hofmann, A, y Rátsch, C. (2000). *Plantas de los Dioses: Las fuerzas mágicas de las plantas alucinógenas*. Fondo de Cultura Económica.
- Sola-Morales, S. (2017). Fundamentos de la literatura egotista: los relatos del yo. *Escritos*, 25(55), 485-512. <http://www.scielo.org.co/pdf/esupb/v25n55/0120-1263-esupb-25-55-00485.pdf>

- Soria-Rodríguez, G. (2006). *Sistemas cannabinoide y purinérgico: posibles sustratos neurobiológicos de la drogadicción* [Tesis de doctorado]. Universitat Pompeu Fabra, Barcelona. España.
- Tello, F. (2011). Las esferas de reconocimiento en la teoría de Axel Honneth. *Revista de Sociología*, (26). <http://dx.doi.org/10.5354/0719-529X.2011.27487>
- Veras, E. (2010). Historia de vida: ¿un método para las ciencias sociales?. *Cinta de Moebio*, (39), 142-152.
<https://enfoqueseducacionales.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/11066/11324>
- Wallerstein, I. (2005). Las incertidumbres del saber. En I. Wallerstein (ed.), *La antropología, la sociología y otras disciplinas dudosas* (pp. 141-158). Gedisa.

Anexos

Datos acerca del investigador

Oriundo de la ciudad de Armenia, Quindío, se graduó como licenciado en las áreas de biología y química de la universidad del Quindío en agosto de 1983, proveniente de un hogar de clase media con fuertes inclinaciones y principios religiosos que nunca calaron en su espíritu contestatario y científico. Docente frustrado en sus inicios, pues su sueño era estudiar medicina, lo cual no pudo concretar por la incapacidad económica de su familia al no contar, para la época, la universidad local con ese programa y por tener dos hermanos mayores adelantando estudios superiores en universidades de ciudades diferentes.

Estudiante con buen rendimiento académico, gana concurso como catedrático de la misma universidad una vez graduado como licenciado, y es pionero en las tutorías de Educación a Distancia de la misma universidad.

Su brillante carrera como docente a nivel universitario se ve truncada por un acontecimiento relacionado con posesión de basuco, lo cual, para la época de 1985, fue fuertemente penalizado por la ley y por la doble moral de la sociedad frente al consumo de esta sustancia, que para esos días ya empezaba a ser estigmatizada por todos como la peor droga.

Dicho acontecimiento impactó definitivamente no solo la vida del investigador sino también la de su familia y la relación entre ambos. Para su familia, ejemplo de moral y buenas costumbres, tener un adicto entre los suyos resultó demoledor y desconcertante, hecho que, sumado a un desconocimiento total acerca del tema de las drogas y de las adicciones, hizo que se tomaran decisiones apresuradas de manera unilateral y que, a pesar de sus buenas intenciones, no fueron las mejores, dando lugar a malos entendidos y resentimientos, que fueron aprovechados por el consumidor-investigador para manipularlos, así, que en lugar de obtener los resultados favorables, por ellos esperados, permitieron perpetuar la situación de

apego a esta sustancia, estado que se prolongó por más de treinta años y que será el principal motivo de este trabajo: *Retrato de un consumidor inusual de basuco. Investigación desde adentro de la espiral.*

Para el investigador, quien para esa época llevaba una doble vida y se presentaba ante su familia y mayoría de personas no consumidoras como tal, desde finales de la década de los 70 había conocido esta sustancia en los entornos bohemios del alma máter, sustancia que disfrutaba solo con un entorno íntimo y por la que, desde un principio, tuvo singular apego, inclinación que no se presentaba con otras sustancias legales o ilegales, como el alcohol, tabaco o cannabis. Más adelante, reconocería que eran las primeras etapas del proceso adictivo, convirtiéndose en un digno representante de esta anómala situación personal.

Por la procedencia, por su estudio, porque no se sentía delincuente y lo respeto, porque a pesar de estar en ese mundo más de treinta años no pensó en quedarse ahí, por esa madre y hermanas que no desfallecieron y porque en el fondo sabía que ese no era su sitio, Daniel decidió cambiar su vida a los 53 años de edad, tomó una decisión radical, influenciada por un incidente con un agente de policía que cuestionó su consumo a esta edad madura, la edad y estado de salud de su progenitora, pero sobre todo, quería volver a tener todo lo que había perdido (un plato de comida caliente y digna, una cama cálida, limpia y blanda, una familia y amigos), lo que anhelaba era tener una opción diferente a la de fumarse un pipazo. Daniel dio un giro desde el no lugar para volver a su lugar y a esa vida anterior al consumo que se prolongó por media vida.

Hoy orgullosamente retomó su labor como docente, en un pueblo tranquilo y lejano, donde hace parte de la sociedad, como un ex consumidor que no oculta su pasado y es consciente de la importancia de este para ser el Daniel de hoy.

Glosario

Proceso limpio: Tratamiento de rehabilitación libre de consumo de sustancias psicoactivas.

Proceso sucio: Tratamiento de rehabilitación con consumos de sustancias psicoactivas.

Escalón terapéutico: Se llama así a un usuario que ha recorrido muchos centros de rehabilitación.

Pistolo: Cigarrillo al cual se le ha retirado parte de su picadura y se rellena de basuco.

Pipazo: Una dosis de basuco servido en un pipa.

Calillo: Cigarrillo muy delgado que se fabrica manualmente.

Olla: Sitio donde se adquieren sustancias psicoactivas ilegalmente, en algunas se puede consumir.

Jíbaro: Persona que expende sustancias psicoactivas.

Maduro: Cigarrillo o *calillo* que en lugar de picadura de cigarrillo lleva marihuana rociada de basuco.

Riendazo: Un pipazo consumido en una sola dosis.

Campanero: Persona encargada en una olla de avisar sobre extraños o la autoridad.

Trabado: Persona bajo los efectos de la marihuana.

Embale: Efecto del basuco, deseo fuerte de consumir más.

Palo seco: Consumir basuco sin bebidas alcohólicas u otra sustancia en soledad.

Carburar: Prender, encender un cigarrillo, *pistolo*, *calillo* o pipa.

Soplar: Acción de consumir basuco.

Empelicularse: Imaginarse o creerse cosas que no corresponden a la realidad.

Rebusque: Pedir dinero o cosas en la calle a la gente.

Escampadero: Sitio utilizado o buscado al no tener más opciones.

Cochorno: Lo que se le raspa a la pipa, el hollín, ya sea en su cilindro o en el tubo y que sirve para consumir, es un residuo, pero posee efectos psicoactivos, resulta después de *terapiar* la pipa.

Terapiar la pipa: Limpieza y mantenimiento que se le hace al artefacto, generalmente para sacarle el *cochorno*.

Carro: Otro nombre para la pipa.

Moto: Otro nombre para la pipa.

Montarse en el caballito del diablo: Ponerse a consumir basuco.

Dar fuego: Acción de atenderlo a uno en una olla, darle servicio, venderle.

Caerse: Permitir que otros conocieran su adicción o apego por una sustancia.

Buen material: Expresión utilizada para designar al basuco de buena calidad.

Caballo: Persona que no consume drogas o alcohol.

Pata: Última porción de un *calillo* o cigarrillo de marihuana o basuco.

Cannabis: Marihuana.

Borrar película: Cuando se pierde la conciencia y la memoria, generalmente por exceso de alcohol u otra sustancia.

Cargar: Cuando a una persona le imponen arbitrariamente cantidades de droga en contra de su voluntad.